

ROBERTO BOLAÑO

*Una novelita lumpen
y algunos relatos*

| | |
|--|----|
| Una novelita lumpen..... | 3 |
| Uno | 3 |
| Dos..... | 6 |
| Tres | 8 |
| Cuatro | 11 |
| Cinco..... | 14 |
| Seis..... | 17 |
| Siete | 19 |
| Ocho..... | 20 |
| Nueve..... | 23 |
| Diez..... | 25 |
| Once..... | 27 |
| Doce..... | 30 |
| Trece | 32 |
| Catorce..... | 34 |
| Quince..... | 37 |
| Dieciséis..... | 39 |
| El ojo silva | 42 |
| Últimos atardeceres en la tierra | 50 |
| Dos Cuentos Católicos..... | 64 |
| I. La vocación | 64 |
| II. El azar | 67 |

Una novelita lumpen

*Para Lautaro
y Alexandra Bolaño*

*Toda escritura es una marranada.
Las personas que salen de la nada
intentando precisar cualquier cosa que
pasa por su cabeza, son unos cerdos.
Todos los escritores son unos
cerdos. Especialmente los de ahora.*

ANTONIN ARTAUD

Uno

Ahora soy una madre y también una mujer casada, pero no hace mucho fui una delincuente. Mi hermano y yo nos habíamos quedado huérfanos. Eso de alguna manera lo justificaba todo. No teníamos a nadie. Y todo había sucedido de la noche a la mañana.

Nuestros padres murieron en un accidente automovilístico durante las primeras vacaciones que hicieron solos, en una carretera cercana a Nápoles, creo, o en otra horrible carretera del sur. Nuestro coche era un Fiat amarillo, de segunda mano, pero que parecía nuevo. De él sólo quedó un amasijo de hierros grises. Cuando lo vi, en el desguazadero de la policía donde había otros coches accidentados, le pregunté a mi hermano por el color.

—¿No era amarillo?

Mi hermano dijo que sí, claro que era amarillo, pero eso fue antes. Antes del accidente. Las colisiones deforman el color o deforman nuestra manera de percibir el color. No sé qué quiso decir con eso. Se lo pregunté. Dijo: luz... color... todo. Pensé que el pobre estaba más afectado que yo.

Esa noche dormimos en un hotel y al día siguiente volvimos a Roma en tren, con lo que quedaba de nuestros padres, y acompañados por una asistente social o una educadora o una psicóloga, no lo sé, mi hermano se lo preguntó y yo no oí la respuesta pues iba mirando el paisaje por la ventana.

En el entierro sólo apareció una tía, hermana de mi madre, y detrás de mi tía aparecieron sus hijas atroces. Yo miré a mi tía todo el rato (que tampoco fue mucho) y en mas de una ocasión creí descubrir una media sonrisa en sus labios, o a veces una sonrisa entera, y entonces supe (aunque en realidad ya lo sabía desde siempre) que mi hermano y yo estábamos solos en este mundo. El entierro fue breve. A la salida del cementerio besamos a nuestra tía y a nuestras primas y ya no las volvimos a ver. Mientras caminábamos a la estación de metro más próxima, le dije a mi hermano que mi tía había sonreído, por no decir que abiertamente se había carcajeado, mientras introducían los ataúdes en sus respectivos nichos. Me contestó que él también se había dado cuenta.

A partir de ese momento los días cambiaron. Quiero decir, el transcurso de los días. Quiero decir, aquello que une y que al mismo tiempo marca la frontera entre un día y otro. De pronto la noche dejó de existir y todo fue un continuo de sol y luz. Al principio pensé

que era debido al cansancio, al shock producido por la repentina desaparición de nuestros padres, pero cuando se lo comenté a mi hermano me dijo que a él le pasaba lo mismo. Sol y luz y explosión de ventanas.

Llegué a pensar que nos íbamos a morir.

Pero nuestra vida siguió los parámetros establecidos antes de la muerte de nuestros padres. Todas las mañanas íbamos a la escuela. Hablábamos con aquellos a quienes considerábamos amigos. Estudiábamos, no mucho, pero estudiábamos. La pensión de nuestro padre, tras unos trámites no demasiado complicados, pasó a nuestras manos. Pensamos que nos iba a tocar más y protestamos. Una mañana, delante de un burócrata que trató de explicarnos por qué razón mi padre en vida cobraba equis dinero y tras su muerte a nosotros nos tocaba menos de la mitad, mi hermano de improviso se puso a llorar. Insultó al funcionario y lo tuve que sacar a rastras de la oficina. No es justo, gritaba. Así es la ley, oí que decía el compungido funcionario a mis espaldas.

Busqué trabajo. Todas las mañanas compraba el periódico y leía en el patio de la escuela la sección de ofertas y subrayaba lo que me interesaba. Por la tarde, después de comer cualquier cosa, salía de casa y no volvía hasta después de haber visitado todas las direcciones. Las ofertas eran mayormente para trabajos de puta, encubiertos o no, pero yo no soy una puta, fui una delincuente, pero no una puta.

Un día encontré trabajo en una peluquería. Lavaba cabezas. No cortaba, pero me fijaba cómo lo hacían las otras y me preparaba para el futuro. Mi hermano dijo que era estúpido ponerse a trabajar, que con la pensión de orfandad podíamos vivir felizmente. Orfandad, la palabra daba risa. Nos pusimos a sacar cuentas. En efecto, podíamos vivir, pero privándonos de casi todo. Mi hermano dijo que él podía renunciar a tres comidas diarias. Lo miré y no supe si hablaba en serio o en broma.

—¿Cuántas veces comes al día?

—Tres. Cuatro.

—¿Y cuántas veces dices que estás dispuesto a comer en el futuro?

—Una.

Al cabo de una semana mi hermano se puso a trabajar en un gimnasio. Por las noches, al volver a casa, hablábamos y hacíamos planes. A mí se me ocurrió soñar con tener mi propia peluquería. Tenía mis razones para pensar que el futuro estaba en las peluquerías pequeñas, en las tiendas de moda pequeñas, en las tiendas de discos pequeñas, en los bares minúsculos y muy selectos. Mi hermano decía que el futuro estaba en la informática, pero puesto que trabajaba en un gimnasio (barría, fregaba suelos y baños), se puso a hacer pesas y todas esas cosas que desarrollan la musculatura.

Paulatinamente fuimos dejando de lado los estudios. A veces yo no iba al instituto por la mañana (la luz incesante se me hacía insoportable), otras veces era mi hermano el que no iba. A medida que fueron pasando los días ambos nos quedábamos en casa por las mañanas, añorando la escuela pero incapaces de salir a la calle, tomar el autobús, entrar a nuestras respectivas aulas y abrir los libros y cuadernos en donde nada íbamos a aprender.

Matábamos el tiempo viendo la tele, primero las entrevistas, después los dibujos animados, finalmente los programas matinales con entrevistas y conversaciones y noticias de los famosos. Pero de eso hablaré más tarde. La tele y el vídeo ocupan un lugar importante en esta historia. Aún hoy, cuando enciendo la tele, por la tarde, cuando ya no tengo nada que hacer, me parece ver en la pantalla a la joven delincuente que una vez fui,

pero la visión no dura mucho, sólo el tiempo que tarda el aparato en encenderse. En esos segundos, sin embargo, puedo ver los ojos de la persona que yo fui, puedo ver su pelo, sus labios desdeñosos, sus pómulos que parecen fríos y su cuello que también parece de mármol frío y cuya breve visión consigue casi siempre helarme.

Por aquellos días, debido a su trabajo en el gimnasio, mi hermano adquirió una costumbre curiosa.

—¿Quieres ver mis progresos? —decía.

Entonces se sacaba la camisa y mí enseñaba los músculos. Aunque hacía frío y ya no teníamos calefacción, se sacaba la camisa o la camiseta y me mostraba unos músculos que tímidamente iban emergiendo de su cuerpo como tumores, protuberancias que nada tenían que ver con él o con la imagen que yo tenía de él, con su cuerpo de adolescente flaco y esmirriado.

Una vez me dijo que soñaba con ser Mister Roma y luego Mister Italia o el Amo del Universo. Yo me reí en su cara y le expresé francamente mi opinión. Para llegar a ser el Amo del Universo había que entrenarse desde los diez años, le dije. Creía que el culturismo era como el ajedrez. Mi hermano me respondió que así como yo soñaba con tener una minipeluquería, él también tenía derecho a soñar con un futuro mejor. Ésa fue la palabra que empleó: futuro. Fui a la cocina y puse la comida en el fuego. Spaghetti. Luego llevé los platos y cubiertos a la mesa. Siempre pensando. Finalmente le dije que a mí el futuro no me importaba, que se me ocurrían ideas, pero que esas ideas, si lo pensaba bien, nunca se proyectaban hacia el futuro.

—¿Y hacia dónde, entonces? —chilló mi hermano.

—Hacia ninguna parte.

Después nos poníamos a ver la tele hasta que nos quedábamos dormidos.

A eso de las cuatro de la mañana yo solía despertarme con un sobresalto. Me levantaba de mi sillón, retiraba los platos sucios de la mesa, los lavaba, limpiaba la sala, limpiaba la cocina, le echaba otra manta por encima a mi hermano, bajaba el sonido de la tele, me asomaba a la ventana y miraba la calle con su doble hilera de coches estacionados a cada lado, y no podía creer que fuera de noche todavía, que esa incandescencia fuera la noche. Daba lo mismo cerrar los ojos o mantenerlos abiertos.

Dos

Poco después mi hermano alquiló una película pornográfica y la vimos juntos. Era horrible y se lo dije. Él estuvo de acuerdo. La vimos hasta el final y luego nos pusimos a ver la tele, primero una serie americana y luego un concurso. Al día siguiente mi hermano devolvió la película y alquiló otra. También era pornográfica. Le dije que no teníamos dinero como para alquilar una película diaria. No me respondió. Cuando le pregunté por qué razón había vuelto a alquilar una película de ese tipo me respondió que para aprender.

—¿Aprender qué?

—Aprender cómo se hace el amor — dijo mi hermano sin mirarme.

—Viendo películas cochinas no se aprende nada —le contesté.

—No estés tan segura —me respondió con una voz enronquecida que hasta ese momento nunca le había escuchado.

Tenía los ojos brillantes. Luego se puso a hacer ejercicio en el suelo, abdominales y cosas por el estilo, y por un segundo me pareció que se estaba volviendo loco. Pensé que no debía ser tan dura con él. Le dije que tal vez tuviera razón, que yo estaba equivocada y él tal vez estuviera siguiendo la línea correcta. «¿Tú todavía eres virgen?», me dijo desde el suelo. «Lo soy», dije. «Yo también», dijo él. Respondí que a su edad eso era lo más natural.

A la noche siguiente había una nueva película pornográfica en nuestra casa. Mientras la veíamos me quedé dormida. Antes de cerrar los ojos, pensé: voy a soñar con esta cochinidad, pero en lugar de eso soñé con un desierto. Caminaba por el desierto, medio muerta de sed, y sobre un hombro llevaba un loro blanco, un loro que decía: «no puedo volar, lo siento, perdóneme usted, no puedo volar». Eso lo decía porque en algún momento del sueño yo le pedía que volara, que pesaba demasiado (por lo menos cinco kilos, era un loro grande) para cargarlo todo el tiempo, pero el loro no se movía de mi hombro por ningún motivo, y cada vez mis pasos se hacían más débiles, cada vez yo temblaba más, me dolían las rodillas, las piernas, las ingles, el estómago, el cuello, era como si estuviera enferma de cáncer, pero también era como si me estuviera corriendo, una corrida interminable y agotadora, o como si me tragara los ojos, mis propios ojos, procurando, eso sí, tragármelos y no morderlos, y el loro blanco de vez en cuando me daba ánimos, me decía: «valor, Bianca», pero por regla general mantenía el pico cerrado, y yo sabía que cuando cayera sobre la arena caliente y me estuviera muriendo de sed él iba a empezar a volar y se alejaría de esa zona del desierto hacia otra zona del desierto, se alejaría de mis despojos agónicos en busca de otros despojos menos agónicos, se alejaría de mi cadáver para siempre, para siempre.

Cuando desperté mi hermano dormía en su sillón y en la pantalla sólo se veía un mar gris, rayas grises y negras, como si una tormenta se acercara a Roma y sólo yo fuera capaz de verla.

No tardé en acompañar a mi hermano en sus escapadas por los videoclubs. Por las mañanas, en horario escolar, mientras los jóvenes de nuestra edad se dedicaban a estudiar o a robar o a drogarse o a prostituirse, yo empecé a frecuentar los videoclubs del barrio y de los barrios vecinos, al principio con mi hermano, que intentaba encontrar las películas perdidas de Tonya Waters, una actriz porno de la que se había enamorado y cuyas peripecias empezaba a saber de memoria, y después sola, aunque yo no alquilaba películas

porno salvo cuando mi hermano me encargaba alguna en especial, por ejemplo alguna de Sean Rob Wayne, que había trabajado en dos ocasiones con Tonya Waters y que por este único motivo su carrera cinematográfica adquiriría para mi hermano una relevancia particular, como si todo aquel que hubiese tenido relación con la Waters se hiciera automáticamente acreedor de su atención.

Sin sorpresa descubrí que me gustaban los videoclubs. Los de nuestro barrio no tanto, pero los de los otros barrios mucho. En eso me diferenciaba de mi hermano, que sólo iba a los videoclubs que quedaban cerca de casa o en el camino entre la casa y el gimnasio donde trabajaba. La familiaridad, a mi pobre hermano, le hacía bien.

A mí, por el contrario, me gustaba entrar en lugares desconocidos, establecimientos plastificados, higiénicos, con muchos clientes, o establecimientos de ínfima categoría, con un empleado solitario de origen balcánico o asiático, donde nadie sabía nada de mí. En esos días experimenté algo que se parecía si no a la felicidad, sí al entusiasmo, caminando al azar por calles que antes no frecuentaba y que indefectiblemente terminaban en la Via Tiburtina o en el Parco di Traiano. A veces entraba en un videoclub y me pasaba más de media hora mirando los aparadores llenos de carátulas de películas y luego me iba sin haber alquilado nada, no porque no me hubiera gustado ninguna, sino porque no tenía dinero.

En otras ocasiones, sin pensar en las consecuencias, alquilaba dos películas a la vez. Era omnívora: me gustaban las películas de amor (que casi siempre me hacían reír), las de terror clásico, el cine gore, las de terror psicológico, las de terror policial, las de terror bélico. A veces me quedaba sentada largo rato en el puente Garibaldi o en una banca de la isla Tiberina, junto al viejo hospital, y examinaba las carátulas de las películas como si fueran libros.

Algunos coches disminuían la velocidad cuando pasaban a mi lado. Oía murmullos a los que no prestaba atención. Generalmente bajaban la ventanilla y decían cualquier cosa, una promesa, y luego seguían de largo. Había coches que pasaban y no se detenían. Había coches que pasaban con las ventanillas ya bajadas y con jóvenes en su interior que gritaban «fascismo o barbarie» y que también seguían de largo. Yo no los miraba. Yo miraba las aguas del río y las carátulas de mis películas y trataba de olvidar las pocas cosas que sabía.

Tres

Una tarde mi hermano llegó con dos hombres.

No eran sus amigos, aunque mi hermano así quería creerlo. Uno de ellos era boloñés, el otro era libio o marroquí. Sin embargo, parecían hermanos gemelos. La misma cabeza, la misma nariz, los mismos ojos. Me recordaban una escultura de barro que había visto recientemente en una revista de la peluquería. Se quedaron a dormir.

—¿Dónde van a dormir? No hay sitio —le dije a mi hermano.

Éste me miró con aire de superioridad, como si tuviera la situación controlada.

—En el dormitorio de nuestros padres —dijo.

Tenía razón, había sitio. Los hombres durmieron allí.

Yo me acosté temprano y no quise ver mis programas favoritos.

Apenas pude pegar ojo. Cuando me levanté, a las seis de la mañana, encontré la cocina limpia. Los hombres habían fregado las ollas, los platos y los cubiertos, y los habían puesto en el escurridor. Los ceniceros estaban vacíos y limpios. Creo que hasta barrieron antes de irse a dormir. Desayuné pensando en eso y luego me fui a trabajar, aunque era muy temprano y pasé unas dos horas dando vueltas por el barrio.

Cuando volví ellos aún estaban allí. Habían hecho puré con espinacas y una salsa de tomate picante. La mesa estaba puesta. En el refrigerador había dos botellas de cerveza de litro. Sólo entonces, mientras comíamos, supe sus nombres. Me lo dijeron ellos mismos. Pero ya los he olvidado y prefiero no hacer un esfuerzo extra para recordarlos. Mi hermano parecía nervioso y feliz. Los dos hombres parecían tranquilos. El boloñés hasta me apartó la silla cuando me fui a sentar.

Esa noche me di cuenta de lo enormemente parecidos que eran, y esa noche, también, me dijeron que no eran hermanos aunque mucha gente así lo pensaba. El libio pronunció una frase que entonces me pareció misteriosa. Dijo que en cierta forma la gente no se equivocaba. Aunque nos parezca tonta, la gente nunca se equivoca. Aunque la despreciemos, y en ocasiones con razón, la gente nunca se equivoca. Ésa es nuestra condena, dijo.

—¿Sois hermanos o no sois hermanos? —les pregunté.

El libio dijo que eran hermanos de sangre.

—¿Habéis hecho un juramento de sangre, os habéis hecho un corte en la palma y habéis juntado vuestra sangre? ¿Eso queréis decir?

Eso querían decir. A mi hermano le pareció fantástico que aún hubiera personas que hicieran juramentos de ese tipo. A mí me pareció infantil. El libio estuvo de acuerdo conmigo, pero yo creo que estuvo de acuerdo sólo para no llevarme la contraria, pues si le parecía infantil, ¿por qué lo había hecho? A menos que se conocieran desde niños, lo que no era cierto.

Esa noche me quedé un rato a ver la tele con ellos.

Mi hermano los había conocido en el gimnasio, donde desempeñaban unos puestos de trabajo algo vagos, por momentos tenía la impresión de que eran monitores, un trabajo con cierto prestigio, en otros momentos parecían simples limpiapisos, tipos para hacer recados sin importancia, como mi propio hermano. De todas maneras, no cesaban de hablar del gimnasio, como la gente que cuando vuelve a casa sigue hablando de su trabajo. Ellos

hablaban del gimnasio, mi hermano también (con un fervor que desconocía), y de dietas proteínicas y comidas que llamaban con nombres que a mí me sonaban a ciencia ficción, como Fuel Tank 3.000 o como las barritas Weider que proporcionaba todos los nutrientes que necesita un cuerpo ganador.

Hasta que yo les dije que si querían seguir hablando se fueran a hacerlo a la cocina porque no me dejaban oír el concurso que daban por la tele. A mí me gustaba (y aún me gusta) escuchar atentamente las preguntas y las respuestas de los concursos porque de esa manera, al tiempo que me divierto, aprendo algo que probablemente no me sirva para nada, pero que intuyo no está de más saber. A veces acierto con una respuesta. Cuando pasa esto último me da por pensar que tal vez yo también podría ir a la tele y concursar. Pero luego vienen más preguntas y no conozco ninguna respuesta y entonces comprendo que estoy mejor aquí, de este lado, porque si estuviera allí, delante de las cámaras, probablemente sólo haría el ridículo.

Lo más sorprendente de todo, sin embargo, fue que cuando les dije que se callaran ellos se callaron. Y entonces todos nos quedamos en silencio viendo el concurso, que estaba en su momento álgido, sólo quedaban dos participantes, un hombre ya mayor, de unos cuarenta o cincuenta años, y una chica joven de gafitas, con la cara demasiado seria, como reconcentrada, y con un pelo maravilloso, todo liso y negro reluciente que le llegaba hasta los hombros. Durante un momento pensé en esa chica sentada en la peluquería. Malas ideas. Traté de quitármela de la cabeza.

Entonces a la chica le preguntaron qué significaba la palabra nimbo. Y el boloñés, a mi lado, dijo que era una aureola, el círculo luminoso que identificaba a los santos.

Y antes de que la chica pudiera abrir la boca, añadió que también era una nube baja formada por aglomeración de cúmulos.

Yo me quedé mirando al boloñés y mirando la tele. Mi hermano sonreía, como si también él supiera la respuesta, aunque yo sabía que él tampoco la sabía. Y se pasó el tiempo y la chica perdió su turno y le tocó al hombre mayor, que dijo que un nimbo era, efectivamente, una nube baja.

Y cuando el presentador, por amargarle un poco la victoria al tipo viejo, le preguntó: «¿qué más, caballero?», el tipo se quedó mudo y no supo decir nada más.

Y luego vinieron más concursantes y más preguntas y el boloñés las respondía casi todas, algunas mal, es cierto, pero la mayoría bien, y mi hermano y hasta yo misma, he de reconocerlo, le dijimos que se presentara a ese concurso, que se podía forrar (aunque yo no empleé esa palabra), y luego mi hermano me dijo que su amigo siempre estaba haciendo crucigramas, y los hacía completos, no como el resto de los mortales que empiezan los crucigramas y no los acaban, y a mí me pareció que una cosa era hacer crucigramas y otra muy distinta ganar un concurso de la tele, pero no dije nada, a la vista estaba que el boloñés podía ganar cualquier concurso de preguntas y respuestas al que se presentara.

Pero luego me puse a pensar: ¿cuándo ha visto mi hermano a su amigo haciendo crucigramas? Porque si había algo claro era que se conocían del gimnasio, donde mi hermano trabajaba y el boloñés trabajaba e incluso el libio trabajaba, fregando el suelo, limpiando taquillas y duchas, pasando la escoba por las salas de pesas o vendiendo refrescos energéticos, tareas todas incompatibles con el ejercicio más bien ocioso de resolver crucigramas, que es algo que todo el mundo sabe que se hace cuando no se tiene nada que hacer.

Esa noche, cuando estaba metida en la cama y ya no se pían ruidos en la casa, pensé o mejor dicho vi a mi hermano y a sus dos amigos en la Estación Central, sentados en el self-service, esperando algo, mi hermano y el libio sin hacer nada, mirando a la gente que entraba y salía, el boloñés resolviendo el crucigrama de L'Osservatore Romano, un periódico, se mire como se mire, de derechas, aunque él decía que era un periódico anarquista, una precisión o una disculpa innecesaria y por lo tanto inútil. Una vez yo lo vi con el Tutto Caldo bajo el brazo y le dije: «compras ése», una constatación llana y simple, sin segunda intención, y él dijo sí, compro el Tutto Calcio, pero no es un diario de derechas, como todos creen, sino un periódico anarquista.

Como si a mí me importara qué periódico compraba o dejaba de comprar.

Mi padre compraba Il Messaggero. Mi hermano y yo no compramos periódicos (es un lujo que no nos podemos permitir). Yo no sé qué periódico es de derechas o de izquierdas. Pero el boloñés siempre se estaba justificando. Era parte de su carácter y también de su encanto, o eso creía él. En fin. Lo que iba diciendo: yo estaba en la cama, con la luz apagada y tapada hasta el cuello, en medio del silencio nocturno, un silencio que a mí me parecía que era amarillo, y vi a mi hermano y a sus dos amigos en un bar de la Estación Central de Roma, sentados alrededor de una mesa, con tres vasos de cerveza y con cara de aburridos, porque el que espera desespera y ellos estaban esperando algo que nunca llegaba, pero que iba a llegar, o al menos en eso cifraban su esperanza, los tres, y ahí sí que el boloñés tenía tiempo de sobra para acabar un crucigrama, el de L'Osservatore Romano o el de La Repubblica o el del Messaggero. Y esa imagen inventada me produjo una tristeza infinita. Sentí como si me apretaran el pecho, un dolor en el corazón y una sensación de angustia. Como si una neblina subiera desde las vías subterráneas e inundara toda la Estación Central sin que nadie (excepto yo, que no estaba allí) se diera cuenta. Como si esa neblina desdibujara el rostro de mi hermano y lo separara de mí de forma definitiva. Pero luego me dormí y olvidé o le resté importancia a lo que había visto o sentido, pues esa imagen realmente era un presentimiento.

Así pasaron los días.

Cuatro

Una mañana el boloñés y el libio se marcharon de casa. Durante una hora, más o menos, estuve inspeccionando los cajones para ver si habían robado algo. No faltaba nada.

Era innegable, incluso para mí, que su conducta había sido correcta durante los cinco días que permanecieron en nuestra casa. Lavaron siempre los platos, en tres ocasiones prepararon ellos mismos la cena, no intentaron propasarse conmigo. Esto último era importante para mí. Notaba el interés en sus miradas, en sus gestos, en la manera que tenían de hablarme, pero también notaba el control y esto me halagaba.

Sólo había tenido un novio en mi vida y nuestro noviazgo se rompió poco antes de que mis padres sufrieran el accidente automovilístico en aquella espantosa carretera del sur.

Mi novio era un chico del barrio, de mi misma edad, y no tardé mucho en verlo en compañía de otra chica, ambos muy felices, en la entrada de una discoteca. Yo volvía de mi trabajo en la peluquería, era un sábado, y caminaba distraída contemplando el cielo que, como ya he dicho, cada día era más extraño. Mi ex novio estaba con su nueva chica apoyado en el muro, junto a la puerta de la discoteca, y al verme pasar dijo mi nombre. Bajé la mirada y lo vi. Me sonreía amistosamente. Yo también le sonreí. Me preguntó si ya no iba a la escuela. No le contesté. Por un instante pensé que lo más lógico hubiera sido detenerme y hablar un rato con él y con su nueva amiga, pero en lugar de hacer eso aceleré el paso. Cuando estuve lejos volví a mirar el cielo y tuve la impresión de vivir en otro planeta.

Asunto concluido.

Con mi novio no se podía decir que yo hubiera ganado experiencia. Era un chico como cualquiera y a mí me gustaba y un día dejó de gustarme. Eso es todo. Con el boloñés (y también con el libio) era distinto, pues los había tenido comiendo y cenando en mi casa, durmiendo en la habitación de mis padres y mirándome desde una cercanía a la que nadie (a excepción de mi hermano) había accedido. ¿Qué habían visto?, me preguntaba. ¿Qué rostro, qué ojos habían visto? No me lo preguntaba muy a menudo, pero ciertamente me lo llegó a preguntar alguna vez. Ahora sé que la cercanía no existe. Siempre alguien tiene los ojos cerrados. Uno ve cuando el otro no ve. El otro ve cuando uno no ve. Sólo una madre puede estar cerca, pero eso entonces era lo desconocido. Inexistente. Sólo existía el espejismo de la cercanía.

Y la cercanía de los amigos de mi hermano, una cercanía construida, entre otras cosas, a base de miradas y pequeñas atenciones, no sólo me halagaba sino que también me gustaba. Para entendernos: yo no era la esclava de nadie, sino la rectora de todos. Yo estaba ciega, pero era la vara que medía la libertad de todos. Suena estúpido, pero así lo sentía y estoy segura que eso pretendían ellos que sintiera yo. No decían groserías delante de mí, no hacían lo que hacía mi hermano, bajaban la basura, levantaban siempre la tapa del váter, algo que ni mi difunto padre, un hombre silencioso y discreto, hacía.

Pero de mi padre no quiero hablar. Quiero hablar de los amigos de mi hermano y de la tarde o de la noche en que yo registré los cajones para comprobar si no habían robado nada antes de irse. Recuerdo que mi hermano me vio y me lo dijo con una certeza en él desconocida: «No se han llevado nada. Son legales. Son mis amigos». Pero yo igual

inspeccioné toda la casa, habitación por habitación, y hasta en el baño husmeé por si se habían llevado algún frasco de colonia. Nada. Mi hermano tenía razón.

Luego pasó una semana y luego otra y mi hermano apenas hablaba de sus amigos.

Una noche, mientras veíamos la tele, dijo que estaban en Milán participando en un concurso de culturismo. Mister Italia. Yo me reí.

—Estarán en Frosinone —le dije.

Mi hermano me miró como si no entendiera nada. ¿Qué quise decir con eso? ¿Que un campeonato de culturismo en Frosinone era accesible a ellos y uno en Milán no? Tal vez. Igual hubiera podido nombrar otro pueblo de Italia, Cosenza o Catanzaro, por ejemplo, pero no Milán.

Después de eso mi hermano dejó de contar cosas de ellos. Mi actitud, lo sé ahora, era la de alguien que tenía los ojos abiertos, mientras mi hermano y sus amigos vagaban por lugares reales o imaginarios con los ojos cerrados. Tener los ojos abiertos, por otra parte, equivalía a consumirse. Me consumía.

Trabajaba, hacía la compra, cocinaba, veía la tele, acompañaba a mi hermano a alquilar vídeos. Algunas noches me asomaba a la ventana y la noche era luminosa como el día. A veces pensaba que me estaba volviendo loca, que eso no podía ser normal, tanta claridad, pero en el fondo yo sabía que nunca me iba a volver loca.

Esperaba algo. Una catástrofe. Una visita de la policía o de la asistente social. La llegada de un meteorito que ennegreciera el cielo. Mi hermano alquilaba películas de Tonya Waters y yo lavaba cabezas y nada sucedía.

Un día ellos volvieron.

Mi hermano no me dijo nada, tal vez él tampoco sabía que ellos volverían. Me los encontré una noche, al volver del trabajo. Estaban los tres sentados en el sofá viendo la tele. Los miré a la cara y les pregunté qué tal les había ido en Milán. El libio se levantó y me dio la mano. El boloñés me saludó con un gesto de hastío y no se levantó del sofá. Por sus expresiones me di cuenta enseguida de que no les había ido muy bien. Así que no insistí. Comimos juntos. Vimos la tele juntos. Esa noche, mientras estaba en la cama pensando en ellos (o más precisamente en sus rostros golpeados, rostros como acabados de lavar, lavados a la fuerza, como si una mano oscura les hubiera arrojado un cubo de agua y luego hubiera fregoteado sus rostros sin ninguna consideración, rostros mojados y cansados, como si hubieran realizado el camino de vuelta de Frosinone a pie o con cadenas), mientras estaba en la cama, como digo, con la luz apagada y los ojos abiertos, sin esperanzas de poder conciliar el sueño, uno de ellos entró en la habitación y me hizo el amor. Creo que fue el boloñés.

Entonces volví a preguntarle:

—¿Cómo os fue en Milán?

Y él dijo «mal, mal, mal», mientras se ponía algo en el pene y me penetraba. Creo que lo que se puso fue un condón, pero no podría asegurarlo.

A la mañana siguiente, antes de irme al trabajo, busqué el condón usado y no encontré nada. Así que es posible que se pusiera un condón y también es posible que se pusiera otra cosa. Pero ¿qué cosa? No lo sabré nunca y ahora me da igual saberlo o no saberlo, pero entonces, aquella mañana, mientras me vestía y hacía la cama, pensé en eso y en el peligro y en el amor y en todas las cosas de apariencia extraña que aparecen cuando menos te las esperas y que en realidad siempre son subterfugios de algo distinto, de otra cosa (de cosas

realizables, no de cosas irrealizables), y luego me fui a trabajar, los demás dormían, mi hermano en su cuarto, sus dos amigos en la antigua habitación de mis padres, y las calles que recorrí ya no parecían las mismas del día anterior aunque yo sabía que eran las mismas, las calles no cambian de la noche a la mañana, es posible que en algunos lugares sí cambien, pero yo no conozco esos lugares, tal vez en África, pero aquí no, aquí la que estaba cambiando era yo y durante un buen rato caminé pensando en eso: estoy cambiando, estoy cambiando, pero cuando llegué a la peluquería me di cuenta de que seguía igual, las calles se habían movido ligeramente hacia la izquierda o hacia la derecha, hacia arriba o hacia abajo, pero yo seguía igual.

En mi descargo puedo decir, si es que hubiera algo que decir, si la noción de descargo fuera pertinente (que no lo es), que en ningún momento pensé que me estuviera enamorando. Veía negativos de situaciones amorosas. Veía negativos de experiencias pasionales cuyo punto de referencia siempre era una serie de televisión o el murmullo ya olvidado de unas niñas. A veces veía toda una vida en negativo: una casa más grande, en otro barrio, hijos, un trabajo mejor, años, la vejez, un nieto, la muerte en un hospital público o tapada con una sábana en la cama de mis padres, una cama que hubiera deseado oír cómo crujía, un crujido similar al de un transatlántico al hundirse, pero que, por el contrario, era silenciosa como un ataúd.

Esa noche volví a hacer el amor con uno de los amigos de mi hermano y la noche siguiente y la que siguió a esa noche también, y todas las noches de aquella semana y la semana que vino después, hasta que se me empezó a notar en la cara que hacía el amor todas las noches o que dormía poco, hasta el extremo de que mis compañeras de trabajo me preguntaron qué me pasaba, si estaba enferma o qué.

Entonces me miré en un espejo y me vi ojerosa, con la piel blanca, como si la luna, que para mí brillaba tanto como el sol, me estuviera afectando. Y entonces decidí que ya no tenía por qué hacer el amor cada noche y cerré mi puerta con llave.

La vida, contra lo que yo esperaba, siguió igual.

Cinco

¿Qué esperaba? En aquel tiempo debía de estar algo loca, pues esperaba lágrimas.

Eso era lo que esperaba. Pero no hubo ni una sola lágrima. Llamaron a mi puerta, varias veces, noche tras noche, pero ninguno de ellos lloró.

A veces, mientras lavaba una cabeza o mientras barría el pasillo de la peluquería, los imaginaba aguardándome en casa, armados de una paciencia que no era de este mundo o al menos no del mundo que yo conocía, sin hacer nada más que ver la televisión, mientras mi hermano y yo trabajábamos y llevábamos comida y pagábamos lo que había que pagar. Los imaginaba sentados en el sofá, en silencio, o los veía haciendo flexiones y toda esa clase de ejercicios que ellos hacían para mantener la musculatura, sobre la alfombra o junto al balcón que daba a la piazza Sonnino, mientras el día moría lentamente y la luz de la luna iba creciendo en intensidad, hasta inundar con una luz cegadora el último rincón de la noche.

No se van a ir nunca, pensaba entonces.

Otras veces pensaba: se irán sin avisar, un día llegaremos y ellos ya no estarán.

Pero al volver a casa siempre estaban. La casa reluciente, pues ellos se ocupaban, permanentemente animosos, de hacer todo lo que antes me tocaba hacer a mí. Animosos, he dicho, con buena disposición, aunque yo sabía perfectamente que esa disposición era falsa, tan falsa como la mía, una disposición de apariencia alegre que escondía una sensación de vacío, de tristeza y desconsuelo ante nuestra propia reacción frente al vacío. Sin embargo trabajaban en la casa. La comida siempre estaba preparada. El lavabo repasado con lejía. Las habitaciones hechas. Como si a través de estos gestos me estuvieran diciendo: no somos unos inútiles, parecemos unos inútiles pero no lo somos, al contrario, si estuviera en nuestras manos haríamos todo lo posible para que fueras feliz.

Una vez a la semana, en ocasiones dos, los dejaba entrar a mi habitación. No necesitaba decir nada, me bastaba con mostrarme algo más locuaz de lo habitual o mirarlos de forma intensa (o lo que a mí entonces me parecía una forma intensa de mirar) y ellos captaban de inmediato que aquella noche podían visitarme y encontrarían la puerta abierta.

Otras veces llegaba y encontraba la mesa puesta sólo para una persona, para mí, y una nota de mi hermano diciéndome que volverían tarde, que un negocio urgente los había arrastrado inesperadamente a un extremo de la ciudad, que en la cocina había arroz y en el refrigerador una pieza de pollo. Las notas de mi hermano indefectiblemente acababan con una posdata del boloñés (a veces creo que el libio no sabía escribir, pero esto es intrascendente) donde refrendaba las palabras de mi hermano y me aseguraba que lo cuidarían.

Después de comer y lavar los platos, me sentaba a ver algún concurso en la tele y trataba de imaginar dónde estarían, en qué líos se habían metido, A veces, harta de la desesperación y codicia que desfilaba por la pantalla, releía la nota y comparaba la letra de mi hermano con la letra del boloñés. La de mi hermano era una caligrafía frágil, torpe, insegura. La del boloñés era la de un presidiario. Tras mucho estudiarla se me figuraba que más que una caligrafía aquello era un tatuaje. A veces intentaba recordar el cuerpo desnudo del boloñés, intentaba recordar si en su cuerpo se había tatuado él mismo una letra, una palabra o un dibujo, pero no conseguía recordar nada.

Creo que en el fondo temía una desgracia. Creo que presentía la inminencia de una desgracia y tenía miedo por el destino de mi hermano, que tan ligado parecía al destino de sus amigos. Ellos me daban igual. Eran mayores que nosotros y estaban familiarizados con las adversidades, pero mi hermano era inocente y yo no quería que le pasara nada.

De vez en cuando tenía sueños atroces: veía a mis padres caminando por una carretera del sur, no me reconocían, yo pasaba de largo, contenta de haber cambiado tanto pero luego me arrepentía y volvía sobre mis pasos, pero entonces mis padres se habían transformado en gusanos que se arrastraban dificultosamente por el arcén, uno detrás de otro, junto a un cartel en donde se leía REGGIO CALABRIA 33 KILÓMETROS, y aunque yo los llamaba por sus nombres, les pedía que me contestaran, les advertía que yendo así, arrastrándose, no llegarían a ninguna parte, ellos ni siquiera volvían sus cabezas de gusano para echarme una última mirada y seguían impertérritos su camino. Por la carretera pasaba de vez en cuando algún coche último modelo, con las ventanillas bajadas y jóvenes en su interior que gritaban «fascismo o barbarie».

En el sueño yo lloraba, pero al despertarme tenía los ojos secos y si saltaba de la cama y me miraba de inmediato en un espejo, veía mi rostro endurecido, con una expresión que hasta a mí misma me asustaba.

El ánimo de los amigos de mi hermano a veces caía en picado. Si les preguntaba qué ocurría, qué problema tenían, siempre daban la misma respuesta: no nos pasa nada, todo va bien, nuestra suerte está a punto de cambiar. Mi hermano los escuchaba y asentía con la cabeza. A veces incluso sus propias palabras los entusiasmaban, como si se administraran una droga enfervorizante.

Yo entonces llevaba los platos a la cocina y desde allí les preguntaba si querían café y ellos decían sí, queremos, y yo hacía café y me sentaba en la silla de la cocina, mascando un chicle de menta, y me ponía a pensar en el significado de la frase «cambiar nuestra suerte», una frase que para mí no tenía ningún significado, por más vueltas que le diera, porque la suerte no se puede cambiar, o existe o no existe, y si existe no hay manera de cambiarla, y si no existe somos como pájaros en una tormenta de arena, sólo que no nos damos cuenta, por supuesto, tal como dice la canción de Luciano Marchetti: «somos pájaros en la tormenta, nadie lo experimenta». Aunque yo creo que hay gente, gente muy desdichada o con muy mala suerte, que sí se da cuenta de ello.

Lo mejor es no pensar en esas cosas. Pasan, nos rozan, se van, o pasan, nos rozan, nos envuelven, y lo mejor, siempre, es no pensar. Pero yo pensaba, esperaba a que se hiciera el café y me preguntaba qué querían decir con la expresión cambiar la suerte, qué método esperaban utilizar para cambiar la suerte (la suerte de ellos, no la mía ni la de mi hermano, aunque en cierto sentido la suerte de ellos iba a incidir, eso hasta un tonto lo hubiera sabido, en la suerte de mi hermano y tal vez hasta en mi propia suerte), en qué clase de negocios estaban dispuestos a meterse, hasta dónde estaban dispuestos a arriesgarse para que la suerte dejara de ser esquiva y se tornara dulce con ellos y con nosotros.

Por aquellos días la situación económica había empeorado. No mucho, pero en la tele decían que había empeorado. Creo que algo le pasaba a Europa o a Italia. O a Roma. O a nuestro barrio. Lo cierto es que el dinero apenas alcanzaba para comer y un día mi hermano se me acercó, acompañado por sus amigos, que se quedaron a unos metros de distancia, como si no quisieran inmiscuirse en algo tan íntimo como una conversación entre un hermano y una hermana, pero también como si no pudieran resistir la tentación de

presenciar, aunque fuera a distancia prudencial, mi reacción ante lo que mi hermano me iba a decir y que ellos ya sabían de primera mano.

Y lo que mi hermano me dijo es que ya no trabajaba en el gimnasio. Le pregunté si lo había dejado él. Dijo que en cierta forma así era.

— ¿Lo has dejado o te han echado?

Admitió que lo habían echado. Cuando le pregunté por qué lo habían echado contestó que no lo sabía. Después añadió que era algo normal, que muchos jóvenes se quedaban sin empleo de la noche a la mañana.

—Pero esos jóvenes no son huérfanos como nosotros —le grité—, esos jóvenes tienen padres y pueden permitirse el lujo de pasar una temporada en el paro.

Mi hermano dijo que cuando empezaban a despedir a la gente de sus puestos de trabajo poco importaba que fueran huérfanos o no. El boloñés y el libio asintieron. Sus rostros tenían una expresión compasiva que me revolvió el estómago. Los miré como si no existieran. Le pregunté a mi hermano cómo nos íbamos a arreglar sólo con mi sueldo. Mi hermano se puso a gritar y dijo que él no tenía la culpa de nada. Le dije que no me gritara, que encima de parado, maleducado, pero mi hermano siguió gritando y profiriendo amenazas dirigidas a gente de la que yo no había oído hablar en mi vida y prometiéndome que la situación iba a cambiar, aunque sin explicarme cómo, aunque de todas maneras sus promesas ya no las recuerdo porque entonces me puse a pensar en otras cosas, y entonces el boloñés y el libio dieron un paso al frente, o tres pasos, o tal vez cuatro pasos, y cogieron a mi hermano, que se había puesto pálido como una hoja de papel, por los hombros y la cintura, no lo recuerdo con precisión, sólo sé que en aquel momento me dio mala espina la forma en que lo sujetaron, por los hombros está bien, pero por la cintura me pareció excesivo, mi hermano estaba excitado pero tampoco se encontraba en un estado de descontrol total, sólo gritaba y gritaba, igual gritaba para no ponerse a llorar, pero ellos lo cogieron por la cintura y se lo llevaron a la sala o a la antigua habitación de mis padres y yo me fui a mi habitación.

Seis

Resumiendo: la situación económica empeoró.

Mi salario no alcanzaba para mantener a cuatro personas y encima hacer frente a los gastos de una casa. Una noche llegué y no había luz. A mí no me molestaba, pero tuvimos que empeñar el anillo de casamiento de mi madre y varias cosas más (que nunca recuperamos) para pagar el recibo y volver a tener electricidad y así al menos poder ver la tele.

Una tarde en que no había nada que hacer, en la peluquería, mientras hojeaba una revista encontré un test. Parecía especialmente hecho para mí. La revista se llamaba Donna Moderna y era la primera vez que la veía. Cuando me fui a casa me la llevé y respondí el test.

— ¿Qué opinión te merecen los hombres menores de veinte años?

Son como mi hermano. Eso creo. No tienen trabajo. Una buena opinión.

— ¿Qué opinión te merecen los hombres menores de treinta años?

Ninguna.

— ¿A qué edad te gustaría morir?

Antes de cumplir cuarenta años. A los treinta y seis.

— ¿De qué actor de cine te gustaría ser novia?

De Brad Pitt.

— ¿De qué actor de cine te gustaría ser esposa?

De Edward Norton.

— ¿De qué actor de cine te gustaría ser amante?

De Antonio Banderas.

— ¿De qué actor de cine te gustaría ser hija?

De Robert de Niro.

— ¿Qué actriz de cine te gustaría que fuera tu mejor amiga?

Maria Grazia Cucinotta. (Es extraña esta respuesta, pues Maria Grazia Cucinotta siempre me ha parecido una mujer superficial y egoísta, preocupada únicamente de sí misma.)

— ¿Qué actriz de cine te gustaría ser?

Maria Grazia Cucinotta.

— ¿Conoces a alguien capaz de arriesgar su vida por ti?

No. No conozco a nadie. Además, si lo conociera, haría todo lo posible para disuadirlo. Le diría que no vale la pena poner en peligro su vida por mí. Me mostraría tal cual soy y él entonces ya no querría ni verme.

— Si fueras un pájaro, ¿qué clase de pájaro serías?

Un búho.

— Si fueras un mamífero, ¿qué clase de mamífero serías?

Un topo. O una rata. La verdad es que ya estoy viviendo como rata.

— Si fueras un pez, ¿qué clase de pez serías?

Uno de esos que utilizan como cebo. Una vez, de niña, vi a un pescador en el lago Albano, cerca de Castelgandolfo, la residencia del Papa, que pescaba con una enorme caña de pescar y tenía a su lado un cubo y una caja pequeña. En el cubo había peces recién

pescados, creo que tres, horribles, medio vivos, de color negro arenoso, y en la cajita estaban los cebos que el pescador enganchaba en su anzuelo. Los cebos eran peces diminutos, translúcidos, con tintes de plata. Cuando le pregunté al pescador si los había pescado a todos, éste me respondió que no, que unos, los grandes, eran los padres, y los pequeños los hijos. Y que a los primeros los había, efectivamente, pescado, y a los segundos los había comprado en una pescadería de Frascati. Y que no eran buenos para comer, sino sólo para servir de cebos.

— ¿Qué tipo de accidente geológico te gustaría ser?

Una fosa marina.

— Si fueras un automóvil, ¿qué marca de automóvil te gustaría ser?

Un Fiat de carne. (No es una buena respuesta. En realidad me gustaría ser un coche antiguo, un Lamborghini. Y no salir más de dos o tres veces al año del garaje. También me gustaría ser un taxi de Los Ángeles, con los asientos manchados de semen y sangre. La verdad es que no sé conducir y tampoco me interesan los coches.)

— Si fueras una película, ¿qué película te gustaría ser?

Me gustaría ser Guerra y paz, con Audrey Hepburn y Henry Fonda. La vi hace poco en la tele. Y ocurrió una cosa curiosa: mi hermano y el boloñés se quedaron dormidos. Pero el libro aguantó hasta el final y dijo que le había parecido una película estupenda. A mí también me lo pareció, le dije. Sí, ya me di cuenta, dijo él.

— Si tuvieras que matar a alguien, si no tuvieras ninguna otra opción, ¿a quién matarías?

A cualquiera. Me asomaría a la ventana y mataría a cualquiera.

— Si fueras un país, ¿qué país serías?

Argelia.

— ¿Te consideras una muchacha guapa?

Sí.

— ¿Te consideras una muchacha inteligente?

No.

— Si tuvieras que matar a alguien, si no tuvieras ninguna otra opción, ¿qué arma elegirías?

Una pistola. Tuve una amiga, cuando aún iba a clases, que decía que le gustaría matar a su novio con una bomba atómica. Recuerdo que eso me hacía mucha gracia, porque no sólo el novio de mi amiga moriría sino también yo y todos los habitantes de Roma y los alrededores, incluso puede que hasta los pescadores de Frascati.

— ¿Cuántos hijos te gustaría tener?

Cero.

Siete

Los sábados y domingos eran los peores días, porque estábamos los cuatro juntos y no teníamos nada que hacer. Durante el resto de la semana mi hermano y sus amigos salían (o eso me decía a mí cuando regresaba a casa) a buscar trabajo, pero nunca encontraban nada, ni siquiera algo temporal, una faena de algunas horas que le proporcionara un poco de dinero para ir tirando.

Por las noches, cuando me iba a mi habitación (ellos seguían viendo la tele hasta la madrugada), pensaba en mis padres, en el accidente, en las zigzagueantes carreteras del sur, y todo me parecía tan lejano que me hacía llorar de rabia.

Cuando esto ocurría me levantaba como impulsada por un resorte, volvía a la sala, le hacía una seña a cualquiera de los amigos de mi hermano (sin importarme, además, que éste me viera) y me lo llevaba a mi habitación, donde hacíamos el amor hasta que me quedaba dormida y podía por fin soñar, al menos, con otras cosas.

No me gustaba mi vida. Las noches seguían siendo claras y diáfanas, pero yo estaba dejando de ser una huérfana y comenzaba a internarme en un territorio aún más precario donde no tardaría en ser una delincuente.

¿Qué clase de delincuente? Daba lo mismo. A mí me era indiferente, aunque por supuesto sabía que en el reino de la delincuencia había muchos grados y escalones y que, por mucho que lo intentara, yo jamás podría acceder a los sitios más elevados.

Tenía miedo de ser una puta. No me hubiera gustado ser una puta. Sin embargo intuía que todo era cuestión de acostumbrarse. A veces apretaba los puños, mientras estaba en la peluquería, trabajando, e intentaba imaginar mi futuro. Ladrona, asesina, vendedora de drogas al por menor, contrabandista, estafadora. No, estafadora probablemente no, porque los estafadores siempre tienen un maestro que les enseña, ¿y a mí quién me iba a enseñar nada? Tampoco me hubiera gustado ser vendedora de drogas. No me gustan los drogadictos. No tengo nada contra ellos, pero tratar con drogadictos todo el día me parecía algo insostenible (ahora no, ahora ya no me lo parece, ahora creo que los que están con los drogadictos son una especie de santos y que los drogadictos mismos son santos también). En momentos de gran exaltación me veía como ladrona o asesina. En el fondo sabía que lo más viable era ser puta.

Fuera como fuera, por aquellos días yo intuía que me estaba acercando de manera inexorable al territorio de la delincuencia y esa cercanía me mareaba, me emborrachaba, dormía mal, tenía sueños donde nada significaba nada, sueños sin ataduras donde yo tenía el valor de hacer lo que quería, aunque las cosas que hacía en los sueños no eran precisamente las cosas que hubiera hecho en la vida real, las cosas que me apetecía hacer en la vida real.

En el fondo siempre he sido una persona sencilla. Ahora soy una persona sencilla y antes, cuando las noches eran igual de claras que el día, también. No me daba cuenta, pero lo era. Me miraba y la luz del espejo me enceguecía. No daba reposo a mi alma. Pero era una persona sencilla, de lo contrario hubiera salido disparada para arriba y ahora todo sería diferente.

A partir de este momento mi historia se hace más borrosa aún.

Ocho

Creo que durante unos días viví como de puntillas. Iba de casa al trabajo y del trabajo a casa intentando no llamar la atención, y por las noches veía la tele, no demasiado, pues mi interés por los programas que antes solía ver comenzó a decaer de forma paulatina.

A veces llegaba y la casa estaba sola. Cuando pasaba esto comía en la cocina, sentada en un taburete blanco, mirando las baldosas blancas de las paredes, contándolas de arriba abajo, y luego contando las hileras, y luego me olvidaba, y luego las volvía a contar. Puedo decir, sin ser irónica, que me aburría.

En ocasiones entraba al antiguo dormitorio de mis padres. Aparentemente continuaba siendo el mismo y si por un milagro mis padres, como fantasmas o como zombis, hubieran abierto la puerta, nada habrían encontrado fuera de sitio.

Sin embargo había pequeñas cosas que desmentían esa suposición.

Semiocultu detrás de una silla había una maleta. Encima del armario asomaba parte del esqueleto de una mochila. La maleta era de cuero, de buena calidad, y en su interior sólo había ropa limpia que pertenecía indistintamente al boloñés y al libio. En la mochila había algo de ropa sucia, no mucha, pues si algo tenían los amigos de mi hermano era una innegable vocación para la limpieza. No encontré en sus pertenencias ni un solo papel personal. Ni una carta ni una libreta de direcciones ni una fotocopia de los papeles de la Seguridad Social. Supuse que los papeles importantes los llevaban siempre consigo. O no los tenían. O no existían.

Por aquellos días también recuerdo una conversación con una compañera de trabajo. Era de mi misma edad, pero ella tenía novio, y una tarde antes de que cerráramos la peluquería se puso a hablar de su futuro. Por un instante creí que me estaba volviendo loca. No podía dar crédito a lo que oía.

— ¿Estás hablando en serio? ¿No me tomas el pelo?

Hablaba en serio, aunque cuando vio mi expresión descompuesta dejó de hablar y se marchó hacia la otra punta del establecimiento, donde le dijo algo a una peluquera que descansaba sentada en una silla, fumando un cigarrillo y mirando por la ventana el atardecer. La cara de la peluquera dejaba ver una profunda melancolía. El rostro de mi compañera, por el contrario, me pareció malévolo. Respiraba con dificultad, como si hubiera corrido de una punta a la otra en un tiempo récord, y aunque se rió varias veces, como si no diera crédito a sus propias palabras, yo la noté asustada. La peluquera la escuchó sin levantarse de la silla. Tuve la impresión de que las palabras de mi compañera le resbalaban por el rostro, un rostro más bien duro y nada indulgente. Eso es lo que recuerdo. También recuerdo el atardecer, un atardecer de tonos rosados y ocres que se colaba hasta el fondo de la peluquería, pero sin llegar a tocarme nunca.

Esa noche volví a casa sin llorar, que era algo que me estaba sucediendo en los últimos días. Era como si al salir del trabajo entrara de pronto en un túnel de viento que me hacía llorar sin motivo. Un túnel que al principio actuaba de forma natural, provocando mi llanto sin más, pero que en los últimos días, lejos de acostumbrarme a él, me producía una tristeza enorme, una tristeza que sólo podía enfrentar llorando.

Pero ese día, como si presintiera que a partir de entonces mi vida iba a dar un giro rotundo, no lloré. Me puse mis gafas negras, salí de la peluquería, entré en el túnel y no lloré. Ni una sola lagrима.

Mi hermano y los dos hombres que vivían en nuestra casa estaban esperándome. Los vi desde la calle. Los tres estaban asomados a una ventana, como peces en una pecera, y vigilaban la calle. Tardaron bastante en verme, detenida en la acera, mientras yo los contemplaba.

Subí las escaleras lentamente. Cerré la puerta y me detuve a mitad del pasillo. Ellos aparecieron de golpe y se pusieron a hablar. Los escuché. ¿Qué otra cosa podía hacer? Pero sus palabras las he olvidado. Tenían un plan. Eso lo recuerdo. Un plan borroso en el que todos, mi hermano también, habían cifrado su destino y puesto su grano de arena, su aporte personal, su visión de la suerte y de los giros de la suerte.

Recuerdo que escuché sus palabras y luego me abrí paso hasta la sala y me senté, cansada de oír tanta información en tan poco tiempo. Ellos me siguieron y permanecieron silenciosos y a la espera.

Les dije:

—No se queden callados, la idea es buena, sigan hablando.

Tal vez no dije que la idea fuera buena. Tal vez dije que quería escucharlos hasta el final. (Pensé que todos íbamos a acabar en la cárcel, pero eso no lo dije, no soy una aguafiestas.)

Ellos sonrieron y obedecieron. Mi hermano parecía el más entusiasmado, como si la idea hubiera sido suya, aunque yo sabía que no había sido así. El libio parecía el más escéptico. Lo cierto es que los tres estaban dispuestos a hacerlo y se agarraban como náufragos al plan que desplegaban ante mis ojos y que pintaban con los mejores colores, algo que apenas iba a requerir de algún pequeño sacrificio, un plan donde la astucia era el principal ingrediente, el golpe perfecto que nos abriría a los cuatro las puertas de una vida nueva, una casa cerca de la playa, por ejemplo, un restaurante en Tánger, un gimnasio en el norte.

Cuando terminaron de hablar les dije que me parecía bien. Luego me levanté y me fui a la cama y me puse a dormir sin haber cenado.

A las cinco de la mañana me desperté. Encendí la luz, me puse a hojear revistas antiguas y durante un rato estuve reflexionando en lo que me habían explicado. Ahora seré una delincuente, pensé sin miedo.

A la mañana siguiente no fui a trabajar, me levanté temprano, salí a la calle, compré pan y llamé desde un teléfono público diciendo que estaba enferma. No sé si se lo creyeron o no. A mí me daba igual.

Ese mediodía el libio y el boloñés me llevaron a la casa de Maciste. Su nombre no era ése, pero todo el mundo lo llamaba así. Unos le decían Maciste, otros Mister Maciste o señor Bruno, otros Mister Universo. Depende. La mayoría no lo llamaba de ninguna manera porque Maciste no salía nunca de su casa y nadie lo conocía y muchos que lo habían conocido, en persona o de nombre, ya lo habían olvidado.

La casa estaba en via Germánico, una casa de dos plantas, con un pequeño y descuidado jardín en la parte delantera, flanqueada por dos edificios de seis o siete pisos. Había una reja alta, de hierro. Las ventanas estaban con los portigones echados, como si allí no viviera nadie. La pintura de la fachada, en algunas zonas, se veía desconchada,

acentuando si cabe la sensación de abandono. Al acercarnos a la puerta, sin embargo, no vimos correspondencia en el suelo ni papeles tirados en el jardín, lo que indicaba que de vez en cuando alguien iba a hacer la limpieza. A veces Maciste aparecía por un gimnasio de via Palladio, según el boloñés, y a veces del gimnasio de via Palladio enviaban a alguien a arreglar algunas máquinas de ejercicio que a Maciste se le estropeaban.

—En esta casa —me dijo el boloñés cuando ya nos marchábamos— tiene montado sólo para él un gimnasio particular gigantesco. Una vez vine yo y otro camarada a arreglar una tabla de pesas y trabamos cierta amistad. Volví en dos ocasiones más, pero no pude traspasar el umbral. Maciste es desconfiado.

Después, por la tarde, mientras seguíamos dándole vueltas a lo que íbamos a hacer, me contaron que durante una época, probablemente antes de que mi hermano y yo naciéramos, Maciste había sido una estrella de cine y que sus películas habían dado la vuelta al mundo. Luego tuvo el accidente y se retiró. A partir de ese momento fue entrando poco a poco en el olvido.

Aunque Maciste no era una de esas personas que se pudiera olvidar con facilidad. Yo, por ejemplo, sé que nunca lo olvidaré. Pase lo que pase, yo nunca lo olvidaré.

Nueve

Su nombre real era Giovanni Dellacroce. Eso ni el boloñés ni el libio lo sabían, menos aún mi hermano, que en esta historia, siento decirlo, hizo el papel de primo, que era a lo que lo abocaba su edad y su falta de estudios. Su nombre artístico era Franco Bruno. La gente lo llamaba Mister Universo, pues había obtenido este título dos veces, ambas al principio de la década de los sesenta, o Maciste, que fue el personaje que interpretó en cuatro, tal vez cinco películas, todas de gran éxito, tanto en Italia como en el resto del mundo. Había nacido en Pescara, pero desde los quince años vivió en Roma, en un barrio de los suburbios, Santa Loreto, al que consideraba su barrio y por el que sentía, en ocasiones, una gran nostalgia, aunque cuando la fortuna estuvo de su lado compró la casona de via Germánico donde yo lo conocí la noche que me llevaron.

Una noche que parecía un mediodía de agosto y que fue una de las más raras de mi vida.

El boloñés tocó el timbre varias veces. Una voz salida de un interfono nos preguntó quiénes éramos.

—Amigos —dijo el boloñés. Nadie le contestó. Parecía que el interfono se había estropeado. Al cabo de un rato volvió a llamar y dijo el nombre del gimnasio y el nombre, según creí entender, de un amigo común, y como si eso no bastara pronunció en voz alta nuestros nombres completos, el mío incluido.

Entonces se abrió el portón y accedimos al pequeño jardín descuidado donde las plantas luchaban, incluso de noche, por un espacio vital inexistente. Más que un jardín aquello daba la impresión de un cementerio.

El porche tenía tres escalones de piedra. Durante mucho rato estuvimos allí esperando a que alguien abriera la puerta.

El nerviosismo y al mismo tiempo la alegría, una alegría primordial sin dudas ni resquebrajaduras, que traslucían en sus semblantes los amigos de mi hermano, es algo que vuelve a mi memoria en los recuerdos de aquella noche y que trato de rechazar cada vez que la rememoro, porque esa alegría no la quiero para mí ni la quiero cerca de mí. Es una alegría que se parece demasiado a la mendicidad, a una explosión de mendicidad, y también es una alegría que se parece a la crueldad, a la indiferencia.

Luego la puerta se abrió y nos permitió vislumbrar un umbral oscuro donde yo creí ver una sombra que se movía muy rápida, y un recibidor también oscuro en el que entramos y del que volvimos a salir como niños asustados ante una responsabilidad misteriosa, y al que de inmediato volvimos a entrar, como avergonzados, y del que irremediamente volvimos a salir, hasta que yo di tres pasos hacia el interior, esta vez sola, y tropecé con un mueble y pregunté si había alguien allí.

Una voz, la de Maciste, dijo que me quedara quieta, que no avanzara ni retrocediera, y luego saludó a los amigos de mi hermano, un saludo escueto, hola, ¿cómo están?, y en ese cómo están yo intuí una fragilidad enorme, una fragilidad parecida a una mantarraya que caía desde el techo, como si aquel recibidor oscuro estuviera en el fondo del mar y la mantarraya nos observara desde arriba, a mitad de camino entre el fondo y la superficie.

Después oí la respuesta del boloñés y el libio que decían que estaban bien, ¿y usted cómo está, señor Bruno?, y Maciste, que ya no estaba arriba y cuya voz ya no me hacía intuir un sin fin de fragilidades, respondía:

—A merced de los achaques, hijitos, qué se le va a hacer.

Y esto lo decía con una voz en la que no había un ápice de achacosidad, sino más bien todo lo contrario, una voz que ahora retumbaba en la oscuridad como si ésta, la oscuridad, fuera un bozal del que tiraba con furia, con ganas de salir al porche y comerse de dos bocados a los amigos de mi hermano que en ese momento, los muy cobardes, le decían que ellos ya no tenían nada que hacer allí, que esperaban que todo fuera bien, y luego se iban deseándonos buenas noches, a Maciste y a mí, y justo entonces, mientras ellos retrocedían casi a la carrera hasta la verja del jardín, la puerta de la casa se cerró sin que yo viera ninguna sombra proyectada en el quicio abierto, por lo que deduje que había cerrado la puerta mediante una célula fotoeléctrica o un artilugio parecido.

Después me vi sumida, por primera vez en mucho tiempo, en la oscuridad total.

Lo que sucedió a continuación es difícil de relatar. La voz de Maciste me condujo hasta una habitación en el primer piso, iluminada por una débil bombilla semioculta en una esquina. Sé que subí unos escalones, pero también sé que bajé unos escalones. La voz de Maciste iba siempre por delante de mí, indicándome escuetamente el camino. No sentí miedo. Atravesé una galería oscura, con un largo ventanal de una punta a la otra y desde el que se podía apreciar una parte del jardín trasero y los altos muros cubiertos de hiedra que separaban a la casa del edificio vecino. Me sentía tranquila. Abrí una puerta. Contra lo que imaginaba, no era la habitación de Maciste sino una especie de gimnasio. Su gimnasio particular, del que ya me habían hablado los amigos de mi hermano.

Encendí la luz. Sobre una mesa de madera observé varias botellas de linimento Vital y diversas cremas corporales. Me saqué la chaqueta y esperé. Al cabo de un rato la luz volvió a apagarse. Sólo entonces la puerta se abrió y vi a Maciste.

Diez

Todo es difícil de relatar, ya lo he dicho. Lo que sucedió, lo que sentí, lo que vi. Lo que pudo suceder, lo que pude ver y lo que pude sentir. Lo que sintió él no lo sé, no lo sabré nunca.

Era grande y gordo. Pero en realidad así no era Maciste. Era grande, sí, alto y ancho. También era gordo. Había sido campeón mundial de culturismo y una parte minúscula de esa gloria aún sobrevivía en algún lugar, no en su cuerpo, posiblemente, sino en sus gestos. Su cuerpo tenía el color blanquecino de los que nunca toman el sol. La cabeza la llevaba rapada o bien se había quedado calvo del todo. Era cortés. Llevaba una bata negra, muy vieja, que le llegaba casi hasta los tobillos y unas gafas oscuras que su cara grande hacía parecer pequeñas.

Recuerdo que avanzó hacia el centro del gimnasio, donde yo me hallaba, con pasos lentos que delataban que él también se sentía nervioso o incómodo.

Me preguntó cómo estaba y cuántos años tenía. Le mentí, tal como había convenido con los amigos de mi hermano, y le pregunté a mi vez por qué le llamaban Maciste.

—¿Estás cómoda? —preguntó.

—Estoy bien y tengo diecinueve años ¿Por qué te dicen Maciste?

Buscó a tientas una silla y yo supe entonces, sin la menor duda, que estaba ciego.

Murmuró que en su época había hecho varias películas interpretando a ese personaje.

Me quedé sin saber qué decir, no por su respuesta, sino por haberme dado cuenta de que estaba delante de un ciego. Los amigos de mi hermano no me lo habían advertido. Pensé, con rabia, que eran unos hijos de puta e hice el gesto de coger mi chaqueta y salir corriendo de aquella casa. Pero también pensé: ¿y si ellos no lo sabían? ¿Iba a echar a rodar un plan ambicioso, quiero decir ambicioso a nuestra escala, sólo por un equívoco? ¿Iba a dejar que mi hermano siguiera vagando por las calles de Roma sólo por un malentendido que, además, no alteraba en nada nuestros propósitos? ¿Y si nadie o muy pocos sabían que era ciego? Porque la vida de Maciste era un misterio, según me habían dicho, y ni el boloñés ni el libio podían considerarse como pertenecientes a su círculo más íntimo, si es que ese círculo existía.

En ese momento fue cuando Maciste dijo:

—Mi nombre artístico era Franco Bruno.

Y yo pensé: ¿qué?

Y él dijo:

—Ahora el culturismo es considerado un deporte, cuando yo lo practicaba era un arte... Igual que la magia... Hubo un tiempo en que fue considerada un arte y los magos unos artistas... Ahora sólo es parte del espectáculo.

Y tras un largo silencio que aproveché para cavilar en otras cosas, dije:

—Entiendo lo que quieres decir —aunque en realidad no había entendido nada, pues hasta donde sabía Maciste había sido actor de cine y campeón de culturismo, pero no mago. Tal vez sólo sentía simpatía por los magos.

Y Maciste al oírme volvió su cara hacia mí y me preguntó si estaba desnuda. Le dije que no, que sólo me había quitado la chaqueta.

—¿Te explicaron?... Necesito compañía... No sé si te explicaron.

Le dije que sí, que me habían explicado todo.

—No te preocupes —dije.

Entonces se despojó de su bata y lo vi desnudo por primera vez. Me dijo:

—Ven aquí y apaga la luz.

—No hay ninguna luz encendida —dije.

—¿Puedes ver en la oscuridad?

—Más o menos —dije.

—Qué curioso. ¿Desde siempre?

—No —dije—. Si esto me hubiera pasado de niña, me habría vuelto loca. Desde hace poco. Desde el accidente en que murieron mis padres.

—¿Un accidente de coche?

—Sí. No me gusta hablar de ello. Mis padres murieron.

—Lo siento mucho —dijo Maciste.

Nos quedamos en silencio, cada uno sentado en su respectiva silla. Al cabo de un rato me preguntó si quería beber algo. Le dije que sí.

Maciste salió del gimnasio caminando como lo hacía cualquier persona. Durante unos segundos me pregunté si no me había equivocado en mi anterior apreciación, aunque es bien sabido que los ciegos en un espacio conocido se mueven sin ninguna dificultad.

Cuando volvió traía una botella de Coca-Cola de litro y medio y dos botellines en miniatura de whisky, como esos que, según dicen, dan en los aviones o uno encuentra en los minibares de los hoteles. Pensé que se le había olvidado traer los vasos y esperé. Cuando lo vi beber directamente de la botella, hice lo mismo.

—¿Conducías tú el coche cuando murieron tus padres?

Me molestó que me hiciera esa pregunta. Le dije que no sabía conducir y que cuando murieron mis padres yo me hallaba en Roma, en casa, con mi hermano.

—Curioso —dijo Maciste—. ¿Y a partir de entonces puedes ver en la oscuridad?

—Pues sí, a partir de entonces, o del segundo día o del tercero.

—Es decir, es algo nervioso —dijo Maciste.

—No sé si será nervioso o sobrenatural, ni me importa —dije yo.

Después, mientras caminaba hacia su silla, noté que un rayo de luna, gordo como una ola, entraba en el gimnasio. Maciste me desnudó. Me palpó la cara y la cintura y las piernas. Después se levantó y fue a buscar los frascos con las cremas corporales y el linimento.

Once

Comencé a ir dos veces a la semana a su casa de vía Germánico. A veces tenía que esperar mucho rato delante de la puerta antes de que me abriera. A veces no íbamos directamente al gimnasio sino que me hacía pasar a la cocina, una cocina dos veces más grande que la sala de mi casa, donde Maciste preparaba bocadillos para los dos, su especialidad, bocadillos fríos americanos que, según él, le había enseñado a hacer una actriz llamada Dolly Plimpton, de Oregón, que había sido compañera de reparto en una de las películas que él había hecho, y que consistían en pan de molde, lechuga, pepinillo, tomate, lonjas de jamón york, lonjas de queso y salsas de ensalada de diferentes tipos, salsas que él distinguía por el tamaño y el volumen de los frascos y que, mezcladas, proporcionaban a los bocadillos un gusto a menudo extraño, fuerte y extraño, como los bocadillos de los aeropuertos, decía él, pero buenos.

La cocina era grande y estaba sucia. No por su uso, que en realidad era escaso, sino simplemente porque allí hacía falta alguien que emprendiera sin tardanza una limpieza general, alguien que sacara el polvo que se había ido acumulando en los rincones tras meses, tal vez años de descuido, pero Maciste no quería ni oír hablar de eso.

El baño, que usábamos después de follar, era el único sitio de la casa que estaba limpio de verdad. La bañera era enorme y en vez de cortinas tenía cristales corredizos, como se ve en algunas películas, y que Maciste había mandado poner especialmente, además de una serie de agarraderas en las paredes que él no necesitaba, pues aunque era ciego en el interior de su casa se movía como si no lo fuera.

Junto a la bañera había un pequeño cubículo con una ducha de agua fría a presión que Maciste llamaba ducha noruega y cuya puerta también era de vidrio.

A veces, mientras me duchaba, Maciste se sentaba en un taburete de madera y se ponía a comer sus bocadillos allí. Hablábamos de todo. Del accidente de mis padres y de cómo esa pérdida me había afectado (sus padres también estaban muertos). De las películas que yo había visto recientemente (la última película que él había visto fue hace quince años). De las cosas que ocurrían al otro lado de su casa.

En realidad era muy poco lo que tenía que decirle.

Cuando abría la puerta de cristal y lo veía comiendo me daba no sé qué, parecía otro, un desconocido, y yo también parecía otra y eso no me gustaba.

Entonces aprovechaba para hacerle preguntas, porque el silencio al que él estaba acostumbrado se me hacía imposible. Así supe su nombre real, aunque el término real sólo designa otra irrealidad, una irrealidad menos accidental, más armada, Giovanni Dellacroce, y supe las fechas exactas, cuando yo aún no había nacido, en que había sido coronado Mister Italia y luego Mister Europa y finalmente Mister Universo, el campeón del culturismo mundial, y además el primer italiano en conseguirlo, en un campeonato realizado en Las Vegas, y supe también que había viajado por las principales ciudades europeas y americanas, los años, los meses, los días, las fechas exactas, y que había sido amigo de políticos y artistas famosos, de actrices de cine y de futbolistas de la selección o de la Roma, y que había trabajado en muchas películas, entre ellas las tres o cuatro (aunque él fue exacto en el número, soy yo la que lo he olvidado) de Maciste, y que a veces había

sido el bueno de la película y otras veces, al final, el malo, porque eso es ley de vida, decía, al principio uno casi siempre es el bueno y al final uno siempre es el malo.

Otras veces intentaba perderme sola por la casa y eso hacía.

—Voy a dar una vuelta por tu castillo —le decía, y me iba rápido, antes de que él pusiera una objeción o me lo prohibiera.

La casa tenía dos pisos y era la más grande que hasta entonces (y hasta ahora) yo había visto por dentro. Era tan grande que parecía enraizada en la tierra. En el segundo piso había por lo menos cuatro o cinco cuartos vacíos. En el primero estaba la sala, que Maciste a veces usaba, generalmente para dormir la siesta, y el comedor, que se había convertido en una suerte de pasaje o de laberinto donde se acumulaban muebles procedentes de otras habitaciones, catres y colchones, estufas eléctricas, sillas y mesas, armarios llenos de telarañas y donde se amontonaban viejas revistas deportivas o cinematográficas. Todo estaba dispuesto conforme a un plan que Maciste jamás me reveló, aunque no resultaba complicado inferir que su principal utilidad era despojar de obstáculos y trampas otras zonas de la casa.

Luego estaba la cocina, de la que ya he hablado, y un baño completo con los espejos rotos y una enorme rajadura en la bañera. También había una galería que comunicaba el amplio y recargado recibidor, lleno de cortinas inútiles, con una terraza que daba al jardín de atrás y a los muros de las casas vecinas. A los lados, los edificios parecían normales, pero al fondo, en las casas cuya entrada estaba por vía degli Scipioni, reinaba un silencio similar al de la casa de Maciste y no se oían nunca ni los sonidos de un televisor o de una radio, ni voces de niños ni voces de adultos llamando a los niños o llamándose entre sí. Una vez oí el pitido de un teléfono móvil, pero sólo fue una vez.

En el segundo piso, además de las habitaciones vacías, estaba la habitación de Maciste, que era grande y que siempre tenía los postigones de las ventanas echados. En la habitación había un espejo de cuerpo entero arrumbado en una esquina, que en el pasado seguramente sirvió para que Maciste tuviera un control diario de su musculatura y posiblemente, también, para hacer el amor con actrices de cine, y una cama muy grande y con refuerzos de hierro hechos ex profeso para soportar el peso de su propietario. Por lo demás, la habitación tenía un aire monacal, de amplitud y de pobreza.

Luego había dos baños, uno grande en el que yo solía ducharme, y uno pequeño donde la última mujer de la limpieza había amontonado sus útiles de trabajo, un par de cubos, una fregona, varias botellas de lejía, antes de marcharse, harta del ciego, y no volver más.

Al final de la galería estaba el gimnasio donde Maciste parecía pasar la mayor parte del tiempo, pedaleando en una bicicleta fija o levantando pesas y con la mente puesta en otro lugar, o, más comúnmente, recostado de forma indolente sobre un largo banco de madera, con la bata negra puesta y sus gafas negras y una toalla blanca en el cuello, pensando en sus años de gloria o tal vez, ojalá, con la mente en blanco, sin pensar en nada.

Al lado del gimnasio estaba la sala de lecturas o biblioteca (así la llamaba él), donde no había ni un solo libro, pero sí dos cuadros pintados al óleo. En uno se veía a Maciste, semidesnudo, en el momento de recibir el cinturón que lo acreditaba como campeón mundial de culturismo. En el otro aparecía Maciste sentado en esa misma biblioteca, detrás de una mesa de roble que aún estaba allí, vestido con traje y corbata, y una leve sonrisa, como si se estuviera riendo del pintor y de todos aquellos que iban a admirar la pintura, como si detrás de todo lo que lo rodeaba hubiera un secreto y sólo él lo supiera.

Entre un cuadro y otro había una hornacina con una imagen de san Pietrino alle Seychelles.

—¿San Pietrino de las Seychelles? ¿De las islas Seychelles?

—Sí —dijo Maciste.

—Pero ¿quién es este san Pietrino que llegó tan lejos?

—Un santo.

—Sí, pero ¿qué clase de santo es? Nunca había oído hablar de él, parece una broma.

—No, no es una broma —dijo Maciste—. Es un santo romano, moderno, uno que nació en Santa Loreto, como yo, y que un día se fue a predicar a las islas Seychelles, eso es todo.

Como no tenía ganas de discutir, al final le daba la razón y seguía dando vueltas por la casa. En ninguna parte vi una caja fuerte. La busqué una y otra vez, pero no la hallé.

Doce

A veces, mientras buscaba la caja fuerte y recorría las habitaciones moviendo algunos objetos que luego volvía a dejar en su lugar, oía, o mejor dicho sentía, la presencia de Maciste, vestido con la bata negra o desnudo, que se movía a través de la oscuridad de la casa siguiendo mis pasos, los ruidos casi imperceptibles que yo iba dejando, hasta aparecer de pronto a mis espaldas y agarrarme e inmovilizarme, pese a mis precauciones, a la agilidad que ponía en mis desplazamientos.

Y entonces, mientras estaba en sus brazos y me llevaba en volandas por la oscuridad, o mientras estaba bajo él o a su lado, en la cama o en el gimnasio, untada con cremas corporales hasta el último rincón de mi cuerpo, daba gracias por no haber encontrado la caja fuerte, por no encontrarla todavía.

Y a veces me imaginaba durmiendo todos los días allí, con Maciste, y también me imaginaba contratando a una mujer para que nos hiciera la limpieza, porque en mis sueños no estaba dispuesta a ser su esclava, y convenciéndolo, para que saliéramos de vez en cuando, no digo al cine pero sí a dar un paseo, como dos personas normales o como dos personas que fingen ser normales y a fuerza de fingirlo de alguna manera lo son o llegan a serlo, y así me veía telefoneando una vez a la semana, los viernes, por ejemplo, a un taxi para que nos pasara a buscar a la puerta y nos llevara a un buen restaurante donde cenaríamos sin ninguna prisa, conversando de los temas más diversos, o al centro, donde yo compraría ropa para él en una de esas tiendas de tallas grandes, y luego ropa para mí, e incluso hasta me imaginaba yendo al cine con Maciste, y describiéndole las imágenes de las películas, como dicen que hacen los acompañantes de los ciegos.

Pero lo cierto es que muy pocas veces dormí en su casa y también es cierto que después de soñar un rato con nuestra vida en común yo me ponía a pensar dónde demonios podía estar la caja fuerte.

De madrugada, cuando volvía a casa y encontraba semidespiertos a mi hermano y a sus amigos, discutíamos sobre ese tema. El boloñés se impacientaba, decía que no teníamos todo el tiempo a nuestra disposición, y a veces hablaba de entrar a la fuerza, armado con un cuchillo o con lo que fuera, pero cuando decía esto temblaba, él y el libio y mi hermano, la sola idea los hacía temblar, y no me costaba nada volver a encauzarlos en la idea original.

Otras veces hablábamos de la historia de Maciste, de sus películas que habían sido tan taquilleras. Mi hermano incluso buscó, durante semanas, por los videoclubs del barrio y luego por los videoclubs del centro una que se llamaba Maciste contra los tártaros, que según el boloñés era la mejor, pero no la encontró.

Yo me alegré de que no la encontrara porque me daba pena, una pena anticipada, ver a Maciste en su juventud, cuando aún no era ciego y tenía pelo y estaba delgado y musculoso. No lo quería ver porque ya sabía lo que iba a suceder veinte años después. Pero una vez soñé con la película. Primero se enfrentaban dos ejércitos en una meseta reseca. Luego Maciste luchaba contra veinte guerreros en el interior de un palacio y a todos los vencía. En algún momento aparecía una mujer vestida con una túnica de seda transparente y besaba a Maciste. Los dos estaban en lo alto de un promontorio. A sus pies se abría un abismo y en el horizonte se levantaban delgadas humaredas. Luego veía a Maciste durmiendo en una habitación con las paredes y el suelo de mármol. Y en el sueño yo pensaba: es sólo una

película, él no duerme de verdad, está fingiendo que lo hace, pero en realidad está despierto, y sólo entonces me daba cuenta que Maciste, mientras filmaba esa película, estaba en el presente y que yo, que veía la película o que soñaba que veía la película, estaba en el futuro, en el futuro de Maciste, es decir en la nada. Entonces me desperté.

En cualquier caso yo prefería verlo tal cual era cuando iba a visitarlo, dos veces por semana, a su casa.

En la peluquería las cosas no iban demasiado bien. Aunque en algunos aspectos iban mejor que antes. Generalmente aparecía muerta de sueño y a veces durante toda la jornada me comportaba como una sonámbula. En una ocasión la jefa, que era una mujer comprensiva, me arrastró hasta el lavabo y me levantó las mangas de la blusa buscando marcas de pinchazos en los brazos.

—No me drogo —le dije.

—¿Qué te pasa, Bianca? Cada día estás peor.

—Duermo mal —dije.

Era verdad. A veces podía pasarme semanas durmiendo tres o cuatro horas diarias.

En una ocasión estuve tentada de preguntarle a Maciste cómo había perdido la vista. El boloñés y el libio me habían advertido que nunca le hiciera una pregunta en este sentido. Según se decía, la última persona que había mostrado curiosidad por la ceguera de Maciste terminó con dos costillas rotas. Pero no fue esta advertencia lo que me detuvo. Sabía que Maciste jamás iba a levantar su mano contra mí. Hubo algo que me detuvo, sin embargo, otra cosa.

A veces pensaba que era mejor que se hubiera vuelto ciego, pues así nunca me vería, nunca vería mi cara, la cara que yo tenía cuando estaba con él, que no era una cara de puta ni de ladrona ni de espía, sino una cara expectante, una cara que en realidad lo esperaba todo, desde una palabra amable hasta una declaración trascendente.

Palabras amables no hubo muchas, pues Maciste era un tipo de pocas palabras, pero sí que hubo gestos amables. Declaraciones trascendentes no hubo ninguna, o ninguna que a mí, en ese momento, me lo pareciera, aunque con el tiempo he llegado a recordar cada palabra de Macis-te como una llave o como un puente oscuro que necesariamente hubiera tenido que llevarme a otro sitio, como si él fuera una máquina de predicciones hecha exclusivamente para mí, algo que sé que no es verdad, aunque a veces me gusta pensar que sí lo es, no muchas, porque ya no me engaño como antes, pero algunas pocas veces sí.

Trece

El resto del tiempo lo dedicaba a buscar la caja fuerte.

Una caja fuerte que cada vez más me parecía una invención de los amigos de mi hermano, una caja fuerte que sólo existía en sus mentes criminales, criminales y desbocadas, pues mi mente por aquel entonces también era una mente criminal y no por ello perdía la cabeza detrás de algo inexistente.

Yo no estaba desbocada, al contrario, lo que yo sentía era una quietud extraña, como si antes de llegar a la vieja casona de Maciste en via Germánico hubiera corrido y huido durante meses e incluso años, pero a partir del momento en que traspuse el umbral de su casa; a partir del momento en que lo vi desnudo, enorme y blanco y parecido a un frigorífico estropeado, todo se hubiera detenido (o yo me hubiera detenido en seco) y las cosas pasaran ahora a otra velocidad, una velocidad imperceptible que equivalía a la quietud.

A veces los miraba, a mi hermano y sus amigos, miraba sus ojos inocentes y estaba tentada de decirles:

—La caja fuerte no existe más que en vuestras cabezas enloquecidas.

Pero creo que me daba miedo convencerlos. Me daba miedo de que me creyeran y ya no hubiera motivo, salvo el del dinero, para mi visita semanal a la casa de Maciste. Nadie me lo iba a impedir. Un sobresueldo conveniente. Pero seguir visitándolo sin un pretexto sé que me hubiera hundido.

— Los ojos de Maciste, al contrario que los ojos de mi hermano y sus amigos, no eran inocentes. Casi siempre llevaba gafas oscuras. A veces, sin embargo, se las quitaba y me miraba o hacía como que me miraba. Entonces yo temblaba y cerraba los ojos y lo abrazaba o trataba de abrazarlo, cosa que siempre me resultaba difícil debido a su diámetro. Un día el boloñés me dijo:

—Ese cabrón te está volviendo loca, encuentra la caja fuerte y acabemos de una vez.

No era tan tonto como parecía. Y a su manera, tenía razón. El problema, sin embargo, era que yo ya no obedecía a razones. Pero él tenía razón.

Y en otra ocasión me dijo:

—Piensa en el futuro, piensa en todo lo que nos espera en el futuro.

Allí se equivocaba. En el fondo yo siempre estaba pensando en el futuro. Pensaba tanto que el presente había llegado a ser parte del futuro, la parte más extraña. Visitar a Maciste era pensar en el futuro, sudar, meterme en habitaciones donde la oscuridad era total, era pensar en el futuro. Un futuro que se asemejaba a una habitación cualquiera de la casa de Maciste, pero con más claridad y con los muebles cubiertos por sábanas viejas o mantas, como si los dueños de la casa (una casa que estaba en el futuro) se hubieran ido de viaje y no quisieran que el polvo se acumulara sobre sus cosas. Y ése era mi futuro y así yo pensaba en él, si es que a eso se le puede llamar pensar (y si es que a eso se le puede llamar futuro).

Pero la mayoría de las veces prefería no pensar en nada. Dejaba la cabeza en blanco y me quedaba mucho rato asomada a una de las ventanas que daban al jardín trasero, desnuda, con la piel todavía lubricada, contemplando la noche y las estrellas, los muros de las casas vecinas.

A veces escuchaba un sonido raro que cruzaba la oscuridad como una raya de tiza, y Maciste decía que era el graznido de un halcón que vivía en una casa abandonada del barrio, aunque yo nunca he sabido de un halcón que viviera en una gran ciudad, pero en Roma pasan estas cosas, cosas raras que entonces escapaban de mi entendimiento pero que yo aceptaba con una naturalidad que hoy me sorprende y a veces me repele: una naturalidad estremecida, como si ser delincuente entrañara estar siempre temblando por dentro, como si ser delincuente llevara aparejada una sensación de culpa y de gozo inmensos, entremezclados, que me hacían reír, por ejemplo, sin motivo aparente en los momentos menos indicados, o que me sumían en una tristeza muy breve, una tristeza casi portátil de no más de cinco minutos de duración, que por suerte podía disimular sin mayores problemas.

En casa, por otra parte, todo seguía igual.

A veces, las noches en que no visitaba a Maciste, le abría la puerta a alguno de los amigos de mi hermano, con la luz apagada y los ojos cerrados, pues bajo ninguna circunstancia quería saber quién era, y hacía el amor mecánicamente, y a veces me corría muchas veces, hecho que en ocasiones producía en mí virulentos y sorpresivos ataques de rabia, que me hacían llorar amargamente.

El amigo de mi hermano me preguntaba entonces si me sentía mal, si me ocurría algo, si estaba indispuesta, y antes de que siguiera hablando, cosa que terminaría por delatar su identidad, yo le respondía que no abriera la boca o hacía shhh, y él se callaba y seguía follando sin decir una palabra, tal era el poder de convicción o de convencimiento o de disuasión que mis gestos habían adoptado.

Un poder casi sobrenatural, llegué a pensar alguna vez (aunque acto seguido me burlaba de estos pensamientos), que obligaba a callar a seres de común charlatanes, como el boloñés, o que convertía en tumbas a seres silenciosos como el libio, un poder que dejaba de golpe sin preguntas a seres carcomidos por la curiosidad, que instauraba un espacio de silencio y oscuridad artificiales donde yo podía llorar y retorcerme de dolor, porque lo que hacía no me gustaba, pero también donde podía correrme todas las veces que quisiera y donde podía caminar (o palpar la superficie de la realidad con la yema de mis dedos) sin hacerme ninguna ilusión, sin engañarme, no conociendo el significado de todo pero sí conociendo el resultado final de todo, sabiendo por qué las cosas están donde están, con un grado de lucidez que ya no he vuelto a poseer aunque a veces la adivino allí, agazapada en mi interior, reducida, desmembrada, por suerte para mí, pero aún en mi interior.

Catorce

De todas formas, seguía buscando la caja fuerte.

Paseaba por la casa y miraba en los rincones y detrás de los cuadros, como me había indicado mi hermano y sus amigos, y la caja fuerte nunca aparecía.

Sólo suciedad, polvo, nidos de araña, trozos de pared, trozos de empapelado preservados del paso del tiempo, más blancos, más cercanos a su color original, aunque al examinarlos la sensación que me quedaba era que esos rectángulos estaban aún más estropeados, como si su palidez o su juventud fueran una enfermedad degenerativa y poco usual.

Toda la casa, durante mis incursiones en busca de la caja fuerte, parecía viva. Viva en la dejadez, viva en el abandono. Pero viva.

Mi piso, por poner un ejemplo, únicamente me parecía un piso, cada día más pequeño, si acaso, con los ecos de miles de horas de televisión, de vez en cuando con el eco de las voces de mi padre y de mi madre, pero sólo era un piso, es decir estaba muerto.

La casa de Maciste no. La casa de Maciste era una promesa y una enfermedad y yo daba vueltas por la promesa y la enfermedad y sentía en la piel cuando mi cuerpo o la velocidad que en ese instante le imprimía a mi cuerpo pasaba de un estadio a otro, la promesa irisada, la enfermedad, una caída o un planear oblicuo, deambulando, tocándolo todo con la punta de los dedos, hasta que oía la voz de Maciste que me llamaba, que me preguntaba dónde estaba. En ocasiones no le respondía. Me llevaba una mano a la boca y empezaba a respirar con la nariz, apenas un poco de aire, el suficiente, pues sabía que él empezaría a buscarme, aún más silencioso que yo, deslizándose por los oscuros pasillos de la casa hasta localizarme gracias a mi respiración o al calor que emitía mi cuerpo, nunca lo supe, y entonces todo recomenzaba.

El dinero que me daba después de cada visita, por otra parte, empezó a ser cada vez más generoso. A veces yo lo seguía, pues" pensaba que el dinero lo extraía directamente de la caja fuerte, pero la realidad era que lo sacaba de un cajón de la cocina, y allí siempre había una cantidad similar, ciento cincuenta euros, que servían para pagarme a mí y a la mujer o a la adolescente (nunca la vi, pues ella iba de día y yo de noche) que le compraba los víveres en alguna tienda del barrio y que en ocasiones le dejaba comida cocinada en recipientes de plástico.

Una noche de la que hoy me avergüenzo le dije que estaba enamorada de él y le pregunté qué sentía por mí.

No me contestó. Me hizo gritar en su gimnasio, pero no me contestó. Antes de irme, a las cinco de la mañana, herida en mi amor propio, le dije que probablemente lo nuestro se iba a acabar pronto. Se lo dije en el recibidor, mientras con una mano apretaba el pomo de la puerta. Al abrirla y dejar entrar la luz de una farola de via Germánico me di cuenta de que estaba sola.

Durante algunos días no pude evitar pensar en él con odio. Por molestarlo, durante nuestra siguiente cita, le pregunté cómo se había quedado ciego.

—Fue un accidente.

— ¿Pero qué tipo de accidente? —dije.

—Un accidente de coche. Iba con unos amigos. Dos de ellos no lo pudieron contar.

— ¿Y quién conducía?

En ese momento Maciste enfocó sus ojos ciegos en mis ojos, como si realmente me viera, y dijo que no le apetecía seguir hablando de ese tema.

Lo vi levantarse con algo de dificultad y alejarse sin vacilar en dirección a la puerta abierta. Estuve mucho rato sola, tirada en la banqueta de madera con el cuerpo untado de linimento, esperándolo y pensando en mis cosas, en el porvenir que se abría como un espejo del presente o como un espejo del pasado, pero que indudablemente se abría, hasta que me aburrí y me quedé dormida.

En esa época soñaba mucho y olvidaba con rapidez casi todos los sueños. Mi vida en realidad era como un sueño. A veces me asomaba a una ventana cualquiera de la casa de Maciste y me ponía a pensar en los sueños y en la vida, que era como ponerse a pensar en mis sueños que olvidaba con tanta prontitud y en mi propia vida que parecía un sueño, y no llegaba a ninguna parte, nada se aclaraba en el interior de mi cabeza, pero el solo hecho de hacerlo, de pensar en los sueños y en la vida, aligeraba de un peso incierto mi corazón o lo que yo llamaba mi corazón, el corazón de una delincuente, de una persona sin escrúpulos o con unos escrúpulos tan distorsionados que me costaba reconocer como míos.

En esos momentos un suspiro de alivio salía de mi garganta. Respiraba y sonreía como si acabara de emerger de un mar profundo, sin aire ya, con las botellas de oxígeno inútiles. Y acto seguido sentía ganas de dejar la ventana e ir corriendo en busca de un espejo para contemplar mi propia cara, una cara que yo sabía que estaba sonriendo, y que también sabía que no me iba a gustar, una cara feroz y feliz, pero que era mi cara, la cara que yo tenía, la mejor entre muchas otras caras distorsionadas, una cara que emergía de la muerte de mis padres, de mi barrio donde siempre era de día, y de la casa de Maciste donde yo jugaba con mi destino, pero donde mi destino por primera vez era completamente mío.

Ninguna de estas certezas, sin embargo, ninguna de estas sensaciones, duraba demasiado. Gracias a Dios, porque entonces me hubiera muerto o vuelto loca.

Volaba y alucinaba, pero a ratos tenía los pies bien puestos en la tierra. Y entonces pensaba en la caja fuerte y en el dinero o en las joyas que Maciste guardaba y en la vida que nos esperaba, a mi hermano y a mí (y también de alguna manera a los desgraciados de sus amigos), cuando accediéramos por fin al tesoro, un tesoro que en manos de Maciste resultaba inútil, porque éste, bajo nuestra óptica, tenía todas las necesidades cubiertas y además ya no era joven, y nosotros, en cambio, teníamos toda la vida por delante y éramos más pobres que las ratas.

Y en esos momentos, no sé por qué, imaginaba monedas de oro, no dinero sino monedas de oro. Una caja fuerte negra e insondable como los intestinos de Maciste, en cuyo fondo, relucientes, estaban las monedas de oro que había acumulado filmando películas de gladiadores. La visión era agotadora. Y también inútil.

Una noche, mientras hacíamos el amor, Maciste me preguntó de qué color era su semen. Yo estaba pensando en las monedas de oro y la pregunta, no sé por qué, me pareció de lo más pertinente. Le dije que sacara su pene. Luego le quité el condón y lo masturbé unos segundos. Me quedó la mano llena de semen.

—Es dorado —le dije—. Como oro fundido.

Maciste se rió.

—No creo que puedas ver en la oscuridad —dijo.

—Puedo ver —le dije.

—Yo creo que mi semen cada día que pasa es más negro —dijo.

Durante un rato me quedé pensando en lo que quería decir con eso.

—No seas aprensivo —le dije.

Después me fui a la ducha y cuando volví Maciste ya no estaba en la habitación. Sin encender ninguna luz lo fui a buscar al gimnasio. Tampoco estaba allí. Así que me fui a la galería y estuve un rato contemplando el jardín y la sombra de los muros vecinos.

La verdad es que el semen de Maciste no era dorado.

Ya no recuerdo el momento exacto en que me di cuenta que nunca iba a ver el dinero, que nunca iba a gastar en cosas bonitas y superfluas el tesoro de Maciste. Sólo sé que poco después de saberlo cerré los ojos y me fui a buscar a Maciste por el resto de la casa. Lo encontré en la biblioteca sin libros, sentado bajo la imagen de san Pietrino de las Seychelles y me subí encima suyo y me dejé hacer el amor por mi amante o por mi jefe, para mí era lo mismo, sin decir nada y sin sentir nada.

Antes de que amaneciera, cuando volvía a casa en taxi, creí que me iba a morir.

Quince

Una semana sin ver a Maciste se me antojaba una eternidad. Pero cuando intentaba imaginar una vida completa junto a él no veía nada: una imagen en blanco, la pared de un cuarto deshabitado, amnesia, lobotomía, mi cuerpo partido, hecho pedazos.

En casa, por otra parte, las cosas no iban bien. Mi hermano parecía ido, cada vez más tonto, cada vez más flaco, y sus amigos sólo hablaban de la caja fuerte.

Una mañana le dije a mi hermano:

—Cada día que pasa tienes más cara de vicioso.

—Mira quién habla —fue su respuesta.

Otro día le examiné los brazos, buscando pinchazos o lo que fuera, como antes había hecho la jefa de mi peluquería conmigo, y no encontré nada salvo su risa, una risa hueca, como si a través de su garganta surgiera la risa de nuestros padres muertos en aquella olvidada carretera del sur.

Ahí empecé a asustarme.

—No te rías —le dije.

—Y tú no seas ridícula —dijo él.

Creo que ya no teníamos fuerzas ni para pelearnos.

—¿De qué tienes miedo? —le dije otro día.

No me contestó, pero por su cara cualquiera hubiera dicho que tenía miedo de todo, de sus amigos, de tenerlos a éstos viviendo con nosotros, del futuro que nada bueno parecía depararle, de su triste condición de huérfano y desempleado.

En otra ocasión lo oí llorar, encerrado en el baño, mientras el boloñés y el libio veían la tele y criticaban acerbamente a los que salían en la tele. Aplausos y risas y las observaciones sarcásticas del boloñés y mi hermano llorando en el baño, discretamente, como un animal avergonzado y muerto de frío y de miedo, que para él (frío y miedo) eran casi lo mismo. Cuando salió le pregunté discretamente qué le pasaba. Me dijo que nada, pero por la noche volvió a encerrarse en el baño y aunque esta vez no lo oí llorar intuí que sus nervios se iban a romper en cualquier momento.

Era difícil, sin embargo, que yo sintiera pena, enredada a mi vez entre Maciste y los designios de los amigos de mi hermano que se dirigían a un solo punto: la caja fuerte de la casa de via Germánico. Así que no puedo decir que sintiera pena. Y así se lo dije a Maciste, sin pensar en lo que decía. Le dije que había encontrado a mi hermano llorando y que no había sentido nada. Acabábamos de hacer el amor y cuando terminé de decir lo que tenía que decir Maciste volvió su cara enorme y blanca hacia mí y nuevamente tuve la impresión de que me miraba.

—Te estás volviendo loca —dijo.

Le pregunté si él creía que eso era bueno o malo. El dijo que siempre era malo, salvo en casos extremos, cuando volverse loco era una manera de escapar de un dolor insoportable. Y entonces yo le dije que tal vez estuviera sufriendo un dolor insoportable, pero antes de que él respondiera me desdije.

—Estoy bien. No hay ningún dolor que sea insoportable. No me he vuelto loca.

Una tarde Maciste se enfermó y yo pasé la noche cuidándolo. Tenía fiebre, no quería que viniera el médico. Me ordenó que le preparara un litro de infusión de manzanilla con

limón, que se bebió después acompañada con grandes dosis de miel, y se metió en la cama a transpirar la enfermedad.

Cuando se quedó dormido me di cuenta de que nunca más iba a tener una oportunidad como aquella para encontrar la caja fuerte. Así que empecé a buscarla otra vez, habitación por habitación. No recuerdo en qué momento se me ocurrió que la caja estaba detrás de los cuadros de Maciste o detrás del cuadro de san Pietrino de las Seychelles. Los descolgué uno por uno, con el corazón acelerado. Detrás de los cuadros no había nada, sólo la pared en diversos grados de conservación o deterioro. También busqué en el gimnasio y en el baño del gimnasio, entre las baldosas (por si había una que se pudiera quitar), en la cocina, bajo las alfombras de la sala y el recibidor, detrás de algunas cortinas inútiles.

El resto de la noche la pasé en la sala, sentada en un sillón, junto a una de las pocas lámparas que funcionaban en la casa, leyendo revistas y dormitando.

A las cuatro de la mañana me despertó el sonido de una voz. Fui a la habitación de Maciste. Hablaba en sueños. Dijo algo respecto a una calle. Dijo la palabra trapecio. Luego se volvió a quedar dormido. Le toqué la frente. Sudaba. Pensé que era una buena señal.

Durante un rato lo estuve mirando, de pie junto a la puerta, sin decidirme a volver a la sala. Fue entonces cuando supe sin ninguna duda que no estaba enamorada de él. Todo me pareció claro como el agua y divertido como un programa de televisión y, sin embargo, poco me faltó para que me pusiera a llorar allí mismo.

No volví a la sala, sino al gimnasio, donde estuve fumando y mirando la oscuridad. Luego me levanté (estaba sentada en el suelo del gimnasio) y me puse a recorrer la casa, habitación por habitación, armada con una linterna, hasta que no quedó ningún rincón que registrar.

A las ocho de la mañana, cuando ya no era necesaria la linterna, tuve la certeza de que no existía ninguna caja fuerte. El dinero de Maciste, si es que aún tenía dinero, estaba en el banco y no en su casa. Ahí acabó todo para mí.

Dieciséis

Maciste estuvo enfermo durante una semana. Yo le tomaba la temperatura por la noche y la fiebre no acababa de irse nunca de su cuerpo enorme y blanco. Una vez le dije que iba a ir a la farmacia a comprarle analgésicos y antibióticos. Le pedí que me diera la llave, pues no deseaba que él se levantara a abrirme la puerta, pero se negó, al principio con delicadeza, como para no ofenderme, y después con vehemencia, como si yo no supiera con quién estaba hablando. Pero yo sabía muy bien con quién hablaba.

—Sólo necesito una infusión —dijo.

Le dejé una tetera con agua caliente y me fui. Era domingo y en el metro casi no había gente. En casa, cuando llegué, todos dormían. Preparé café y luego me tomé una taza de café con leche y me fumé el último cigarrillo. Esa noche tuve un sueño bastante raro, aunque si se miraba con detenimiento no resultaba tan raro.

Soñé que Maciste era mi novio y que íbamos a pasear por el Campo dei Fiori. Yo al principio estaba locamente enamorada de él, pero conforme paseábamos Maciste dejaba de parecerme una persona interesante. Lo veía demasiado gordo, demasiado viejo, demasiado torpe, allí, tomados del brazo, mientras los jóvenes daban vueltas alrededor de la estatua de Giordano Bruno o fluían hacia la via dei Giubbonari o hacia piazza Farnese, sin que por ello decreciera en ningún momento, más bien al contrario, la multitud que se arracimaba en Campo dei Fiori. Y entonces yo le decía a Maciste que ya no podía ser su novia. Y él volteaba la cabeza hacia mí y decía: está bien, está bien, está bien que así sea, con un hilo de voz donde al principio creía notar cierta tristeza, un grado de desesperación mínima, pero desesperación al fin y al cabo, inusual en él, pero donde después percibía un acento como de orgullo, como si Maciste, en el fondo, estuviera orgulloso de mí.

Y entonces él me decía adiós. Y yo, desconcertada, no sabía qué hacer, sobre todo me daba miedo dejarlo allí, en medio de la multitud de Campo dei Fiori, solo y ciego, pero después me alejaba, con remordimientos de conciencia, pero me alejaba, y cuando ya llevaba unos diez metros me detenía y lo observaba, y entonces Maciste echaba a andar, balanceándose (porque en realidad estaba muy gordo y era muy grande), y se perdía entre la gente, aunque esto, debido a su altura, tardaba en suceder y sólo hasta el final yo dejaba de ver su enorme cabeza redonda.

Y eso era todo. Maciste se iba y yo me quedaba sola y me veía a mí misma llorando mientras atravesaba el puente Garibaldi, de regreso a casa. Ya en la piazza Sonnino, pensaba que tenía que buscar un sitio adonde ir, tenía que procurarme un alojamiento, un nuevo trabajo, tenía que hacer cosas y no morirme.

Y entonces me desperté y esa noche hablé con los amigos de mi hermano y les dije que Maciste tenía dinero pero que yo ya no quería saber nada del asunto. Les hablé de la caja fuerte inexistente. Les dije que existía. Les dije que nadie podía abrirla, sólo Maciste, y que la única forma en que ellos podían obligarlo a abrirla era torturándolo, y que ni esto era seguro pues Maciste podía soportar el dolor más allá de cualquier límite que ellos, pobres delincuentes de ínfima categoría, conocían. Maciste podía soportar el dolor y podía vivir toda una vida en medio del dolor.

Los amigos de mi hermano me escucharon en silencio, sobrecogidos por el camino que yo les mostraba. O sobrecogidos por el camino pavoroso que ellos intuían.

Y luego empezó a amanecer y yo desayuné, me duché y salí de casa. Fui caminando hasta vía Germánico. Maciste ya no estaba en la cama. Si se extrañó o no de verme a esa hora, no lo sé. Le dije que venía a visitarlo por última vez. En realidad, no a visitarlo, pues eso de alguna manera suponía desnudez, sexo, largas horas de silencio en la casa a oscuras, sino a despedirme de él, pues ya no pensaba volver nunca más.

—¿Te vas de viaje?

—Sí —dije—. Voy a empezar una vida nueva.

No me preguntó adónde pensaba marcharme. Me pidió que lo esperara un momento. Cuando volvió me dio un sobre con dinero.

—Gracias—dije mientras dejaba el sobre, procurando no hacer el más mínimo ruido, sobre una estantería. Sabía que Maciste no se iba a sorprender cuando lo encontrara allí.

Después fui a la peluquería y, tras hablar con la jefa, me tomé el día libre y estuve dando vueltas por la ciudad. Volví a casa al atardecer. El boloñés y el libio estaban viendo la tele, pero cualquiera que los hubiera observado con un poco de atención se habría dado cuenta de que estaban muy lejos de allí. No en nuestra sala, sino en una estación de autobuses o en un aeropuerto. No bajo nuestra luz, sino bañados en una luz roja que parecía emanar de otro planeta.

Mi hermano también estaba viendo la tele, sentado en una silla, detrás del sofá. Yo preparé café para los cuatro, y lo serví, y luego les dije que tenían que marcharse. No se dieron por aludidos. Pero mi hermano tampoco protestó y entonces yo supe que había ganado.

Al cabo de un rato volví a decirles que se fueran. Que vieran el programa hasta el final y que luego hicieran las maletas y se fueran.

—¿Y adonde nos vamos a ir? —dijo el boloñés.

Lo miré como si mi cara no tuviera piel y como si la cara de él tampoco tuviera piel.

—A casa de Maciste —respondí—. Todo se ha acabado. Apenas acabe el programa quiero que os vayáis.

Y cuando acabó el programa, que vi íntegro, sin perderme ni siquiera los espacios comerciales, me planté en medio de la sala y apagué la tele y ellos me miraron sin levantarse del sofá y yo dije que iba a salir a dar un paseo por el barrio y que posiblemente también me diera una vuelta por el cuartel de la policía, y que cuando volviera a mi casa no los quería ver más.

Y entonces le dije a mi hermano que me acompañara y sorprendentemente mi hermano se levantó y me acompañó. Caminamos por el Trastevere hasta bien entrada la noche.

—¿Vamos a ir a la policía? —dijo mi hermano.

Le respondí que no creía que fuera necesario. Entramos en un bar y pedimos dos sándwiches y dos cafés con leche. Hablamos de cualquier cosa.

Cuando volvimos a nuestra casa sus amigos se habían marchado.

—Espero no verlos nunca más en mi vida —dijo mi hermano antes de encerrarse en su cuarto y ponerse a llorar.

Esa noche, después de tanto tiempo, la noche fue de verdad, oscura y frágil y ribeteada de miedos, y todos los que permanecimos despiertos aquella noche fuimos seres débiles, cansados, con ganas de contemplar otra vez el amanecer, la vacilante claridad de la piazza Sonnino.

Durante muchos días, sin embargo, estuve a la espera de una mala noticia. Leía la prensa (no todos los días porque no teníamos dinero para comprar el periódico a diario), veía la tele, escuchaba las noticias de la radio en la peluquería, temerosa de encontrar la figura final de Maciste tirado en el suelo, en medio de un charco de sangre (su sangre fría), y junto a él las fotos tipo carnet del boloñés y del libio, mirándome con nostalgia desde una página o desde la pantalla de nuestra tele que ya era realmente nuestra y no de nuestros padres muertos, como si las fotos de ellos, los asesinos y la víctima, el asesino y las víctimas, fueran la señal de que en el exterior aún persistía la tormenta, una tormenta que no estaba localizada sobre el cielo de Roma, sino en la noche de Europa o en el espacio que media entre planeta y planeta, una tormenta sin ruido y sin ojos que venía de otro mundo, un mundo que ni los satélites que giran alrededor de la Tierra pueden captar, y donde existía un hueco que era mi hueco, una sombra que era mi sombra.

El ojo silva

*Para Rodrigo Pinto
y María y Andrés Braithwaite*

Lo que son las cosas, Mauricio Silva, llamado el Ojo, siempre intentó escapar de la violencia aun a riesgo de ser considerado un cobarde, pero de la violencia, de la verdadera violencia, no se puede escapar, al menos no nosotros, los nacidos en Latinoamérica en la década del cincuenta, los que rondábamos los veinte años cuando murió Salvador Allende.

El caso del Ojo es paradigmático y ejemplar y tal vez no sea ocioso volver a recordarlo, sobre todo cuando ya han pasado tantos años.

En enero de 1974, cuatro meses después del golpe de Estado, el Ojo Silva se marchó de Chile. Primero estuvo en Buenos Aires, luego los malos vientos que soplaban en la vecina república lo llevaron a México en donde vivió un par de años y en donde lo conocí.

No era como la mayoría de los chilenos que por entonces vivían en el D.F.: no se vanagloriaba de haber participado en una resistencia más fantasmal que real, no frecuentaba los círculos de exiliados.

Nos hicimos amigos y solíamos encontrarnos una vez a la semana, por lo menos, en el café La Habana, de Bucareli, o en mi casa de la calle Versalles en donde yo vivía con mi madre y con mi hermana. Los primeros meses el Ojo Silva sobrevivió a base de tareas esporádicas y precarias, luego consiguió trabajo como fotógrafo de un periódico del D.F. No recuerdo qué periódico era, tal vez El Sol, si alguna vez existió en México un periódico de ese nombre, tal vez El Universal; yo hubiera preferido que fuera El Nacional, cuyo suplemento cultural dirigía el viejo poeta español Juan Rejano, pero en El Nacional no fue porque yo trabajé allí y nunca vi al Ojo en la redacción. Pero trabajó en un periódico mexicano, de eso no me cabe la menor duda, y su situación económica mejoró, al principio imperceptiblemente, porque el Ojo se había acostumbrado a vivir de forma espartana, pero si uno afinaba la mirada podía apreciar señales inequívocas que hablaban de un repunte económico.

Los primeros meses en el D.F., por ejemplo, lo recuerdo vestido con sudaderas. Los últimos ya se había comprado un par de camisas e incluso una vez lo vi con corbata, una prenda que nosotros, es decir mis amigos poetas y yo, no usábamos nunca. De hecho, el único personaje encorbatado que alguna vez se sentó a nuestra mesa del café Quito, en la avenida Bucareli, fue el Ojo.

Por aquellos días se decía que el Ojo Silva era homosexual. Quiero decir: en los círculos de exiliados chilenos corría ese rumor, en parte como manifestación de maledicencia y en parte como un nuevo chisme que alimentaba la vida más bien aburrida de los exiliados, gente de izquierda que pensaba, al menos de cintura para abajo, exactamente igual que la gente de derecha que en aquel tiempo se enseñoreaba de Chile.

Una vez vino el Ojo a comer a mi casa. Mi madre lo apreciaba y el Ojo correspondía al cariño haciendo de vez en cuando fotos de la familia, es decir de mi madre, de mi hermana,

de alguna amiga de mi madre y de mí. A todo el mundo le gusta que lo fotografien, me dijo una vez. A mí me daba igual, o eso creía, pero cuando el Ojo dijo eso estuve pensando durante un rato en sus palabras y terminé por darle la razón. Sólo a algunos indios no les gustan las fotos, dijo. Mi madre creyó que el Ojo estaba hablando de los mapuches, pero en realidad hablaba de los indios de la India, de esa India que tan importante iba a ser para él en el futuro.

Una noche me lo encontré en el café Quito. Casi no había parroquianos y el Ojo estaba sentado junto a los ventanales que daban a Bucareli con un café con leche servido en vaso, esos vasos grandes de vidrio grueso que tenía el Quito y que nunca más he vuelto a ver en un establecimiento público. Me senté junto a él y estuvimos charlando durante un rato. Parecía translúcido. Esa fue la impresión que tuve. El Ojo parecía de cristal, y su cara y el vaso de vidrio de su café con leche parecían intercambiar señales, como si se acabaran de encontrar, dos fenómenos incomprensibles en el vasto universo, y trataran con más voluntad que esperanza de hallar un lenguaje común.

Esa noche me confesó que era homosexual, tal como propagaban los exiliados, y que se iba de México. Por un instante creí entender que se marchaba porque era homosexual. Pero no, un amigo le había conseguido un trabajo en una agencia de fotógrafos de París y eso era algo con lo que siempre había soñado. Tenía ganas de hablar y yo lo escuché. Me dijo que durante algunos años había llevado con ¿pesar?, ¿discreción?, su inclinación sexual, sobre todo porque él se consideraba de izquierdas y los compañeros veían con cierto prejuicio a los homosexuales. Hablamos de la palabra invertido (hoy en desuso) que atraía como un imán paisajes desolados, y del término colisa, que yo escribía con ese y que el Ojo pensaba se escribía con zeta.

Recuerdo que terminamos despotricando contra la izquierda chilena y que en algún momento yo brindé por los luchadores chilenos errantes, una fracción numerosa de los luchadores latinoamericanos errantes, entelequia compuesta de huérfanos que, como su nombre indica, erraban por el ancho mundo ofreciendo sus servicios al mejor postor, que casi siempre, por lo demás, era el peor. Pero después de reírnos el Ojo dijo que la violencia no era cosa suya. Tuya sí, me dijo con una tristeza que entonces no entendí, pero no mía. Detesto la violencia. Yo le aseguré que sentía lo mismo. Después nos pusimos a hablar de otras cosas, libros, películas, y ya no nos volvimos a ver.

Un día supe que el Ojo se había marchado de México. Me lo comunicó un antiguo compañero suyo del periódico. No me pareció extraño que no se hubiera despedido de mí. El Ojo nunca se despedía de nadie. Yo nunca me despedía de nadie. Mis amigos mexicanos nunca se despedían de nadie. A mi madre, sin embargo, le pareció un gesto de mala educación.

Dos o tres años después yo también me marché de México. Estuve en París, lo busqué (si bien no con excesivo ahínco), no lo encontré. Con el paso del tiempo empecé a olvidar hasta su rostro, aunque siempre persistió en mi memoria una forma de acercarse, un estar, una forma de opinar desde cierta distancia y desde cierta tristeza nada enfática que asociaba con el Ojo Silva, un Ojo Silva que ya no tenía rostro o que había adquirido un rostro de sombras, pero que aún mantenía lo esencial, la memoria de su movimiento, una entidad casi abstracta pero en donde no cabía la quietud.

Pasaron los años. Muchos años. Algunos amigos murieron. Yo me casé, tuve un hijo, publiqué algunos libros.

En cierta ocasión tuve que ir a Berlín. La última noche, después de cenar con Heinrich von Berenberg y su familia, cogí un taxi (aunque usualmente era Heinrich el que cada noche me iba a dejar al hotel) al que ordené que se detuviera antes porque quería pasear un poco. El taxista (un asiático ya mayor que escuchaba a Beethoven) me dejó a unas cinco cuadras del hotel. No era muy tarde aunque casi no había gente por las calles. Atravesé una plaza. Sentado en un banco estaba el Ojo. No lo reconocí hasta que él me habló. Dijo mi nombre y luego me preguntó cómo estaba. Entonces me di la vuelta y lo miré durante un rato sin saber quién era. El Ojo seguía sentado en el banco y sus ojos me miraban y luego miraban el suelo o a los lados, los árboles enormes de la pequeña plaza berlinesa y las sombras que lo rodeaban a él con más intensidad (eso creí entonces) que a mí. Di unos pasos hacia él y le pregunté quién era. Soy yo, Mauricio Silva, dijo. ¿El Ojo Silva de Chile?, dije yo. Él asintió y sólo entonces lo vi sonreír.

Aquella noche conversamos casi hasta que amaneció. El Ojo vivía en Berlín desde hacía algunos años y sabía encontrar los bares que permanecían abiertos toda la noche. Le pregunté por su vida. A grandes rasgos me hizo un dibujo de los avatares del fotógrafo free lancer. Había tenido casa en París, en Milán y ahora en Berlín, viviendas modestas en donde guardaba los libros y de las que se ausentaba durante largas temporadas. Sólo cuando entramos al primer bar pude apreciar cuánto había cambiado. Estaba mucho más flaco, el pelo entrecano y la cara surcada de arrugas. Noté asimismo que bebía mucho más que en México. Quiso saber cosas de mí. Por supuesto, nuestro encuentro no había sido casual. Mi nombre había aparecido en la prensa y el Ojo lo leyó o alguien le dijo que un compatriota suyo daba una lectura o una conferencia a la que no pudo ir, pero llamó por teléfono a la organización y consiguió las señas de mi hotel. Cuando lo encontré en la plaza sólo estaba haciendo tiempo, dijo, y reflexionando a la espera de mi llegada.

Me reí. Reencontrarlo, pensé, había sido un acontecimiento feliz. El Ojo seguía siendo una persona rara y sin embargo asequible, alguien que no imponía su presencia, alguien al que le podías decir adiós en cualquier momento de la noche y él sólo te diría adiós, sin un reproche, sin un insulto, una especie de chileno ideal, estoico y amable, un ejemplar que nunca había abundado mucho en Chile pero que sólo allí se podía encontrar.

Releo estas palabras y sé que peco de inexactitud. El Ojo jamás se hubiera permitido estas generalizaciones. En cualquier caso, mientras estuvimos en los bares, sentados delante de un whisky y de una cerveza sin alcohol, nuestro diálogo se desarrolló básicamente en el terreno de las evocaciones, es decir fue un diálogo informativo y melancólico. El diálogo, en realidad el monólogo, que de verdad me interesa es el que se produjo mientras volvíamos a mi hotel, a eso de las dos de la mañana.

La casualidad quiso que se pusiera a hablar (o que se lanzara a hablar) mientras atravesábamos la misma plaza en donde unas horas antes nos habíamos encontrado. Recuerdo que hacía frío y que de repente escuché que el Ojo me decía que le gustaría contarme algo que nunca antes le había contado a nadie. Lo miré. El Ojo tenía la vista puesta en el sendero de baldosas que serpenteaba por la plaza. Le pregunté de qué se trataba. De un viaje, contestó en el acto. ¿Y qué pasó en ese viaje?, le pregunté. Entonces el Ojo se detuvo y durante unos instantes pareció existir sólo para contemplar las copas de los altos árboles alemanes y los fragmentos de cielo y nubes que bullían silenciosamente por encima de éstos.

Algo terrible, dijo el Ojo. ¿Tú te acuerdas de una conversación que tuvimos en el Quito antes de que me marchara de México? Sí, dije. ¿Te dije que era gay?, dijo el Ojo. Me dijiste que eras homosexual, dije yo. Sentémonos, dijo el Ojo.

Juraría que lo vi sentarse en el mismo banco, como si yo aún no hubiera llegado, aún no hubiera empezado a cruzar la plaza, y él estuviera esperándome y reflexionando sobre su vida y sobre la historia que el destino o el azar lo obligaba a contarme. Alzó el cuello de su abrigo y empezó a hablar. Yo encendí un cigarrillo y permanecí de pie. La historia del Ojo transcurría en la India. Su oficio y no la curiosidad de turista lo había llevado hasta allí, en donde tenía que realizar dos trabajos. El primero era el típico reportaje urbano, una mezcla de Marguerite Duras y Hermann Hesse, el Ojo y yo sonreímos, hay gente así, dijo, gente que quiere ver la India a medio camino entre India Song y Sidharta, y uno está para complacer a los editores. Así que el primer reportaje había consistido en fotos donde se vislumbraban casas coloniales, jardines derruidos, restaurantes de todo tipo, con predominio más bien del restaurante canalla o del restaurante de familias que parecían canallas y sólo eran indias, y también fotos del extrarradio, las zonas verdaderamente pobres, y luego el campo y las vías de comunicación, carreteras, empalmes ferroviarios, autobuses y trenes que entraban y salían de la ciudad, sin olvidar la naturaleza como en estado latente, una hibernación ajena al concepto de hibernación occidental, árboles distintos a los árboles europeos, ríos y riachuelos, campos sembrados o secos, el territorio de los santos, dijo el Ojo.

El segundo reportaje fotográfico era sobre el barrio de las putas de una ciudad de la India cuyo nombre no conoceré nunca.

Aquí empieza la verdadera historia del Ojo. En aquel tiempo aún vivía en París y sus fotos iban a ilustrar un texto de un conocido escritor francés que se había especializado en el submundo de la prostitución. De hecho, su reportaje sólo era el primero de una serie que comprendería barrios de tolerancia o zonas rojas de todo el mundo, cada una fotografiada por un fotógrafo diferente, pero todas comentadas por el mismo escritor.

No sé a qué ciudad llegó el Ojo, tal vez Bombay, Calcuta, tal vez Benarés o Madrás, recuerdo que se lo pregunté y que él ignoró mi pregunta. Lo cierto es que llegó a la India solo, pues el escritor francés ya tenía escrita su crónica y él únicamente debía ilustrarla, y se dirigió a los barrios que el texto del francés indicaba y comenzó a hacer fotografías. En sus planes -y en los planes de sus editores- el trabajo y por lo tanto la estadía en la India no debía prolongarse más allá de una semana. Se hospedó en un hotel en una zona tranquila, una habitación con aire acondicionado y con una ventana que daba a un patio que no pertenecía al hotel y en donde había dos árboles y una fuente entre los árboles y parte de una terraza en donde a veces aparecían dos mujeres seguidas o precedidas de varios niños. Las mujeres vestían a la usanza india, o lo que para el Ojo eran vestimentas indias, pero a los niños incluso una vez los vio con corbatas. Por las tardes se desplazaba a la zona roja y hacía fotos y charlaba con las putas, algunas jovencísimas y muy hermosas, otras un poco mayores o más estropeadas, con pinta de matronas escépticas y poco locuaces. El olor, que al principio más bien lo molestaba, terminó gustándole. Los chulos (no vio muchos) eran amables y trataban de comportarse como chulos occidentales o tal vez (pero esto lo soñó después, en su habitación de hotel con aire acondicionado) eran estos últimos quienes habían adoptado la gestualidad de los chulos hindúes.

Una tarde lo invitaron a tener relación carnal con una de las putas. Se negó educadamente. El chulo comprendió en el acto que el Ojo era homosexual y a la noche siguiente lo llevó a un burdel de jóvenes maricas. Esa noche el Ojo enfermó. Ya estaba dentro de la India y no me había dado cuenta, dijo estudiando las sombras del parque berlinés. ¿Qué hiciste?, le pregunté. Nada. Miré y sonreí. Y no hice nada. Entonces a uno de los jóvenes se le ocurrió que tal vez al visitante le agradara visitar otro tipo de establecimiento. Eso dedujo el Ojo, pues entre ellos no hablaban en inglés. Así que salieron de aquella casa y caminaron por calles estrechas e infectas hasta llegar a una casa cuya fachada era pequeña pero cuyo interior era un laberinto de pasillos, habitaciones minúsculas y sombras de las que sobresalía, de tanto en tanto, un altar o un oratorio.

Es costumbre en algunas partes de la India, me dijo el Ojo mirando el suelo, ofrecer un niño a una deidad cuyo nombre no recuerdo. En un arranque desafortunado le hice notar que no sólo no recordaba el nombre de la deidad sino que tampoco el nombre de la ciudad ni el de ninguna persona de su historia. El Ojo me miró y sonrió. Trato de olvidar, dijo.

En ese momento me temí lo peor, me senté a su lado y durante un rato ambos permanecimos con los cuellos de nuestros abrigos levantados y en silencio. Ofrecen un niño a ese dios, retomó su historia tras escrutar la plaza en penumbras, como si temiera la cercanía de un desconocido, y durante un tiempo que no sé mensurar el niño encarna al dios. Puede ser una semana, lo que dure la procesión, un mes, un año, no lo sé. Se trata de una fiesta bárbara, prohibida por las leyes de la república india, pero que se sigue celebrando. Durante el transcurso de la fiesta el niño es colmado de regalos que sus padres reciben con gratitud y felicidad, pues suelen ser pobres. Terminada la fiesta el niño es devuelto a su casa, o al agujero inmundo donde vive y todo vuelve a recomenzar al cabo de un año.

La fiesta tiene la apariencia de una romería latinoamericana, sólo que tal vez es más alegre, más bulliciosa y probablemente la intensidad de los que participan, de los que se saben participantes, sea mayor. Con una sola diferencia. Al niño, días antes de que empiecen los festejos, lo castran. El dios que se encarna en él durante la celebración exige un cuerpo de hombre -aunque los niños no suelen tener más de siete años- sin la mácula de los atributos masculinos. Así que los padres lo entregan a los médicos de la fiesta o a los barberos de la fiesta o a los sacerdotes de la fiesta y éstos lo emasculan y cuando el niño se ha recuperado de la operación comienza el festejo. Semanas o meses después, cuando todo ha acabado, el niño vuelve a casa, pero ya es un castrado y los padres lo rechazan. Y entonces el niño acaba en un burdel. Los hay de todas clases, dijo el Ojo con un suspiro. A mí, aquella noche, me llevaron al peor de todos.

Durante un rato no hablamos. Yo encendí un cigarrillo. Después el Ojo me describió el burdel y parecía que estaba describiendo una iglesia. Patios interiores techados. Galerías abiertas. Celdas en donde gente a la que tú no veías espiaba todos tus movimientos. Le trajeron a un joven castrado que no debía tener más de diez años. Parecía una niña aterrorizada, dijo el Ojo. Aterrorizada y burlona al mismo tiempo. ¿Lo puedes entender? Me hago una idea, dije. Volvimos a enmudecer. Cuando por fin pude hablar otra vez dije que no, que no me hacía ninguna idea. Ni yo, dijo el Ojo. Nadie se puede hacer una idea. Ni la víctima, ni los verdugos, ni los espectadores. Sólo una foto.

¿Le sacaste una foto?, dije. Me pareció que el Ojo era sacudido por un escalofrío. Saqué mi cámara, dije, y le hice una foto. Sabía que estaba condenándome para toda la eternidad, pero lo hice.

Ignoro cuánto rato estuvimos en silencio. Sé que hacía frío pues yo en algún momento me puse a temblar. A mi lado oí sollozar al Ojo un par de veces, pero preferí no mirarlo. Vi los faros de un coche que pasaba por una de las calles laterales de la plaza. A través del follaje vi encenderse una ventana.

Después el Ojo siguió hablando. Dijo que el niño le había sonreído y luego se había escabullido mansamente por una de los pasillos de aquella casa incomprensible. En algún momento uno de los chulos le sugirió que si allí no había nada de su agrado se marcharan. El Ojo se negó. No podía irse. Se lo dijo así: no puedo irme todavía. Y era verdad, aunque él desconocía qué era aquello que le impedía abandonar aquel antro para siempre. El chulo, sin embargo, lo entendió y pidieron té o un brebaje parecido. El Ojo recuerda que se sentaron en el suelo, sobre unas esteras o sobre unas alfombrillas estropeadas por el uso. La luz provenía de un par de velas. Sobre la pared colgaba un póster con la efigie del dios. Durante un rato el Ojo miró al dios y al principio se sintió atemorizado, pero luego sintió algo parecido a la rabia, tal vez al odio.

Yo nunca he odiado a nadie, dijo mientras encendía un cigarrillo y dejaba que la primera bocanada se perdiera en la noche berlinesa.

En algún momento, mientras el Ojo miraba la efigie del dios, aquellos que lo acompañaban desaparecieron. Se quedó solo con una especie de puto de unos veinte años que hablaba inglés. Y luego, tras unas palmadas, reapareció el niño. Yo estaba llorando, o yo creía que estaba llorando, o el pobre puto creía que yo estaba llorando, pero nada era verdad. Yo intentaba mantener una sonrisa en la cara (una cara que ya no me pertenecía, una cara que se estaba alejando de mí como una hoja arrastrada por el viento), pero en mi interior lo único que hacía era maquinare. No un plan, no una forma vaga de justicia, sino una voluntad.

Y después el Ojo y el puto y el niño se levantaron y recorrieron un pasillo mal iluminado y otro pasillo peor iluminado (con el niño a un lado del Ojo, mirándolo, sonriéndole, y el joven puto también le sonreía, y el Ojo asentía y prodigaba ciegamente las monedas y los billetes) hasta llegar a una habitación en donde dormitaba el médico y junto a él otro niño con la piel aún más oscura que la del niño castrado y menor que éste, tal vez seis años o siete, y el Ojo escuchó las explicaciones del médico o del barbero o del sacerdote, unas explicaciones prolijas en donde se mencionaba la tradición, las fiestas populares, el privilegio, la comunión, la embriaguez y la santidad, y pudo ver los instrumentos quirúrgicos con que el niño iba a ser castrado aquella madrugada o la siguiente, en cualquier caso el niño había llegado, pudo entender, aquel mismo día al templo o al burdel, una medida preventiva, una medida higiénica, y había comido bien, como si ya encarnara al dios, aunque lo que el Ojo vio fue un niño que lloraba medio dormido y medio despierto, y también vio la mirada medio divertida y medio aterrorizada del niño castrado que no se despegaba de su lado. Y entonces el Ojo se convirtió en otra cosa, aunque la palabra que él empleó no fue "otra cosa" sino "madre".

Dijo madre y suspiró. Por fin. Madre.

Lo que sucedió a continuación de tan repetido es vulgar: la violencia de la que no podemos escapar. El destino de los latinoamericanos nacidos en la década de los cincuenta.

Por supuesto, el Ojo intentó sin gran convicción el diálogo, el soborno, la amenaza. Lo único cierto es que hubo violencia y poco después dejó atrás las calles de aquel barrio como si estuviera soñando y transpirando a mares. Recuerda con viveza la sensación de exaltación que creció en su espíritu, cada vez mayor, una alegría que se parecía peligrosamente a algo similar a la lucidez, pero que no era (no podía ser) lucidez. También: la sombra que proyectaba su cuerpo y las sombras de los dos niños que llevaba de la mano sobre los muros descascarados. En cualquier otra parte hubiera concitado la atención. Allí, a aquella hora, nadie se fijó en él.

El resto, más que una historia o un argumento, es un itinerario. El Ojo volvió al hotel, metió sus cosas en la maleta y se marchó con los niños. Primero en un taxi hasta una aldea o un barrio de las afueras. Desde allí en un autobús hasta otra aldea en donde cogieron otro autobús que los llevó a otra aldea. En algún punto de su fuga se subieron a un tren y viajaron toda la noche y parte del día. El Ojo recordaba el rostro de los niños mirando por la ventana un paisaje que la luz de la mañana iba deshilachando, como si nunca nada hubiera sido real salvo aquello que se ofrecía, soberano y humilde, en el marco de la ventana de aquel tren misterioso.

Después cogieron otro autobús, y un taxi, y otro autobús, y otro tren, y hasta hicimos dedo, dijo el Ojo mirando la silueta de los árboles berlineses pero en realidad mirando la silueta de otros árboles, innombrables, imposibles, hasta que finalmente se detuvieron en una aldea en alguna parte de la India y alquilaron una casa y descansaron.

Al cabo de dos meses el Ojo ya no tenía dinero y fue caminando hasta otra aldea desde donde envió una carta al amigo que entonces tenía en París. Al cabo de quince días recibió un giro bancario y tuvo que ir a cobrarlo a un pueblo más grande, que no era la aldea desde la que había mandado la carta ni mucho menos la aldea en donde vivía. Los niños estaban bien. Jugaban con otros niños, no iban a la escuela y a veces llegaban a casa con comida, hortalizas que los vecinos les regalaban. A él no lo llamaban padre, como les había sugerido más que nada como una medida de seguridad, para no atraer la atención de los curiosos, sino Ojo, tal como le llamábamos nosotros. Ante los aldeanos, sin embargo, el Ojo decía que eran sus hijos. Se inventó que la madre, india, había muerto hacía poco y él no quería volver a Europa. La historia sonaba verídica. En sus pesadillas, no obstante, el Ojo soñaba que en mitad de la noche aparecía la policía india y lo detenían con acusaciones indignas. Solía despertar temblando. Entonces se acercaba a las esterillas en donde dormían los niños y la visión de éstos le daba fuerzas para seguir, para dormir, para levantarse.

Se hizo agricultor. Cultivaba un pequeño huerto y en ocasiones trabajaba para los campesinos ricos de la aldea. Los campesinos ricos, por supuesto, en realidad eran pobres, pero menos pobres que los demás. El resto del tiempo lo dedicaba a enseñar inglés a los niños, y algo de matemáticas, y a verlos jugar. Entre ellos hablaban en un idioma incomprensible. A veces los veía detener los juegos y caminar por el campo como si de pronto se hubieran vuelto sonámbulos. Los llamaba a gritos. A veces los niños fingían no oírlo y seguían caminando hasta perderse. Otras veces volvían la cabeza y le sonreían.

¿Cuánto tiempo estuviste en la India?, le pregunté alarmado.

Un año y medio, dijo el Ojo, aunque a ciencia cierta no lo sabía.

En una ocasión su amigo de París llegó a la aldea. Todavía me quería, dijo el Ojo, aunque en mi ausencia se había puesto a vivir con un mecánico argelino de la Renault. Se rió después de decirlo. Yo también me reí. Todo era tan triste, dijo el Ojo. Su amigo que

llegaba a la aldea a bordo de un taxi cubierto de polvo rojizo, los niños corriendo detrás de un insecto, en medio de unos matorrales secos, el viento que parecía traer buenas y malas noticias.

Pese a los ruegos del francés no volvió a París. Meses después recibió una carta de éste en donde le comunicaba que la policía india no lo perseguía. Al parecer la gente del burdel no había interpuesto denuncia alguna. La noticia no impidió que el Ojo siguiera sufriendo pesadillas, sólo cambió la vestimenta de los personajes que lo detenían y lo zaherían: en lugar de ser policías se convirtieron en esbirros de la secta del dios castrado. El resultado final era aún más horroroso, me confesó el Ojo, pero yo ya me había acostumbrado a las pesadillas y de alguna forma siempre supe que estaba en el interior de un sueño, que eso no era la realidad.

Después llegó la enfermedad a la aldea y los niños murieron. Yo también quería morirme, dijo el Ojo, pero no tuve esa suerte.

Tras convalecer en una cabaña que la lluvia iba destrozando cada día, el Ojo abandonó la aldea y volvió a la ciudad en donde había conocido a sus hijos. Con atenuada sorpresa descubrió que no estaba tan distante como pensaba, la huida había sido en espiral y el regreso fue relativamente breve. Una tarde, la tarde en que llegó a la ciudad, fue a visitar el burdel en donde castraban a los niños. Sus habitaciones se habían convertido en viviendas en donde se hacinaban familias enteras. Por los pasillos que recordaba solitarios y fúnebres ahora pululaban niños que apenas sabían andar y viejos que ya no podían moverse y se arrastraban. Le pareció una imagen del paraíso.

Aquella noche, cuando volvió a su hotel, sin poder dejar de llorar por sus hijos muertos, por los niños castrados que él no había conocido, por su juventud perdida, por todos los jóvenes que ya no eran jóvenes y por los jóvenes que murieron jóvenes, por los que lucharon por Salvador Allende y por los que tuvieron miedo de luchar por Salvador Allende, llamó a su amigo francés, que ahora vivía con un antiguo levantador de pesas búlgaro, y le pidió que le enviara un billete de avión y algo de dinero para pagar el hotel.

Y su amigo francés le dijo que sí, que por supuesto, que lo haría de inmediato, y también le dijo ¿qué es ese ruido?, ¿estás llorando?, y el Ojo dijo que sí, que no podía dejar de llorar, que no sabía qué le pasaba, que llevaba horas llorando. Y su amigo francés le dijo que se calmara. Y el Ojo se rió sin dejar de llorar y dijo que eso haría y colgó el teléfono. Y luego siguió llorando sin parar.

Últimos atardeceres en la tierra

LA SITUACIÓN ES ÉSTA: B y el padre de B salen de vacaciones a Acapulco. Parten muy temprano, a las seis de la mañana Esa noche, B duerme en casa de su padre. No tiene sueños o si los tiene los olvida nada más abrir los ojos. Oye a su padre en el baño. Mira por la ventana, aún está oscuro. B no enciende la luz y se viste. Cuando sale de su habitación su padre está sentado a la mesa, leyendo un periódico de- portivo del día anterior y el desayuno está hecho. Café y huevos a la ranchera. B saluda a su padre y entra en el baño.

El coche del padre de B es un Ford Mustang del 70. A las seis y media de la mañana suben al coche y comienzan a salir de la Ciudad. La ciudad es México Distrito Federal, y el año en que B y su padre abandonan el DF por unas cortas vacaciones es el año de 1975. El viaje es, en líneas generales, plácido. Al salir del DF, ambos, padre e hijo, tienen frío, pero cuando abandonan el valle y comienzan a bajar en dirección a las tierras calientes del estado de Guerrero, el calor se impone y tienen que quitarse los suéteres y abrir las ventanillas. El paisaje, al principio, ocupa toda la atención de B, que tiende a la melancolía, pero al cabo de las horas las montañas y los bosques se hacen monótonos y B prefiere dedicarse leer un libro de poesía.

Antes de llegar a Acapulco el padre de B detiene el coche delante de un tenderete de la carretera. En el tenderete ofrecen iguanas. ¿Las probamos?, dice el padre de B. Las iguanas están vivas y apenas se mueven cuando el padre de B se acerca a mirarlas. B lo observa apoyado en el guardabarros del Mustang. Sin esperar respuesta, el padre de B pide una ración de iguana para él y para su hijo. Sólo entonces B se mueve. Se acerca al comedor al aire libre, cuatro mesas y un toldo que el viento escaso apenas agita, y se sienta en la mesa más alejada de la carretera. Para beber, el padre de B pide cervezas. Los dos llevan las camisas arremangadas y desabotonadas. Los dos llevan camisas de colores claros. El hombre que los atiende, por el contrario, lleva una camiseta negra de manga larga y el calor no parece afectarlo.

¿Van a Acapulco?, dice el hombre. El padre de B asiente. Ellos son los únicos clientes del tenderete. Por la carretera brillante los coches pasan y no se detienen. El padre de B se levanta y se dirige hacia la parte de atrás. Por un momento B cree que su padre va a orinar, pero pronto se da cuenta de que se ha metido en la cocina para observar cómo cocinan la iguana. El hombre lo sigue en silencio. B los oye hablar. Primero habla su padre, después la voz del hombre y por último una voz de mujer a la que B no ha visto. B tiene la frente perlada de sudor. Sus gafas están mojadas y sucias. Se las quita y las limpia con el borde de la camisa. Cuando vuelve a ponerse las gafas observa a su padre que lo está mirando desde la cocina. En realidad, sólo ve la cara de su padre y parte de su hombro, el resto queda oculto por una cortina roja con lunares negros, una cortina que a B, por momentos, le parece que no sólo separa la cocina del comedor sino un tiempo de otro tiempo.

Entonces B desvía la mirada y vuelve a su libro, que permanece abierto sobre la mesa. Es un libro de poesía. Una antología de surrealistas franceses traducida al español por Aldo Pellegrini, surrealista argentino. Desde hace dos días B está leyendo este libro. Le gusta. Le gustan las fotos de los poetas. La foto de Unik, la de Desnos, la de Artaud, la de Crevel. El libro es voluminoso y está forrado con un plástico transparente. No es B quien lo ha forrado

(B nunca forra sus libros) sino un amigo particularmente puntilloso. Así que B desvía la mirada, abre su libro al azar y encuentra a Gui Rosey, la foto de Gui Rosey, sus poemas, y cuando vuelve a levantar la mirada la cabeza de su padre ya no está.

El calor es sofocante. De buena gana B volvería al DF, pero no va a volver, al menos no ahora, eso lo sabe. Poco después su padre está sentado junto a él y ambos comen iguana con salsa picante y beben más cerveza. El hombre de la camiseta negra ha encendido una radio de transistores y ahora una música vagamente tropical se mezcla con el ruido del bosque y con el ruido de los coches que pasan por la carretera. La iguana sabe a pollo. Es más chiclosa que el pollo, dice B no muy convencido. Es sabrosa, dice su padre y pide otra ración. Toman café de olla. Los platos de iguana se los ha servido el hombre de la camiseta negra, pero el café lo trae la mujer de la cocina. Es joven, casi tan joven como B, y va vestida con shorts blancos y una blusa amarilla con estampado de flores blancas, unas flores que B no reconoce y que tal vez no existen. Cuando están tomando café, B se siente descompuesto, pero no dice nada. Fuma y mira el toldo que apenas se mueve, como si un delgado hilo de agua permaneciera allí desde la última tormenta. Pero eso no puede ser, piensa B. ¿Qué miras?, dice su padre. El toldo, dice B. Es como una vena. Esto último B no lo dice, sólo lo piensa.

Al atardecer llegan a Acapulco. Durante un rato vagan por las avenidas cercanas al mar. Las ventanillas del coche están bajadas y la brisa les revuelve el pelo. Se detienen en un bar y entran a beber. Esta vez el padre de B pide tequila. B se lo piensa un momento. También pide tequila. El bar es moderno y tiene aire acondicionado. El padre de B conversa con el camarero, le pregunta por hoteles cercanos a la playa. Cuando vuelven al Mustang ya se ven algunas estrellas y el padre de B parece, por primera vez en lo que va de día, cansado. Sin embargo aún recorren un par de hoteles que, por un motivo u otro, no les satisfacen, antes de dar con el elegido. El hotel se llama La Brisa y es pequeño, tiene piscina y está a cuatro pasos de la playa. Al padre de B le gusta el hotel. A B también le gusta. Como es temporada baja, está casi vacío y los precios resultan asequibles. La habitación que les asignan tiene dos camas individuales y un pequeño baño con ducha; la única ventana da al patio del hotel, en donde está la piscina, y no al mar como era el deseo del padre de B. La ventilación, no tardan en descubrirlo, no funciona. Pero la habitación es bastante fresca y no protestan. Así que se instalan, deshacen cada uno su maleta, meten la ropa en los armarios, B deja sus libros sobre el velador, se cambian de camisa, el padre de B se da una ducha de agua fría, B sólo se lava la cara y cuando han terminado salen a cenar.

En la recepción del hotel encuentran a un tipo bajito y con dientes de conejo. Es joven y parece simpático, les recomienda un restaurante cercano al hotel. El padre de B le pregunta por algún sitio animado. B entiende a lo que se refiere su padre. El recepcionista no lo entiende. Un sitio con acción, dice el padre de B. Un lugar donde se puedan encontrar muchachas, dice B. Ah, dice el recepcionista. Durante un instante B y su padre permanecen inmóviles, sin hablar. El recepcionista se agacha, desaparece debajo del mostrador y luego vuelve a aparecer con una tarjeta que le tiende al padre de B. Este la mira, pregunta si el establecimiento es de confianza, y después extrae de la billetera un billete que el recepcionista coge al vuelo.

Pero esa noche, después de cenar, vuelven directos al hotel.

Al día siguiente B despierta muy temprano. Sin hacer ruido se ducha, se lava los dientes, se pone el traje de baño y abandona la habitación. En el comedor del hotel no hay

nadie, por lo que B decide desayunar afuera. La calle del hotel baja perpendicularmente hacia la playa. Allí sólo hay un adolescente que alquila tablas. B le pregunta el precio por una hora. El adolescente dice una cifra que a B le parece razonable, así que alquila una tabla y se mete en el mar. Enfrente de la playa hay una pequeña isla y hacia allí dirige B su embarcación. Al principio le cuesta un poco, pero no tarda en dominarla. El mar, a esa hora, es cristalino y antes de llegar a la isla B cree ver peces rojos bajo su tabla, peces de unos cincuenta centímetros de longitud que se dirigen hacia la playa mientras él rema hacia la isla.

El trayecto entre la playa y la isla dura exactamente quince minutos. B no lo sabe, pues no tiene reloj, y el tiempo se le alarga. La travesía entre la playa y la isla le parece que dura una eternidad. Y justo antes de llegar unas olas imprevistas dificultan su aproximación a la playa, una playa que puede apreciar de arena muy distinta a la playa del hotel, pues en aquélla la arena, tal vez por la hora (aunque B no lo cree así), era de un color de tonos dorados y marrones y la de la isla es una arena blanca, refulgente, tanto que hace daño mirarla mucho rato.

Entonces B deja de remar y se queda quieto, a merced del oleaje, y las olas comienzan a alejarlo paulatinamente de la isla. Cuando por fin reacciona, la tabla ha retrocedido y está otra vez a medio camino. Después de calcular las distancias, B opta por regresar. Esta vez la singladura transcurre plácidamente. Al llegar a la playa, el muchacho que alquila las tablas se le acerca y le pregunta si ha tenido algún problema. Ninguno, dice B. Una hora más tarde, sin haber desayunado, B regresa al hotel y encuentra a su padre sentado en el comedor, con una taza de café y un plato en donde aún quedan restos de tostadas y huevos.

Las horas siguientes son confusas. Vagabundean, observan a la gente desde el interior del coche, a veces bajan y se toman un refresco o un helado. Esa tarde, en la playa, mientras su padre duerme estirado en una tumbona, B lee otra vez los poemas de Gui Rosey y la breve historia de su vida o de su muerte.

Un día un grupo de surrealistas llegan al sur de Francia. Intentan obtener el visado para viajar a los Estados Unidos. El norte y el oeste están ocupados por los alemanes. El sur está bajo la égida de Pétain. El consulado norteamericano dilata la decisión día tras día. En el grupo de surrealistas está Breton, está Tristán Tzara, está Péret, pero también hay otros que son menos importantes. A este grupo pertenece Gui Rosey. Su foto es la foto de un Poeta menor, piensa B. Es feo, es atildado, parece un oscuro funcionario de ministerio o un empleado de banca. Hasta aquí, pese a las disonancias, todo normal, piensa B. El grupo de surrealistas se reúne cada tarde en un café cerca del puerto. Hacen planes, conversan, Rosey no falta a ninguna cita. Un día, sin embargo (un atardecer, intuye B), Rosey desaparece. Al principio, nadie lo echa de menos. Es un poeta menor y los poetas menores pasan inadvertidos. Al cabo de los días, no obstante, comienzan a buscarlo. En la pensión en donde vivía no saben nada de él, sus maletas, sus libros, están allí, nadie los ha tocado, Por lo que resulta impensable que Rosey se haya marchado sin pagar, una práctica común, por otra parte, en ciertas pensiones de la Costa Azul. Sus amigos lo buscan. Recorren hospitales y retenes de la gendarmería. Nadie sabe nada de él. Un día llegan los visados y la mayoría de ellos coge un barco y salen para los Estados Unidos. Los que se quedan, aquellos que no van a tener visado nunca, pronto olvidan a Rosey, olvidan su desaparición ocupados en ponerse a salvo a sí mismos en unos años en donde las desapariciones masivas y los crímenes masivos son una constante.

De noche, después de cenar en el hotel, el padre de B propone ir a visitar un lugar en donde haya acción. B mira a su padre. Es rubio (B es moreno), tiene los ojos grises y aún es fuerte. Parece feliz y dispuesto a pasarlo bien. ¿Acción de qué tipo? dice B, que sabe perfectamente a lo que se refiere su padre. La de siempre, dice el padre de B. Trago y mujeres. Durante un rato B permanece en silencio, como si cavilara una respuesta. Su padre lo mira. Se diría que en esa mirada hay expectación, pero en realidad sólo hay cariño. Finalmente B dice que no tiene ganas de hacer el amor con nadie. No se trata de ir a echar un polvo, dice su padre, sino de ir y mirar y tomar y departir con los amigos. ¿Con qué amigos, dice B, si aquí no conocemos a nadie? Uno siempre hace amigos en los picaderos, dice su padre. La palabra picadero hace que B piense en caballos. Cuando tenía siete años su padre le compró un caballo. ¿De dónde era mi caballo?, dice B. Su padre, que no sabe de qué habla, se sobresalta. ¿Qué caballo?, dice. El que me compraste cuando yo era chico, dice B, en Chile. Ah, el Zafarrancho, dice su padre y sonríe. Era un caballo chilote, de Chiloé, dice, y tras pensar un instante vuelve a hablar de los burdeles. Por su manera de evocarlos, se diría que habla de salas de baile, piensa B. Pero luego ambos se quedan callados.

Esa noche no van a ninguna parte.

Mientras su padre duerme, B se va a leer a la terraza del hotel, junto a la piscina. No hay nadie más que él. La terraza está limpia y vacía. Desde su mesa B puede observar una parte de la recepción, en donde el recepcionista de la noche anterior lee algo o hace cuentas, de pie sobre el mostrador. B lee a los surrealistas franceses, lee a Gui Rosey. Y la verdad es que Rosey no le parece interesante. Le gusta Desnos, le gusta Eluard, mucho más que Rosey, aunque al final siempre vuelve a los poemas de éste y a contemplar su fotografía, una foto de estudio en donde Rosey aparece como un ser sufriente y solitario, con los ojos grandes y vidriosos, y una corbata oscura que parece estrangularlo.

Seguramente se suicidó, piensa B. Supo que no iba a obtener jamás el visado para los Estados Unidos o para México y decidió acabar sus días allí. Imagina o trata de imaginar una ciudad costera del sur de Francia. B aún no ha estado nunca en Europa. Ha recorrido casi toda Latinoamérica, pero en Europa aún no ha puesto los pies. Así que su imagen de una ciudad mediterránea está condicionada directamente por su imagen de Acapulco. Calor, un hotel pequeño y barato, playas de arenas doradas y playas de arenas blancas. Y ruidos lejanos de música. B no sabe que falta en su imagen un ruido o un rumor determinante: el de las jarcias de las pequeñas embarcaciones que suelen amarrar en todas las ciudades costeras. Sobre todo en las pequeñas: el ruido de las jarcias en la noche, aunque el mar esté liso como un plato de sopa.

De pronto alguien más entra en la terraza. Es una silueta femenina que toma asiento en la mesa más retirada, en una esquina, junto a dos grandes jarrones de pie. Al poco rato, el recepcionista se acerca a la mujer con una bebida. Después, en lugar de regresar a la recepción, el recepcionista se aproxima a B, que está sentado al borde de la piscina y le pregunta qué tal lo están pasando su padre y él. Muy bien, dice B. ¿Les gusta Acapulco?, pregunta el recepcionista. Mucho, dice B. ¿Qué tal el San Diego?, pregunta el recepcionista. B no entiende la pregunta. ¿El San Diego? Por un instante cree que le está preguntando por el hotel, pero de inmediato recuerda que el hotel no se llama así. ¿Qué San Diego?, dice B. El recepcionista sonríe. El club de putas, dice. Entonces B recuerda la tarjeta que el recepcionista le dio a su padre. Aún no hemos ido, dice. Es un sitio de

confianza, dice el recepcionista. B mueve la cabeza en un gesto que podría ser interpretado de muchas maneras. Está en la avenida Constituyentes, dice el recepcionista. En esa misma avenida hay otro club, el Ramada, que no es de fiar. El Ramada, dice B, mientras observa la silueta femenina inmóvil en el rincón de la terraza, en medio de los enormes jarrones cuya sombra se alarga y adelgaza hasta perderse debajo de las mesas vecinas, el vaso con la bebida en la mesa, aparentemente intacto. Al Ramada es mejor que no vayan, dice el recepcionista. ¿Por qué?, dice B por decir algo, en realidad él no tiene intención de ir a ninguno de los dos clubes. No es de confianza, dice el recepcionista y sus dientes de conejo, blanquísimos, brillan en la semipenumbra que se ha apoderado repentinamente de toda la terraza, como si alguien desde la recepción hubiera apagado la mitad de las luces.

Cuando el recepcionista se va, B vuelve a abrir el libro de poesía, pero las palabras ya son ilegibles, así que deja el libro abierto sobre la mesa y cierra los ojos y no oye el rumor de las jarcias sino un ruido atmosférico, de enormes capas de aire caliente que descienden sobre el hotel y sobre los árboles que rodean el hotel. Tiene ganas de meterse en la piscina. Por un instante cree que podría hacerlo.

Entonces la mujer del rincón se levanta y comienza a caminar en dirección a las escalinatas que unen la terraza con la recepción, aunque a medio camino se detiene, como si se sintiera mal, una mano apoyada en un cantero en donde ya no hay flores sino maleza. B la observa. La mujer lleva un vestido claro, holgado, de tela ligera, con un amplio escote que deja desnudos sus hombros. B cree que la mujer seguirá su camino, pero ella no se mueve, la mano fija en el cantero, la mirada baja, y entonces B se levanta, con el libro en la mano, y se acerca. Su primera sorpresa se produce al observar su rostro. La mujer debe tener, calcula B, unos sesenta años, aunque él, de lejos, no le hubiera echado más de treinta. Es norteamericana y cuando B se le aproxima levanta la vista y le sonríe. Buenas noches, dice ella un tanto incongruentemente. ¿Le sucede algo?, dice B. La mujer no entiende sus palabras y B tiene que repetírselas, pero esta vez en inglés. Sólo estoy pensando en algo, dice la mujer sin dejar de sonreírle. B reflexiona durante unos segundos en lo que la mujer le acaba de decir. Pensando en algo. Y de pronto percibe en esa declaración una amenaza. Algo que se acerca por el lado del mar. Algo que avanza arrastrado por las nubes oscuras que cruzan invisibles la bahía de Acapulco. Pero no se mueve ni hace el más mínimo ademán de romper el encanto en el que se siente sujeto. y entonces la mujer mira el libro que cuelga de la mano izquierda de B y le pregunta qué es lo que lee y B dice: poesía. Leo poemas. Y la mujer lo mira a los ojos, siempre con la misma sonrisa en la cara (una sonrisa que es reluciente y ajada al mismo tiempo, piensa B cada vez más nervioso) y le dice que a ella, en otro tiempo, le gustaba la poesía. ¿Qué poetas?, dice B sin mover un sólo músculo. Ahora ya no los recuerdo, dice la mujer y parece sumirse nuevamente en la contemplación de algo que sólo ella puede vislumbrar. Sin embargo B cree que está haciendo un esfuerzo por recordar y espera en silencio. Al cabo de un rato vuelve a posar en él su mirada y dice: Longfellow. Acto seguido recita un texto con una rima pegajosa que a B le parece similar a una ronda infantil, algo, en cualquier caso, muy lejano a los poetas que él lee. ¿Conoce usted a Longfellow? dice la mujer. B niega con la cabeza, aunque la verdad es que ha leído a Longfellow. Me lo enseñaron en la escuela, dice la mujer con la misma sonrisa invariable. Y luego añade: ¿no cree que hace demasiado calor? Hace mucho calor, susurra B. Puede que se esté acercando una tormenta, dice la mujer. Parece muy segura de sus palabras. En ese momento B levanta la mirada: no ve ninguna estrella. Lo que sí ve son algunas luces del

hotel encendidas. Y en la ventana de su habitación ve una silueta que los está mirando y que lo sobresalta como si de improvisto se hubiera desatado la lluvia tropical.

Al Principio no comprende nada.

Su padre está allí, al otro lado de los cristales, enfundado en una bata azul, una bata que ha traído desde su casa y que B no conoce, en cualquier caso no es un albornoz del hotel, y los está mirando fijamente, aunque cuando B lo descubre se echa para atrás, retrocede corno picado por una serpiente (levanta una mano en un tímido saludo) y desaparece tras las cortinas.

La canción de Hiawatha, dice la mujer. B la mira. La canción de Hiawatha, dice la mujer, el poema de Longfellow. Ah, sí, dice B.

Después la mujer le da las buenas noches y desaparece gradualmente: primero sube la escalinata hasta la recepción, allí se detiene unos instantes, cruza unas palabras con alguien a quien B no puede ver y finalmente se pierde, silenciosa, por el lobby del hotel, su figura delgada enmarcada por las sucesivas ventanas hasta que dobla por el pasillo de la escalera interior.

Media hora más tarde B entra en su habitación y encuentra a su padre dormido. Durante unos segundos, antes de dirigirse al baño a lavarse los dientes, B lo contempla (muy erguido, como dispuesto a sostener una pelea) desde los pies de la cama. Buenas noches, papá, dice. Su padre no hace la menor señal de haberlo escuchado.

Al segundo día de estancia en Acapulco, B y su padre van a ver a los clavadistas. Tienen dos opciones: mirar el espectáculo desde una plataforma al aire libre o entrar al restaurante-bar del hotel que domina La Quebrada. El padre de B pregunta los precios. La primera persona a la que interroga no lo sabe. El padre de B insiste. Por fin, un viejo ex clavadista que está allí sin hacer nada, le dice dos cifras. Instalarse en el mirador del hotel es seis veces más caro que hacerlo en la plataforma al aire libre. El padre de B no lo duda: vamos al bar, dice, estaremos más cómodos. B lo sigue. En el bar sus vestimentas desentonan con las del resto, turistas norteamericanos o mexicanos con prendas claramente veraniegas. La ropa de B y de su padre es la típica ropa de los habitantes del DF, una ropa que parece salida de un sueño interminable. Los camareros se dan cuenta. Saben que esa gente da poca propina y no los atienden con la prontitud necesaria. El espectáculo, para colmo, no se ve nada bien desde donde se han sentado. Hubiéramos hecho mejor en quedarnos en la plataforma, dice el padre de B. Aunque esto tampoco está mal, añade. B asiente. Finalizada la sesión de saltos y tras haberse bebido dos jaiboles cada uno, salen al aire libre y comienzan a hacer planes para el resto del día. En la plataforma casi no queda nadie, pero el padre de B distingue, sentado en un contrafuerte, al viejo ex clavadista y se le acerca.

El ex clavadista es bajo y tiene las espaldas muy anchas. Está leyendo una novela de vaqueros y no levanta la mirada hasta que B y su padre están a su lado. Entonces los reconoce y les pregunta qué les ha parecido el espectáculo. No ha estado mal, dice el padre de B, aunque en los deportes de precisión es necesaria una experiencia mayor para hacerse una idea cabal. ¿El caballero ha sido deportista? El padre de B lo estudia durante unos segundos y luego dice: algo hemos hecho en la vida. El ex clavadista se pone de pie con un movimiento enérgico, como si de pronto estuviera otra vez en el borde de los acantilados. Debe tener, piensa B, unos cincuenta años, por lo tanto no es mucho mayor que su padre, aunque la piel de la cara, con arrugas que parecen heridas, le proporciona un aire de

persona más vieja. ¿Los caballeros están de vacaciones?, dice el ex clavadista. El padre de B asiente con una sonrisa. ¿Y cuál es el deporte que el caballero ha practicado, si se puede saber? El boxeo, dice el padre de B. Ah, caray, dice el ex clavadista, pues sería en peso pesado, ¿no? El padre de B sonríe ampliamente y dice que sí.

Sin saber como, de pronto B se encuentra caminando con su padre y con el ex clavadista hasta llegar a donde han dejado aparcado el Mustang y luego los tres se montan en el coche y B oye como si estuviera escuchando la radio las instrucciones que el ex clavadista le da a su padre. El coche durante un rato se desliza por la avenida Miguel Alemán, pero luego gira hacia el interior y pronto el paisaje de hoteles y restaurantes dedicados al turismo se transforma en un paisaje urbano ligeramente tropical. El coche, sin embargo, sigue subiendo, alejándose de la herradura dorada de Acapulco, internándose por calles mal asfaltadas o sin asfaltar, hasta llegar a una especie de restaurante o más bien casa de comidas corridas (aunque para ser un establecimiento de comidas corridas es demasiado grande, piensa B) en cuya acera polvorienta se detiene. El ex clavadista y su padre bajan de inmediato. Durante todo el trayecto no han parado de hablar y en la acera, mientras lo esperan y hacen gestos incomprensibles, siguen con su plática. B tarda un momento en descender del coche. Vamos a comer, dice su padre. Es verdad, dice B.

El interior del local es oscuro y sólo una cuarta parte está ocupada por mesas. El resto parece una pista de baile, con un estrado para la orquesta, enmarcada por una larga barra de madera basta. Al entrar B no puede ver nada por el contraste de la luz. Luego observa a un hombre, que se parece al ex clavadista, acercarse a éste y a su padre y tras escuchar atentamente una presentación que B no comprende, darle la mano a su padre y segundos después tendérsela a él. B extiende la mano y aprieta la del desconocido. Este dice un nombre y estrecha la mano de B con fuerza. El gesto es amistoso, pero el apretón resulta más bien violento. El hombre no sonríe. B decide no sonreír. El padre de B y el ex clavadista ya están sentados a la mesa. B se sienta junto a ellos. El tipo que se parece al ex clavadista y que resulta ser su hermano menor se mantiene de pie, atento a las instrucciones. Aquí, el caballero, dice el ex clavadista, fue campeón de los pesos pesados de su país. ¿Extranjeros?, dice el hombre. Chilenos, dice el padre de B. ¿Hay huachinango?, dice el ex clavadista. Hay, dice el hombre. Pues ponnos uno, un huachinango a la guerrerense, dice el ex clavadista. Y cervezas para todos, dice el padre de B, para usted también. Agradecido, murmura el hombre mientras saca tina libretita del bolsillo y apunta con dificultad un pedido que, a juicio de B, resulta un juego de niños memorizar.

Con las cervezas, el hermano del ex clavadista les trae una botana de galletitas saladas y tres vasos no muy grandes de ostiones. Son frescos, dice el ex clavadista mientras les pone chile a los tres. Qué curioso, ¿verdad? Que esto se llame chile y que su país se llame Chile, dice el ex clavadista mientras señala el frasco lleno de salsa picante de color rojo intenso. En efecto, no deja de ser curioso, concede el padre de B. A los chilenos, añade, esto siempre nos ha picado la curiosidad. B mira a su padre con una incredulidad apenas perceptible. El resto de la conversación, hasta que llega el huachinango, gira en torno a temas de boxeo y de clavadismo.

Después B y su padre se van del establecimiento. El tiempo ha pasado deprisa, sin que ellos se den cuenta, y cuando suben al Mustang ya son las siete de la tarde. El ex clavadista se sube con ellos. Por un momento, B piensa que no se lo van a poder quitar de encima nunca, pero cuando llegan al centro de Acapulco el ex clavadista se baja delante de un local

de billares. Cuando se quedan solos, el padre de B comenta favorablemente el trato y los precios que han pagado por el huachinango. Si lo hubiéramos comido aquí, dice señalando los hoteles del paseo costero, nos habría salido por un ojo de la cara. Al llegar a su habitación, B se pone el traje de baño y se va a la playa. Nada durante un rato y luego intenta leer aprovechando la escasa luz del crepúsculo. Lee a los poetas surrealistas y no entiende nada. Un hombre pacífico y solitario, al borde de la muerte. Imágenes, heridas. Eso es lo único que ve. Y de hecho las imágenes poco a poco se van diluyendo, como el sol poniente, y sólo quedan las heridas. Un poeta menor desaparece mientras espera un visado para el Nuevo Mundo. Un poeta menor desaparece sin dejar rastros mientras desespera varado en un pueblo cualquiera del Mediterráneo francés. No hay investigación. No hay cadáver. Cuando B intenta leer a Daumal la noche ya ha caído sobre la playa, cierra el libro y vuelve lentamente al hotel.

Después de cenar, su padre le propone salir a divertirse. B rechaza la invitación. Le sugiere a su padre que vaya solo, que él no está para divertirse, que prefiere quedarse en la habitación y ver una película en la tele. Parece mentira, dice su padre, que a tu edad te estés comportando como un viejo. B observa a su padre, que se ha duchado y se está poniendo ropa limpia, y se ríe.

Antes de que su padre se marche B le dice que se cuide. Su padre lo mira desde la puerta y le dice que sólo va a tomarse un par de tragos. Cuídate tú, dice y cierra suavemente.

Al quedarse solo B se quita los zapatos, busca sus cigarrillos, enciende la tele y vuelve a tumbarse en la cama. Sin darse cuenta, se queda dormido. Sueña que vive (o que está de visita) en la ciudad de los titanes. En su sueño sólo hay un deambular permanente por calles enormes y oscuras que recuerda de otros sueños. Y hay también una actitud suya que en la vigilia él sabe que no tiene. Una actitud delante de los edificios cuyas voluminosas sombras parecen chocar entre sí, y que no es precisamente una actitud de valor sino más bien de indiferencia.

Al cabo de un rato, justo cuando la teleserie se ha acabado, B se despierta de golpe, como impelido por una llamada, se levanta, apaga la tele y se asoma a la ventana. En la terraza, semioculta en el mismo rincón de la noche anterior, está la norteamericana delante de un vaso de alcohol o de zumo de frutas. B la observa sin curiosidad y luego se aparta de la ventana, se sienta en la cama, abre su libro de poetas surrealistas y trata de leer. Pero no puede. Así que trata de pensar y para tal efecto se tiende en la cama otra vez, cierra los ojos, deja los brazos estirados. Por un instante cree que no tardará en quedarse dormido. Incluso puede ver, sesgada, una calle de la ciudad de los sueños. No tarda, sin embargo, en comprender que sólo está recordando el sueño y entonces abre los ojos y se queda durante un rato contemplando el cielo raso de la habitación. Luego apaga la luz de la mesilla de noche y vuelve a acercarse a la ventana. La norteamericana sigue allí, inmóvil, y las sombras de los jarrones se alargan hasta tocar las sombras de las mesas vecinas. El agua de la piscina recoge los reflejos de la recepción que permanece, al contrario que la terraza, con todas las luces encendidas. De pronto un coche se detiene a pocos metros de la entrada del hotel. B cree que se trata del Mustang de su padre. Pero durante un tiempo excesivamente largo nadie aparece por la puerta del hotel y B piensa que se ha equivocado. Justo en ese momento distingue la silueta de su padre que sube las escalinatas. Primero la cabeza, luego los hombros anchos, después el resto del cuerpo hasta acabar en los zapatos, unos

mocasines de color blanco que a B le disgustan profundamente pero que en ese momento le producen algo similar a la ternura. Su padre entra en el hotel como si bailara, piensa. Su padre hace su entrada como si viniera de un velorio, irreflexivamente feliz de seguir vivo. Pero lo más curioso es que, tras asomarse durante un instante a la recepción, su padre retrocede y toma el camino de la terraza: desciende las escaleras, rodea la piscina y va a sentarse en una mesa cercana a la de la norteamericana. Y cuando por fin aparece el tipo de la recepción con una copa, tras pagarle y sin esperar siquiera a que el recepcionista haya desaparecido del todo su padre se levanta y se acerca, con la copa en la mano, hasta la mesa de la norteamericana y durante un rato se queda allí, de pie, hablando, gesticulando, bebiendo, hasta que la mujer hace un gesto y su padre toma asiento a su lado.

Es demasiado vieja para él, piensa B. Luego vuelve a la cama, se acuesta, no tarda en darse cuenta de que todo el sueño que tenía acumulado se ha evaporado. Pero no quiere encender la luz (aunque tiene ganas de leer), no quiere que su padre pueda creer, ni por un segundo, que él lo está espiondo. Durante mucho rato, B se dedica a pensar. Piensa en mujeres, piensa en viajes. Finalmente se duerme.

Durante la noche, en dos ocasiones, se despierta sobresaltado y la cama de su padre está vacía. A la tercera vez ya está amaneciendo y ve la espalda de su padre que duerme profundamente. Entonces enciende la luz y durante un rato, sin salir de la cama, se dedica a fumar y a leer.

Esa mañana B vuelve a la playa y alquila otra vez una tabla. Esta vez no tiene ningún problema para llegar a la isla de enfrente. Allí toma un zumo de mango y se baña durante un rato en un mar en donde no hay nadie. Luego vuelve a la playa del hotel, le entrega la tabla al adolescente que lo mira con una sonrisa y regresa dando un largo rodeo. En el restaurante del hotel encuentra a su padre tomando café. Se sienta a su lado. Su padre está recién afeitado y su piel desprende un olor a colonia barata que a B le gusta. En la mejilla derecha exhibe un arañazo desde la oreja hasta el mentón. B piensa preguntarle qué ocurrió anoche, pero finalmente decide no hacerlo.

El resto del día transcurre como entre brumas. En algún momento B y su padre se marchan a una playa cercana al aeropuerto. La playa es enorme y en los lindes abundan las cabañas con techos de cañizo en donde los pescadores guardan sus artes. El mar está revuelto: durante un rato B y su padre contemplan las olas que se estrellan contra la bahía de Puerto Marqués. Un pescador que está cerca les dice que no es un buen día para bañarse. Es verdad, dice B. Su padre, sin embargo, se mete en el agua. B se sienta en la arena, con las rodillas levantadas y lo observa internarse al encuentro de las olas. El pescador se lleva una mano de visera a la frente y dice algo que B no entiende. Durante un momento la cabeza de su padre, los brazos de su padre que nada hacia dentro desaparecen de su campo visual. Junto al pescador hay ahora dos niños. Todos miran hacia el mar, de pie, menos B que sigue sentado. En el cielo aparece, de forma por demás silenciosa, un avión de pasajeros. B deja de mirar el mar y contempla el avión hasta que éste desaparece detrás de una suave colina llena de vegetación. B recuerda un despertar, justo un año atrás, en el aeropuerto de Acapulco. El venía de Chile, solo, y el avión hizo escala en Acapulco. Cuando B abrió los ojos, recuerda, vio una luz anaranjada, con tonalidades rosas y azules, como una vieja película cuyos colores estuvieran desapareciendo, y entonces supo que estaba en México y que estaba, de alguna manera, salvado. Esto ocurrió en 1974 y B aún no había cumplido los veintiún años. Ahora tiene veintidós y su padre debe andar por los

cuarentainueve. B cierra los ojos. El viento hace ininteligibles las voces de alarma del pescador y de los niños. La arena está fría. Cuando abre los ojos ve a su padre que sale del mar. B cierra otra vez los ojos y los vuelve a abrir sólo cuando una mano grande y mojada se posa sobre su hombro y la voz de su padre lo invita a comer huevos de caguama.

Hay cosas que se pueden contar y hay cosas que no se pueden contar, piensa B, abatido. A partir de este momento él sabe que se está aproximando el desastre.

Las cuarentaiocho horas siguientes, no obstante, transcurren envueltas en una suerte de placidez que el padre de B identifica con "el concepto de las vacaciones" (y B no sabe si su padre se está riendo de él o lo dice en serio). Van a la playa cada día, comen en el hotel o en un restaurante de la avenida López Mateos que tiene precios económicos, una tarde ambos alquilan una embarcación, un bote de plástico, minúsculo, y recorren el perfil de la costa cercana a su hotel, navegando junto a los vendedores de baratijas que se desplazan en tablas o en botes de ínfimo calado, como funambulistas o marineros muertos, llevando sus mercaderías de playa en playa. Al regreso, incluso, sufren un percance.

El bote, que el padre de B lleva demasiado próximo a los roqueríos, vuelca. El incidente, por supuesto, no tiene mayor importancia. Ambos saben nadar bastante bien y el bote está hecho para volcar, no cuesta nada darle la vuelta y subirse a él otra vez. Y eso es lo que hacen B y su padre. En ningún momento ha habido el menor peligro, piensa B. Pero entonces, cuando ambos han vuelto a subir al bote, el padre de B se da cuenta de que ha perdido la billetera y lo anuncia. Dice, tocándose el corazón: "mi billetera", Y sin dudarle un segundo se sumerge de cabeza en el agua. A B le da un ataque de risa, pero luego, tirado en el bote, observa el agua y no ve señal alguna de su padre y durante un instante se lo imagina buceando o, aún peor, cayendo a plomo, pero con los ojos abiertos, por una fosa profunda, fosa en cuya superficie se balancea su bote y él mismo, a mitad de camino ya de la risa y de la alarma. Entonces B se yergue y tras mirar hacia el otro lado del bote y no ver señales de su padre, procede a sumergirse a su vez y sucede lo siguiente: mientras B descende, con los ojos abiertos, su padre asciende (y podría decirse que casi se tocan) con los ojos abiertos y la billetera en la mano derecha; al cruzarse ambos se miran, pero no pueden corregir, al menos no de manera instantánea, sus trayectorias, de modo que el padre de B sigue subiendo silenciosamente y B sigue bajando silenciosamente.

Para los tiburones, para la mayoría de los peces (excepto para los peces voladores), el infierno es la superficie del mar. Para B (para la mayoría de los jóvenes de veintidós años), el infierno a veces es el fondo del mar. Mientras baja recorriendo en sentido inverso la estela que ha dejado su padre, piensa que precisamente ahora hay más motivos que nunca para reírse. En el fondo del mar no encuentra arena, como su imaginación de algún modo esperaba, sino sólo rocas, rocas que se sostienen unas en otras, como si aquel lugar de la costa fuera una montaña sumergida y él estuviera en la parte alta, apenas iniciado el descenso. Después sube y desde abajo contempla el bote que por momentos parece levitar y por momentos parece a punto de hundirse, con su padre sentado en el centro exacto, intentando fumar un cigarrillo mojado.

Y luego se acaba el paréntesis, se acaban las cuarentaiocho horas de gracia en las cuales B y su padre han recorrido algunos bares de Acapulco, han dormido tirados en la playa, han comido e incluso se han reído, y comienza un período gélido, un período aparentemente normal pero dominado por unos dioses helados (dioses que, por otra parte, no interfieren en nada con el calor reinante en Acapulco), unas horas que en otro tiempo, tal

vez cuando era adolescente, B llamaría aburrimiento, pero que ahora de ninguna manera llamaría así, sino más bien desastre, un desastre peculiar, un desastre que por encima de todo aleja a B de su padre, el precio que tienen que pagar por existir.

Todo comienza con la aparición del ex clavadista. B se da cuenta de inmediato que viene a buscar a su padre y no al, llamémosle así, conjunto familiar que conforman ambos. El padre de B invita al ex clavadista a tomarse una copa en la terraza del hotel. El ex clavadista dice que conoce un lugar mejor. El padre de B lo mira y sonríe y luego dice órale. Cuando ganan la calle comienza a atardecer y por un segundo B siente una punzada inexplicable y cree que tal vez hubiera sido mejor quedarse en el hotel, dejar que su padre se divirtiera solo. Pero ya es demasiado tarde. El Mustang sube por la avenida Constituyentes y el padre de B saca de un bolsillo la tarjeta que días atrás le diera el recepcionista. El picadero se llama San Diego, dice. El ex clavadista arguye que ese lugar es demasiado caro. Tengo dinero, dice el padre de B, vivo en México desde 1968 y ésta es la primera vez que me doy unas vacaciones. B, que va sentado junto a su padre, busca el rostro del ex clavadista en el espejo retrovisor y no lo encuentra. Así que primero van al San Diego y durante un rato beben y bailan con chicas a las que por cada baile hay que entregar un boleto que previamente compran en la barra. El padre de B, al principio, sólo compra tres boletos. Este sistema, le dice al ex clavadista, tiene algo de irreal. Pero luego se entusiasma y compra un fajo entero. B también baila. Su primera pareja es una muchacha delgada y de rasgos aindiados. La segunda es una mujer de grandes pechos que parece preocupada o enfurruñada por algo que B jamás podrá comprender. La tercera es gorda y feliz y al poco rato de estar bailando le confiesa al oído que está drogada. ¿Qué has tomado?, dice B. Hongos alucinantes, dice la mujer y B se ríe. Su padre, mientras tanto, baila con la muchacha que parece india y B los observa de tanto en tanto. En realidad, todas las muchachas parecen indias. La que baila con el padre de B tiene una bonita sonrisa. Hablan (de hecho hablan sin parar) aunque B no oye lo que dicen. Después su padre desaparece y B se acerca a la barra junto al ex clavadista. Ellos también se ponen a hablar. De los tiempos pasados. Del valor. De las quebradas en donde rompe el mar. De mujeres. Temas que a B no le interesan o que, al menos, no le interesan en ese momento. Y sin embargo hablan.

Al cabo de media hora su padre vuelve a la barra. Su pelo rubio está mojado y recién peinado (el padre de B se peina para atrás) y tiene la cara enrojecida. Sonríe sin decir nada y B lo observa sin decir nada. Hora de comer, dice. B y el ex clavadista lo siguen hasta el Mustang. Cenar mariscos variados en un local oblongo como un ataúd. Mientras comen, el padre de B mira a B como buscando una respuesta. B sostiene su mirada. Telepáticamente le dice: no hay respuesta porque la pregunta no es válida. La pregunta es imbécil. Después, sin saber cómo, B sigue a su padre y al ex clavadista (que hablan todo el rato de boxeo) hasta un local en los suburbios de Acapulco. El edificio es de ladrillo y madera, carece de ventanas y en el interior hay un juke-box con canciones de Lucha Villa y Lola Beltrán. De pronto B siente náuseas. Sólo entonces, mientras se separa de su padre y busca un lavabo o el patio trasero o la salida a la calle, se da cuenta de que ha bebido demasiado. También se da cuenta de algo más: unas manos aparentemente hospitalarias no le han permitido salir a la calle. Temen que me escape, piensa B. Luego vomita varias veces en un patio abierto en donde se acumulan cajas de cerveza y en donde hay un perro atado, y tras aliviarse se pone a contemplar las estrellas. No tarda en aparecer junto a él una mujer. Su sombra se recorta

más oscura que la noche. Su vestido, sin embargo, es blanco y eso hace que B la pueda distinguir. ¿Te hago un guagiüs?, dice. Tiene una voz joven y aguardentosa. B se la queda mirando sin entender. La puta se arrodilla a su lado y le abre la bragueta. Entonces B comprende y la deja, hacer. Cuando acaba siente frío. La puta se levanta y B la abraza. juntos contemplan la noche. Cuando B dice que quiere volver a la mesa de su padre, la mujer no lo sigue. Vamos, dice B, tirando de su mano, pero ella se resiste. Entonces B se da cuenta de que no ha visto apenas su rostro. Es mejor así. Sólo la he abrazado, piensa, ni siquiera sé cómo es. Antes de volver a entrar se da vuelta y ve que la puta se acerca al perro y lo acaricia.

En el interior, su padre está sentado a una mesa junto al ex clavadista y otros dos tipos. B se le acerca por la espalda y le susurra unas palabras al oído. Vámonos. Su padre está jugando a las cartas. Voy ganando, dice, no puedo irme. Nos van a robar todo el dinero, piensa B. Luego contempla a las mujeres que a su vez lo contemplan a él y a su padre con una conmiseración palpable. Ellas saben lo que nos va a pasar, piensa B. ¿Estás borracho?, le pregunta su padre mientras pide una carta. No, dice B, ya no. ¿Estás drogado?, dice su padre. No, dice B. Entonces su padre sonríe y pide un tequila y B se levanta y va hacia la barra y desde allí observa con ojos de loco el escenario del crimen. En ese momento B sabe que aquél es el último viaje que hará con su padre. Abre los ojos, cierra los ojos. Las putas lo miran con curiosidad, una le ofrece un trago que B rechaza con un gesto. A veces, cuando tiene los ojos cerrados, puede ver a su padre con una pistola en cada mano saliendo de una puerta que está en un lugar en donde jamás debía estar una puerta. Sin embargo su padre aparece por allí, de prisa, con los ojos grises brillantes y el pelo despeinado. Nunca más volverán a viajar juntos, piensa B. Eso es todo. Lucha Villa canta en el juke-box y B piensa en Gui Rosey, poeta menor desaparecido en el sur de Francia. Su padre reparte las cartas, se ríe, cuenta historias y escucha historias que rivalizan en sordidez. B recuerda cuando volvió de Chile, en 1974, y fue a verlo a su casa. Su padre se había roto un pie y estaba leyendo en la cama un periódico deportivo. Le preguntó cómo le había ido y B le contó sus aventuras. Sucintamente: las guerras floridas latinoamericanas. Estuvieron a punto de matarme, dijo. Su padre lo miró y se sonrió. ¿Cuántas veces?, dijo. Por lo menos dos, respondió B. Ahora su padre se ríe a carcajadas y B trata de pensar con claridad. Gui Rosey se suicidó, piensa, o lo mataron, piensa. Su cadáver está en el fondo del mar.

Un tequila, dice B. Una mujer le pone un vaso lleno hasta la mitad. No se emborrache otra vez, joven, dice. No, ya estoy bien, dice B perfectamente lúcido. No tardan otras dos mujeres en acercarse a él. ¿Qué quieren tomar?, dice B. Su papá de usted es muy simpático, dice una de ellas, la más joven, de pelo largo y negro, tal vez la misma que me lo chupó hace un rato, piensa B. Y recuerda (o trata de recordar) escenas en apariencia inconexas: la primera vez que fumó en su presencia, a los catorce años, un Viceroy, una mañana en que los dos esperaban la llegada de un tren de carga en el interior del camión de su padre y hacía mucho frío; armas de fuego, cuchillos; historias familiares. Las putas beben tequila con coca-cola. ¿Cuánto rato estuve afuera vomitando?, piensa B. Parecía moto, dice una de las putas, ¿quiere un poquito? ¿Un poquito de qué?, dice B temblando pero con la piel fría como un témpano. Un poquito de mota, dice la mujer, de unos treinta años, el pelo largo como su compañera, pero teñido de rubio. ¿Golden Acapulco?, dice B dando un trago de tequila mientras las dos mujeres se le acercan un poco más y le acarician la espalda y las piernas. Simón, para tranquilizarse, dice la rubia. B asiente con la cabeza y lo siguiente que

recuerda es una nube de humo que lo separa de su padre. Usted quiere mucho a su papá, dice una de las mujeres. Pues no tanto, dice B. ¿Cómo no?, dice la morena. La que atiende la barra se ríe. A través del humo, B observa que su padre da vuelta la cabeza y durante un instante lo mira. Me está mirando con una seriedad de muerte, piensa. ¿Te gusta Acapulco?, dice la rubia. El local, sólo en ese momento lo percibe, está semivacío. En una mesa hay dos tipos que beben en silencio y en la otra están su padre, el ex clavadista y los dos desconocidos jugando a las cartas. Todas las demás mesas están desocupadas.

La puerta del patio se abre y aparece una mujer con un vestido blanco. Es la que me lo chupó, piensa B. La mujer aparenta unos veinticinco años, aunque seguramente tiene muchos menos, tal vez dieciséis o diecisiete. Tiene el pelo largo, como casi todas, y lleva zapatos con tacones muy altos. Cuando cruza el local (se dirige al lavabo), B estudia con detenimiento sus zapatos: son blancos y están sucios de barro en los lados. Su padre también levanta la mirada y la estudia durante un momento. B mira a la puta, que abre la puerta del baño, y luego mira a su padre. Entonces cierra los ojos y cuando los vuelve a abrir la puta ya no está y su padre ha vuelto a concentrarse en el juego. Lo mejor sería que se llevara a su papá de este lugar, le dice una de las mujeres al oído. B pide otro tequila. No puedo, dice. La mujer le mete la mano por debajo de la camisa holgada y con dibujos hawaianos. Está comprobando si voy armado, piensa B. Los dedos de la mujer suben por su pecho y se enroscan alrededor de su tetilla izquierda. Se la aprieta. Eh, dice B. ¿No me crees?, dice la mujer. ¿Qué va a pasar?, dice B. Algo malo, dice la mujer. ¿Como cuánto de malo?, dice B. No lo sé, pero yo que tú me largaría. B sonrío y la mira a los ojos por primera vez: vente con nosotros, le dice mientras bebe un trago de tequila. Ni que estuviera loca, dice la mujer. B recuerda entonces una ocasión, antes de que él se marchara para Chile, en que su padre le dijo "tú eres un artista y yo soy un trabajador". ¿Qué quiso decir con eso?, piensa. La puerta del baño se abre y la puta vestida de blanco vuelve a aparecer, esta vez con los zapatos impolutos, y atraviesa el local hasta la mesa en donde juegan a las cartas y allí se queda, de pie, junto a uno de los desconocidos. ¿Por qué tenemos que irnos?, dice B. La mujer lo mira de reojo y no le contesta. Hay cosas que se pueden contar, piensa B, y hay cosas que no se pueden contar. Cierra los ojos.

Como en sueños, regresa al patio trasero del bar. La mujer teñida de rubio lo lleva de la mano. Esto ya lo he hecho, piensa B, estoy borracho, no saldré jamás de aquí. Algunos gestos se repiten: la mujer se sienta en una silla desvencijada y le abre la bragueta, la noche parece flotar como un gas letal a la altura de las cajas de cerveza vacías. Pero faltan algunas cosas: el perro ya no está, por ejemplo, y hacia el este ya no cuelga la luna sino algunos filamentos de claridad que adelantan el amanecer. Cuando acaban, atraído tal vez por los gemidos de B, aparece el perro. No muerde, dice la mujer mientras el perro se detiene a pocos metros de ellos y enseña los dientes. La mujer se levanta y se alisa el vestido. El lomo del perro está erizado y por el hocico le cae una baba transparente. Quieto, Púas, quieto, Púas, repite la mujer. Nos va a morder, piensa B mientras retroceden hasta la puerta. Lo que sigue es caótico: en la mesa donde juega su padre todos se han puesto de pie. Uno de los desconocidos grita a todo pulmón. B no tarda en darse cuenta de que está insultando a su padre. Por precaución, se acerca a la barra y pide una botella de cerveza que bebe a grandes sorbos, ahogándose, antes de aproximarse. Su padre parece tranquilo, piensa B. Junto a él hay una buena cantidad de billetes que coge uno por uno y luego se guarda en el bolsillo. De aquí no vas a salir con ese dinero, grita el desconocido. B mira al ex clavadista.

Busca en su rostro por quién va a tomar partido. Probablemente por el desconocido, piensa B. La cerveza le resbala por el cuello y sólo entonces se da cuenta de que está ardiendo.

El padre de B termina de contar su dinero y mira a los tres hombres que tiene enfrente y a la mujer vestida de blanco. Bueno, caballeros, nosotros nos vamos, dice. Hijo, ponte a mi lado, dice. B arroja al suelo lo que queda de cerveza y empuña la botella cogiéndola del cuello. ¿Qué haces, hijo?, dice el padre de B. En su voz B percibe un cierto tono de reproche. Vamos a salir tranquilamente, dice el padre de B y luego se da vuelta y les pregunta a las mujeres cuánto se les debe. La de la barra mira un papel y dice una cifra bastante alta. La rubia, que está de pie a medio camino entre la mesa y la barra, dice otra cifra. El padre de B suma, saca el dinero y se lo tiende a la rubia: lo tuyo y las consumiciones, dice. Luego añade un par de billetes más: la propina. Ahora vamos a salir, piensa B. Los dos desconocidos se plantan interfiriendo el paso. B no quiere mirarla, pero la mira: la mujer de blanco se ha sentado en una de las sillas vacías y revisa con las yemas de los dedos las cartas esparcidas en la mesa. No me estorbes, susurra su padre y B tarda en comprender que le está hablando a él. El ex clavadista se mete las manos en los bolsillos. El desconocido vuelve a insultar al padre de B, lo insta a volver a la mesa, a volver a jugar. Ya no se juega más, dice el padre de B. Durante un instante, mientras contempla a la mujer vestida de blanco (que le parece, por primera vez, muy hermosa), B piensa en Gui Rosey que desaparece del planeta sin dejar rastro, dócil como un cordero mientras los himnos nazis suben al cielo color sangre, y se ve a sí mismo como Gui Rosey, un Gui Rosey enterrado en algún baldío de Acapulco, desaparecido para siempre, pero entonces oye a su padre, que le está recriminando algo al ex clavadista, y se da cuenta de que, al contrario que Gui Rosey, él no está solo.

Después su padre camina un poco encorvado hacia la salida y B le concede espacio suficiente para que se mueva a sus anchas. Mañana nos iremos, mañana volveremos al DF, piensa B con alegría. Comienzan a pelear.

Dos Cuentos Católicos

I. La vocación

1. Tenía diecisiete años y mis días, quiero decir todos mis días, uno detrás de otro, eran un temblor constante. Nada me entretenía, nada vaciaba la angustia que se acumulaba en mi pecho. Vivía como un actor imprevisto dentro del ciclo iconográfico del martirio de San Vicente. ¡San Vicente, diácono del obispo Valero y torturado por el gobernador Daciano en el año 304, ten piedad de mí! **2.** A veces hablaba con Juanito. No, a veces no. A menudo. Nos sentábamos en los sillones de su casa y hablábamos de cine. A Juanito le gustaba Gary Cooper. Decía: la apostura, la templanza, la limpieza de alma, el valor. ¿Templanza? ¿Valor? Le hubiera escupido a la cara lo que se ocultaba tras sus certezas, pero prefería enterrar las uñas en el reposabrazos y morderme los labios cuando él no me miraba e incluso cerrar los párpados y hacer como que meditaba sus palabras. Pero yo no meditaba. Al contrario: se me aparecían, bajo la forma de un carrusel, las imágenes del martirio de San Vicente. **3.** Primero: atado a un aspa de madera, es descoyuntado mientras le desgarran la carne con garfios. Y luego: sometido al tormento del fuego en una parrilla sobre brasas. Y luego: preso en una mazmorra cuyo suelo está cubierto de cascotes de vidrio y de cerámica. Y luego: el cadáver del mártir, abandonado en lugar desierto, es defendido por un cuervo contra la voracidad de un lobo. Y luego: desde una barca es arrojado su cuerpo al mar con una rueda de molino atada al cuello. Y luego: el cuerpo es devuelto por las olas a la costa y allí piadosamente enterrado por una matrona y otros cristianos. **4.** A veces sentía mareos. Ganas de vomitar. Juanito hablaba de la última película que habíamos visto y yo asentía con la cabeza y notaba que me estaba ahogando, como si los sillones estuvieran en el fondo de un lago muy profundo. Recordaba el cine, recordaba el momento de comprar las entradas, pero era incapaz de recordar las escenas que mi amigo, ¡mi único amigo!, rememoraba, como si la oscuridad del fondo del lago lo hubiera invadido todo. Si abro la boca tragaré agua. Si respiro tragaré agua. Si sigo vivo tragaré agua y mis pulmones se encharcarán por los siglos de los siglos. **5.** En ocasiones entraba en la habitación la madre de Juanito y me preguntaba cosas íntimas. Cómo iban mis estudios, qué libro estaba leyendo, si había ido al circo que se había instalado en las afueras de la ciudad. La madre de Juanito vestía siempre muy elegante y era, como nosotros, una adicta al cine. **6.** Alguna vez soñé con ella, alguna vez abrí la puerta de su dormitorio y en vez de ver una cama, un tocador, un armario, vi una habitación vacía, con suelo de ladrillos rojos, que sólo hacía las veces de antesala de un largo pasillo, un pasillo larguísimo, como el túnel de la carretera que atraviesa la montaña y que luego se dirige hacia Francia, sólo que en este caso el túnel no estaba en la parte alta de la carretera sino en la habitación de la madre de mi mejor amigo. Esto más vale que lo recuerde constantemente: mi mejor amigo. Y el túnel, al revés de lo que suele pasar en un túnel de montaña, parecía suspendido en un silencio fragilísimo, como el silencio de la segunda quincena de enero o de la primera quincena de febrero. **7.** Actos nefandos en noches aciagas. Se lo recité a Juanito. ¿Actos nefandos, noches aciagas? ¿El acto es nefando porque la noche es aciaga o la noche es aciaga porque el acto es nefando? Qué preguntas son ésas, dije casi llorando. Tú estás chalado. Tú no entiendes

nada, dije mirando por la ventana. **8.** El padre de Juanito es de estatura pequeña pero de porte arrojado. Fue militar y durante la guerra recibió varias heridas. Sus medallas cuelgan de una pared de su estudio, en un estuche con tapa de vidrio. Cuando llegó a la ciudad, dice Juanito, no conocía a nadie y quienes no lo miraban con temor lo hacían con resentimiento. Aquí conoció, al cabo de unos meses, a mi madre, dice Juanito. Durante cinco años fueron novios. Luego mi padre la llevó al altar. Mi tía a veces habla del padre de Juanito. Según ella, fue un jefe de policía honrado. Al menos, eso se decía. Si una sirvienta robaba en casa de sus señores, el padre de Juanito la encerraba tres días y no le daba ni un mendrugo. Al cuarto día la interrogaba él personalmente y la sirvienta se apresuraba a confesar su pecado: el lugar exacto donde estaban las joyas y el nombre del gañán que las había robado. Después los guardias detenían al hombre y lo ingresaban en prisión y el padre de Juanito metía a la sirvienta en un tren y le aconsejaba que no volviera. **9.** Estas acciones eran celebradas por todo el pueblo, como si el jefe de policía demostrara con ellas su preeminencia intelectual. **10.** Cuando llegó el padre de Juanito sólo tenía trato social con los asiduos del casino. La madre de Juanito tenía diecisiete años y era muy rubia, a juzgar por las fotos que cuelgan en algunos rincones de la casa, mucho más que ahora, y había terminado sus estudios en el Corazón de María, el colegio de monjas que está en la parte norte de la ciudadela. El padre de Juanito debía de tener unos treinta. Todavía, aunque ya está jubilado, va todas las tardes al casino y bebe carajillos o una copa de coñac y también suele jugar a los dados con los asiduos. Otros asiduos que ya no son los asiduos de su época, pero como si lo fueran, porque la admiración ya se da por sentada. El hermano mayor de Juanito vive en Madrid, en donde es un abogado famoso. La hermana de Juanito está casada y también vive en Madrid. En esta bendita casa sólo quedo yo, dice Juanito. ¡Y yo! ¡Y yo! **11.** Nuestra ciudad cada día es más pequeña. A veces tengo la impresión de que todos se están marchando o están encerrados en sus cuartos preparando las maletas. Si yo me marchara no llevaría maleta. Ni siquiera un hatillo con unas pocas pertenencias. A veces hundo la cabeza en las manos y escucho a las ratas que corren por las paredes. San Vicente, dame fuerzas. San Vicente, dame templanza. **12.** ¿Tú quieres ser santo?, me dijo la madre de Juanito hace dos años. Sí, señora. Me parece muy buena idea, pero tienes que ser muy bueno. ¿Lo eres? Procuro serlo, señora. Y hace un año, mientras iba caminando por General Mola, el padre de Juanito me saludó y luego se detuvo y me preguntó si era yo el sobrino de Encarnación. Sí, señor, le dije. ¿Tú eres el que quiere ser cura? Asentí con una sonrisa. **13.** ¿Por qué asentir con una sonrisa? ¿Por qué pedir perdón con una sonrisa de imbécil? ¿Por qué mirar hacia otro lado sonriendo como un tarugo? **14.** Por humildad. **15.** Eso está muy bien, dijo el padre de Juanito. Cojonudo. Hay que estudiar mucho, ¿verdad? Asentí con una sonrisa. ¿Y ver menos películas? Sí, señor, yo voy poco al cine. **16.** Vi alejarse la figura erguida del padre de Juanito, parecía como si caminara con las puntas de los pies, un hombre viejo pero todavía enérgico. Lo vi bajar las escalinatas que llevan a la calle de los Vidrieros, lo vi desaparecer sin un solo temblor, sin una sola vacilación, sin mirar ni un solo escaparate. La madre de Juanito, por el contrario, siempre miraba escaparates y a veces entraba en las tiendas y si tú te quedabas afuera, aguardándola, podías escuchar, a veces, su risa. Si abro la boca tragaré agua. Si respiro tragaré agua. Si sigo vivo tragaré agua y mis pulmones se encharcarán por los siglos de los siglos. **17.** ¿Y tú qué vas a ser, gilipollas?, me dijo Juanito. ¿Ser o hacer?, dije yo. Ser, gilipollas. Lo que Dios quiera, dije. Dios pone a cada uno en su lugar, dijo mi tía. Nuestros antepasados fueron gente de bien. No hubo

soldados en nuestra familia, pero sí curas. Como quién, dije yo mientras empezaba a dormirme. Mi tía gruñó. Vi una plaza llena de nieve y vi a los campesinos que acudían con sus productos al mercado, barrer la nieve e instalar cansinamente sus tenderetes. San Vicente, por ejemplo, saltó mi tía. El diácono del obispo de Zaragoza, que en el año 304, aunque quien dice 304 puede decir 305 o 306 o 307 o 303 de nuestra era, fue apresado y trasladado a Valencia en donde Daciano, el gobernador, lo sometió a crueles torturas, a resultas de las cuales murió. **18.** ¿Por qué crees que San Vicente va vestido de rojo?, le pregunté a Juanito. Ni idea. Porque todos los mártires de la iglesia llevan una prenda roja, para ser distinguidos como tales. Este niño es inteligente, dijo el padre Zubieta. Estábamos solos y el estudio del padre Zubieta helaba los huesos y el padre Zubieta o mejor dicho las ropas del padre Zubieta olían a tabaco negro y a leche agria, todo mezclado. Si decides ingresar al seminario, nuestras puertas están abiertas. La vocación, la llamada de la vocación, hace temblar, pero no exageremos. ¿Temblé?, ¿sentí que se removía la tierra?, ¿experimenté el vértigo del matrimonio divino? **19.** No exageremos, no exageremos. Los rojos visten igual, dijo Juanito. Los rojos visten de caqui, dije yo, de verde, con franjas de camuflaje. No, dijo Juanito, los putos rojos visten de rojo. Y las putas también. Un tema que despertó mi interés. ¿Las putas? ¿Las putas de dónde? Pues las putas de aquí, dijo Juanito, y supongo que también las de Madrid. ¿Aquí, en nuestra ciudad? Sí, dijo Juanito y quiso cambiar de tema. ¿En nuestra ciudad o en nuestro pueblo o en nuestro desamparo hay putas? Pues sí, dijo Juanito. Yo creía que tu padre las había corregido a todas. ¿Corregido? ¿Es que te has creído que mi padre es un cura? Mi padre fue un héroe de guerra y después comisario de policía. Mi padre no corrige nada. Investiga y descubre. Punto. ¿Y dónde has visto tú a las putas? En el cerro del Moro, donde han vivido siempre, dijo Juanito. Dios santo. **20.** Mi tía dice que San Vicente. Basta ya con tu tía y con San Vicente, tu tía está loca perdida. ¿Cómo vas a tener una familia que se remonte hasta el año 300? ¿Dónde has visto tú una familia tan antigua? Ni la casa de Alba. Y al cabo de un rato: tu tía no es mala persona, al contrario, es buena, pero no tiene el juicio muy claro. ¿Esta tarde iremos al cine? Dan una película con Clark Gable. Y la madre de Juanito: id, id, yo fui hace dos días y es una historia entretenidísima. Y Juanito: madre, es que éste no tiene dinero. Y la madre de Juanito: pues se lo prestas tú y santas pascuas. **21.** Dios se apiade de mi alma. A veces siento deseos de que se mueran todos. Mi amigo y su madre y su padre y mi tía y todos los vecinos y los viandantes y los automovilistas que dejan sus coches estacionados junto al río y hasta los pobres inocentes niños que corretean por el parque junto al río. Dios tenga piedad de mi alma y me haga mejor. O me deshaga. **22.** Si todos se murieran, además, ¿qué haría yo con tantos cadáveres? ¿Cómo podría seguir viviendo en esta ciudad o semiciudad? ¿Me ocuparía yo de enterrarlos a todos? ¿Arrojaría sus cuerpos al río? ¿De cuánto tiempo dispondría antes de que la carne se corrompiera, antes de que el hedor se hiciera insoportable? Ah, la nieve. **23.** La nieve cubría las calles de nuestra ciudad. Antes de entrar al cine compramos castañas y peladillas. Llevábamos las bufandas subidas hasta la nariz y Juanito se reía y hablaba de aventuras en las antiguas colonias holandesas de Asia. A nadie dejaban pasar con castañas, por un asunto de primordial higiene, pero a Juanito sí que lo dejaban pasar. Esta película la hubiera interpretado mejor Gary Cooper, dijo Juanito. Asia. Chinos. Leprosarios. Mosquitos. **24.** Al salir nos separamos en la calle de los Cuchillos. Yo me quedé quieto bajo la nieve y Juanito echó a correr rumbo a su casa. Pobre potrillo, pensé, pero Juanito sólo tenía un año menos que yo. Cuando desapareció subí por la calle

de los Toneleros hasta la plaza del Sordo y luego torcí el camino y me dirigí, bordeando las murallas de la antigua fortaleza, hacia el cerro del Moro. La luz de las farolas se reflejaba contra la nieve y las fachadas de las viejas casas parecían recoger, de forma efímera pero también de forma natural, diríase serena, los oropeles del pasado. Me asomé a una ventana enjalbegada y vi una sala bien dispuesta, con un Sagrado Corazón de Jesús presidiendo una de las paredes. Pero yo era ciego y sordo y seguí subiendo, por la acera de la sombra, cosa de no ser reconocido. Cuando llegué a la plazuela del Cadalso me di cuenta, sólo entonces, de que no me había cruzado con ningún viandante durante toda la ascensión. Con este frío, me dije, no habrá persona que cambie los calores del hogar por la crudeza de las calles. Ya había anochecido y desde la plazuela se veían las luces de algunos barrios y los puentes a partir de la plaza de don Rodrigo y el recodo que hace el río antes de seguir su curso hacia el este. En el cielo brillaban las estrellas. Pensé que parecían copos de nieve. Copos suspendidos, es decir elegidos por Dios para permanecer inmóviles en el firmamento, pero copos al fin y al cabo. **25.** Me estaba quedando helado. Decidí volver a casa de mi tía y tomar chocolate caliente o una sopa caliente junto a la estufa. Me sentía cansado y la cabeza me daba vueltas. Rehice el camino. Entonces lo vi. Al principio sólo fue una sombra. **26.** Pero no era una sombra sino un monje. A juzgar por el hábito podía ser un franciscano. Llevaba capucha, una gran capucha que velaba casi totalmente su rostro reflexivo. ¿Por qué digo reflexivo? Porque miraba el suelo. **27.** ¿De dónde venía? ¿De dónde había salido? Lo ignoro. Tal vez de dar la extremaunción a un moribundo. Tal vez de asistir a un niño enfermo. Tal vez de proveer con escasas viandas a un indigente. Lo cierto es que caminaba sin hacer ningún ruido. Durante un segundo creí que era una aparición. No tardé en comprender que la nieve atenuaba cualquier pisada, incluso las mías. **28.** Iba descalzo. Cuando me di cuenta me sentí herido por un rayo. Bajamos del cerro del Moro. Al pasar por la iglesia de Santa Bárbara lo vi persignarse. Sus huellas purísimas refulgían en la nieve como un mensaje de Dios. Me puse a llorar. De buena gana me hubiera arrodillado para besar esas huellas cristalinas, esa respuesta que durante tanto tiempo había aguardado, pero no lo hice por temor a perderlo de vista en cualquier calleja. Salimos del centro. Atravesamos la Plaza Mayor y luego cruzamos un puente. El monje caminaba a buen paso, ni lento ni rápido, a buen paso, como debe caminar la Iglesia. **29.** Nos alejamos por la avenida Sanjurjo, bordeada de plátanos, hasta llegar a la estación. El calor allí era considerable. El monje entró a los lavabos y luego compró un billete de tren. Al salir, sin embargo, me fijé que se había puesto zapatos. Sus tobillos eran delgados como cañas. Salió al andén. Lo vi sentado, con la cabeza gacha, esperando y orando. Me quedé de pie, temblando de frío, oculto por uno de los pilares del andén. Cuando el tren llegó el monje saltó a uno de los vagones con una agilidad sorprendente. **30.** Al salir, ya solo, intenté buscar sus huellas en la nieve, las huellas de sus pies descalzos, pero no encontré ni rastro de ellas.

II. El azar

1. Le pregunté qué edad creía que yo tenía. Dijo que sesenta aunque sabía que yo no tenía esa edad. ¿Tan mal estoy?, le pregunté. Peor que mal, dijo. ¿Y tú te crees que estás mejor?, le dije. ¿Y si estás mejor por qué tiemblas? ¿Tienes frío? ¿Te has vuelto loco? ¿Y por qué me hablas sin que venga a cuento del comisario Damián Valle? ¿Él todavía es

comisario? ¿Él no ha cambiado? Dijo que algo había cambiado, pero que seguía siendo un hijo de puta de mucho cuidado. ¿Todavía es comisario? Como si lo fuera, dijo. Si te quiere hacer daño te hará daño, esté jubilado o muriéndose en el hospital. ¿Y por qué tiembles?, le dije después de pensar unos minutos. Tengo frío, mintió, y además me duelen los dientes. No me hables más de don Damián, le dije. ¿Es que yo soy amigo de ese madero? ¿Es que me junto con esbirros? No, dijo. Pues no me hables más de él. **2.** Durante un rato estuvo meditando. No sé en qué meditaría. Luego me dio un mendrugo de pan. Estaba duro y le dije que si comía esos manjares no me extrañaba que le dolieran los dientes. En el manicomio comíamos mejor, le dije, y eso es mucho decir. Vete de aquí, Vicente, me dijo el viejo. ¿Sabe alguien que estás aquí? ¡Pues entonces, albricias! Ahueca antes de que se enteren. No saludes a nadie. No despegues la vista del suelo y vete lo antes posible. **3.** Pero no me fui de inmediato. Me puse en cuclillas delante del viejo y traté de pensar en los buenos tiempos. Tenía la mente en blanco. Creí que algo se quemaba dentro de mi cabeza. El viejo, a mi lado, se arrebujó con una manta y movió las mandíbulas como si masticara, aunque no tenía nada en la boca. Recordé los años en el manicomio, las inyecciones, las sesiones de manguera, las cuerdas con que ataban a muchos por la noche. Vi otra vez aquellas camas tan curiosas que se ponían de pie mediante un ingenio de poleas. Sólo al cabo de cinco años me enteré para qué servían. Los internos las llamaban camas americanas. **4.** ¿Puede un ser humano acostumbrado a dormir en posición horizontal hacerlo en posición vertical? Puede. Al principio es difícil. Pero si lo atan bien, puede. Las camas americanas servían para eso, para que uno durmiera tanto en posición horizontal como en posición vertical. Y su función no era, como pensé cuando las vi por primera vez, castigar a los internos, sino evitar que estos murieran ahogados por sus propios vómitos. **5.** Por supuesto, había internos que hablaban con las camas americanas. Las trataban de usted. Les contaban cosas íntimas. También había internos que les temían. Algunos decían que tal cama le había guiñado un ojo. Otro que tal otra lo había violado. ¿Que una cama te dio por el culo? ¡Pues estás jodido, tío! Se decía que las camas americanas, de noche, recorrían muy erguidas los pasillos y se iban a conversar, todas juntas, al refectorio, y que hablaban en inglés, y que a estas reuniones iban todas, las vacías y las que no estaban vacías, y, por supuesto, quienes contaban estas historias eran los internos que por una u otra causa las noches de reunión permanecían atados a ellas. **6.** Por lo demás, la vida en el manicomio era muy silenciosa. En algunas zonas vedadas se oían gritos. Pero nadie se acercaba a esas zonas ni abría la puerta ni aplicaba el ojo a la cerradura. La casa era silenciosa, el parque, que cuidaban dos jardineros que también estaban locos y que no podían salir, aunque estaban menos locos que los demás, era silencioso, la carretera que se veía a través de los pinos y los álamos era silenciosa, incluso nuestros pensamientos discurrían en medio de un silencio que asustaba. **7.** La vida, según como se la mirara, era regalada. A veces nos mirábamos y nos sentíamos privilegiados. Somos locos, somos inocentes. Sólo la espera, cuando uno esperaba algo, enturbiaba esa sensación. La mayoría, sin embargo, mataba la espera enculando a los más débiles o dejándose encular. ¿Lo hice yo?, decíamos. ¿Verdaderamente lo hice yo? Y luego sonreíamos y pasábamos a otro asunto. Los doctores, los señores facultativos, no se enteraban de nada, y los enfermeros y auxiliares, mientras no les causáramos problemas a ellos, hacían la vista gorda. En más de una ocasión se nos fue la mano. ¡El hombre es un animal! **8.** Eso pensaba a veces. En el centro de mi cerebro se materializaba eso. Sobre eso reflexionaba y reflexionaba hasta que la mente se quedaba en

blanco. A veces, al principio, oía como cables entrelazados. Cables de electricidad o serpientes. Pero por lo general, más a medida que el tiempo me alejaba de aquellas escenas, la mente se quedaba en blanco: sin ruidos, sin imágenes, sin palabras, sin rompeolas de palabras. **9.** De todas maneras yo nunca me he creído más listo que nadie. Nunca he expuesto mi inteligencia con soberbia. Si hubiera ido a la escuela ahora sería abogado o juez. ¡O inventor de una cama americana mejor que las camas americanas del manicomio! Tengo palabras, eso lo admito humildemente. No hago alarde de ello. Y así como tengo palabras tengo silencio. Soy silencioso como un gato, me lo dijo el viejo cuando él ya era viejo pero yo todavía era un chaval. **10.** No nací aquí. Según el viejo nací en Zaragoza y mi madre, por necesidad, se vino a vivir a esta ciudad. A mí me da igual una ciudad que otra. Aquí, si no hubiera sido pobre, habría podido estudiar. ¡No importa! Aprendí a leer. ¡Suficiente! Más vale no hablar más del tema. También aquí hubiera podido casarme. Conocí a una chica que se llamaba, no me acuerdo, tenía un nombre como todas las mujeres y en algún momento hubiera podido casarme con ella. Luego conocí a otra chica, mayor que yo y, como yo, extranjera, del sur, de Andalucía o Murcia, una guarra que nunca estaba de buen humor. Con ella también hubiera podido formar una familia, tener un hogar, pero yo estaba destinado a otros fines y la guarra también. **11.** La ciudad, a veces, me ahogaba. Demasiado pequeña. Me sentía como si estuviera encerrado en un crucigrama. **12.** Por aquella época empecé, sin más dilaciones, a pedir en las puertas de las iglesias. Llegaba a las diez de la mañana y me instalaba en las escalinatas de la catedral o subía a la iglesia de San Jeremías, en la calle José Antonio, o a la iglesia de Santa Bárbara, que era mi iglesia favorita, en la calle Salamanca, y a veces, incluso, cuando me instalaba en las escalinatas de la iglesia de Santa Bárbara, antes de iniciar mi jornada de trabajo, entraba a misa de diez y oraba con todas mis fuerzas, que era como reírse en silencio, reír, reír, feliz de la vida, y a más oraba más me reía, que era la forma en que mi naturaleza se dejaba penetrar por lo divino, y esa risa no era una falta de respeto ni era la risa de un descreído, sino todo lo contrario, era la risa atronadora de una oveja trémula ante su Creador. **13.** Después me confesaba, contaba mis desdichas y mis vicisitudes, y luego comulgaba y finalmente, antes de volver a la escalinata, me detenía unos segundos ante la imagen de Santa Bárbara. ¿Por qué siempre estaba acompañada por un pavo real y por una torre? Un pavo real y una torre. ¿Qué significaba? **14.** Una tarde se lo pregunté al cura. ¿Cómo es que te interesan estas cosas?, me preguntó a su vez. No lo sé padre, por curiosidad, le respondí. ¿Sabes que la curiosidad es una mala costumbre?, dijo. Lo sé, padre, pero mi curiosidad es sana, yo siempre le rezo a Santa Bárbara. Haces bien, hijo, dijo el cura, Santa Bárbara tiene buena mano con los pobres, tú sigue rezándole. Pero lo que yo quiero es saber lo del pavo real y la torre, dije yo. El pavo real, dijo el cura, es símbolo de inmortalidad. La torre tiene tres ventanas, ¿lo has notado? Pues las ventanas están puestas en la torre para representar las palabras de la santa, que dijo que la luz entró en ella o iluminó su casa por las ventanas del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¿Lo entiendes? **15.** No tengo estudios, padre, pero tengo juicio y sé discernir, le respondí. **16.** Después me iba a ocupar mi lugar, el lugar que me pertenecía, y pedía hasta que la iglesia cerraba las puertas. En la palma de la mano siempre me dejaba una moneda. Las otras, en el bolsillo. Y aguantaba el hambre aunque viera a otros comer pan o trozos de salchichón y queso. Yo pensaba. Pensaba y estudiaba sin moverme de las escalinatas. **17.** Así supe que el padre de Santa Bárbara, un señor poderoso llamado Dióscuro, la hizo encerrar en una torre, es decir la encarceló, debido a los

pretendientes que la acosaban. Y supe que Santa Bárbara antes de entrar en la torre se bautizó a sí misma con las aguas de un estanque o de un regadío o de una pileta donde los campesinos almacenaban el agua de la lluvia. Y supe que escapó de la torre, la torre de las tres ventanas por donde entró la luz, pero fue detenida y llevada ante el juez. Y el juez la condenó a muerte. **18.** Todo lo que enseñan los curas está frío. Es sopa fría. Infusión fría. Mantas que no calientan durante el crudo invierno. **19.** Vete de aquí, Vicente, me dijo el viejo sin dejar de mover los carrillos. Como si comiera pipas. Consíguete una ropa que te haga invisible y lárgate antes de que se entere el comisario. **20.** Metí la mano en el bolsillo y, sin sacarla, conté mis monedas. Había empezado a nevar. Le dije adiós al viejo y salí a la calle. **21.** Caminé sin rumbo. Sin un plan preconcebido. Desde la calle Corona observé la iglesia de Santa Bárbara. Recé un poco. Santa Bárbara, apiádate de mí, dije. Tenía el brazo izquierdo dormido. Tenía hambre. Tenía ganas de morirme. Pero no para siempre. Tal vez sólo tenía ganas de dormir. Me castañeteaban los dientes. Santa Bárbara, ten piedad de tu servidor. **22.** Cuando la decapitaron, quiero decir cuando le cortaron la cabeza a Santa Bárbara, cayó un rayo del cielo que fulminó a sus verdugos. ¿También al juez que la condenó? ¿También a su padre que la encerró? Cayó un rayo y antes se oyó el estampido de un trueno. O al revés. Auténtico. Dios mío, Dios mío, Dios mío. **23.** No me acerqué más. Me contenté con ver la iglesia desde lejos y luego eché a caminar hasta un bar donde en mis tiempos se comía barato. No lo encontré. Entré en una panadería y compré una barra de pan. Después salté una tapia y me lo comí a salvo de miradas indiscretas. Sé que está prohibido saltar tapias y comer en jardines abandonados o en casas derruidas, por la propia seguridad del infractor. Te puede caer una viga encima, me dijo el comisario Damián Valle. Además, es propiedad privada. Está hecho mierda, criadero de arañas y ratas, pero sigue siendo, hasta el fin de los días, propiedad privada. Y te puede caer una viga encima de la cabeza y destrozarte ese cráneo privilegiado, me dijo el comisario Damián Valle. **24.** Después de comer salté la tapia y estuve otra vez en la calle. De pronto, me sentí triste. No sé si era la nieve o qué. Comer, últimamente, me produce desconsuelo. Cuando como no estoy triste, pero después de comer, sentado sobre un ladrillo, mirando caer los copos de nieve sobre el jardín abandonado, no sé. Desconsuelo y congoja. Así que me palmeé las piernas y eché a andar. Las calles empezaron a vaciarse. Durante un rato estuve mirando aparadores. Pero era mentira. Lo que hacía era buscar mi imagen en las vitrinas, en los ventanales. Después se acabaron los ventanales y sólo había escaleras. Agaché la cabeza y subí. Luego una calle. Luego la parroquia de la Concepción. Luego la iglesia de San Bernardo. Luego las murallas y más allá la fortaleza. No se veía ni un alma. Estaba en el cerro del Moro. Recordé las palabras del viejo: vete, vete, que no te pillen otra vez, desgraciado. Todo el mal que hice. Santa Bárbara, apiádate de mí, apiádate de tu pobre hijo. Recordé que por aquellas callejuelas vivía una mujer. Decidí visitarla, pedirle un plato de sopa, un suéter viejo que ya no quisiera, algo de dinero para comprar un billete de tren. ¿Dónde vivía esta mujer? Me metí en callejas cada vez más estrechas. Vi un portalón y golpeé. No abrió nadie. Empujé el portalón y accedí a un patio. A alguien se le había olvidado recoger la colada y ahora la nieve caía sobre la ropa de colores amarillentos. Me abrí paso por entre camisas y calzoncillos y llegué a una puerta con una aldaba de bronce que parecía un puño. Acaricié la aldaba pero no llamé. Empujé la puerta. Afuera empezaba a oscurecer a toda prisa. Tenía la mente en blanco. Los copos de nieve chisporroteaban. Avancé. No recordaba ese pasillo, no recordaba el nombre de la mujer, era una guarra,

buena persona, injusta aunque le dolía, no recordaba esa oscuridad, esa torre sin ventanas. Pero entonces vi una puerta y me colé sigilosamente. Era una especie de almacén de granos, con sacos apilados hasta el techo. En un rincón había una cama. Tendido en la cama vi a un niño. Estaba desnudo y tiritaba. Saqué mi navaja del bolsillo. Sentado a una mesa vi a un fraile. La capucha le velaba el rostro, que tenía inclinado, absorto en la lectura de un misal. ¿Por qué el niño estaba desnudo? ¿Es que no había en aquella habitación ni una manta? ¿Por qué el fraile leía su misal en vez de arrodillarse y pedir perdón? Todo se tuerce en algún momento. El fraile me miró, dijo algo, le respondí. No se me acerque, dije. Después le clavé la navaja. Los dos nos quejamos hasta que él se quedó quieto. Pero yo tenía que asegurarme y se la volví a clavar. Después maté al niño. ¡Rápido, por Dios! Después me senté en la cama y tirité durante un rato. Basta. Era necesario irse. Tenía la ropa manchada de sangre. Busqué en los bolsillos del fraile y encontré dinero. En la mesa había unos boniatos. Me comí uno. Bueno y dulce. Abrí, mientras me comía el boniato, un armario. Sacos de cebolla y patatas. Pero colgando en el perchero había un hábito limpio. Me desnudé. Qué frío hacía. Después de revisar cada bolsillo, para no dejar pruebas incriminatorias, puse mi ropa en un saco, incluidos los zapatos y me até el saco a la cintura. Jódete, Damián Valle. En ese momento me di cuenta de que estaba dejando marcadas mis pisadas por toda la habitación. Tenía las plantas llenas de sangre. Durante un rato, sin dejar de moverme, las observé con atención. Me entraron ganas de reír. Eran huellas bailadoras. Huellas de San Vito. Huellas que no iban a ninguna parte. Pero yo sabía adónde ir. **25.** Todo estaba oscuro, menos la nieve. Empecé a bajar del cerro del Moro. **26.** Iba descalzo y hacía frío. Mis pies se enterraban en la nieve y a cada paso que daba la sangre se iba despegando de mi piel. Al cabo de unos metros me di cuenta de que alguien me seguía. ¿Un policía? No me importó. Ellos gobernaban la tierra, pero yo sabía en ese momento, mientras caminaba por la nieve luminosa, que el jefe era yo. **27.** Dejé atrás el cerro del Moro, en el plan la nieve era aún más alta, crucé un puente, vi de reojo, con la cabeza gacha, la sombra de una estatua ecuestre. Mi perseguidor era un adolescente gordo y feo. ¿Quién era yo? Eso no importaba nada. **28.** Me despedí de todo lo que iba viendo. Era emocionante. Aceleré el paso para entrar en calor. Crucé el puente y fue como si cruzara el túnel del tiempo. **29.** Hubiera podido matar al chaval, obligarlo a seguirme hasta un callejón y allí pincharlo hasta que la palmará. ¿Pero para qué? Seguramente era el hijo de una puta del cerro del Moro y jamás diría nada. **30.** En los lavabos de la estación limpié mis viejos zapatos, les eché agua, borré las manchas de sangre. Tenía los pies dormidos. Despertad. Después compré un billete en el siguiente tren. En cualquiera, sin importarme su destino.